

maba su padre, la ley y la justicia. Mohamed, el mismo que ya en vida de Yusuf había pretendido usurpar la corona de Granada, apenas le vió moribundo, se dirigió á la nobleza y logró á fuerza de promesas y de intrigas hacer prevalecer sus deseos sobre los derechos de su hermano. Fué proclamado rey ya antes de que sepultaran á su padre, é inauguró desde aquel mismo día un reinado que empezó por un acto el más despótico y acabó por una orden fratricida que no fué afortunadamente ejecutada.

Mohamed VI no era, con todo, un tirano. La ambición le hizo criminal sólo para su hermano Yusuf, no para su pueblo, cuyo amor cautivaba con rasgos de nobleza y de valor que hacían recordar en él al generoso el Ahmar, al bravo fundador del reino. Reunía á la hermosura y robustez del cuerpo pasiones grandes y ardientes, ánimo varonil, tendencia á todo lo que podía parecer heroico, y allá donde veía más obstáculos, allá se arrojaba con más ardor y aliento. Temió á Yusuf para el caso en que tuviese que salir de Granada, y le mandó encerrar en el castillo de Salobreña; temió que el rey de Castilla no le acometiese confiando en que la guerra había de ser origen de funestas discordias para los muzlimes, y acompañado de sólo veinte y cinco caballeros, se dirigió á la frontera socolor de recorrerla, y pasó en calidad de embajador al mismo centro de Castilla, á Toledo, donde sorprendido Enrique le recibió con la mayor cordialidad y le entregó las treguas que con razón deseaba. Cuando poco después vió invadidas sus fronteras por los Adelantados de Andalucía, sin quejarse al de Castilla del rompimiento de las treguas, salió al frente de su ejército, acometió el Algarbe, taló campos y alquerías y no volvió á Granada sino después de haber tomado por asalto el castillo de Ayamonte, una de las más temidas fortalezas. Recibió embajadores castellanos que fueron á reclamarle la plaza conquistada; mas se negó á devolverla hasta que se le resarcieran los perjuicios ocasionados por las talas de los fronteros; y al ver de nuevo al enemigo dentro de

su reino, salió y fué á combatir encarnizadamente con él en la batalla de los Collejares, batalla sangrienta que sólo pudieron terminar las tinieblas de la noche, no el temor ni el cansancio de unos ni otros combatientes. Al advenimiento al trono de D. Juan II fué atacado en las fronteras de Murcia y derrotado cerca de Jijena, perdió Pruna por la traición de un moro, y no sufrió sino derrotas aun en las escaramuzas que le presentaron; pero armado de valor y cólera, no tardó en romper por medio de sus mismos enemigos, atacar, aunque sin fruto, á Lucena, caer sobre Baeza y volver á Granada si no con la victoria, con ricos despojos, armas, cautivos y caballos. Á poco tuvo contra sí á un enemigo temible, al tenaz infante D. Fernando, regente de Castilla durante la minoría de D. Juan II. No pudo impedir la pérdida de Zahara, que se entregó capitulando honrosamente, ni la de Ayamonte, que cayó bajo los repetidos ataques de Pedro de Zúñiga, ni la de Lacobín, Priego, ni Ortegicar, pero detuvo la caída de Setenil, y no llevándole socorro, sino arrojándose osadamente sobre Jaén y llamando así sobre este punto la atención del infante castellano. Quemó y taló todas las cercanías de la ciudad, sostuvo gran número de refriegas con los que se atrevieron á extender sus correrías á Málaga, y no había aún transcurrido un año, estaba ya sobre Alcaudete con doce mil infantes y siete mil caballos. No pudo con Alcaudete; pero introdujo el espanto en toda Andalucía, hizo poner en pié de guerra tres ejércitos cristianos que por otras tantas partes invadieron el reino de Granada, dió acá y acullá batallas sangrientas, y cuando ya cansado de la guerra, pudo aún obtener de D. Fernando una tregua de ocho meses.

Era Mohamed VI intrépido, uno de esos corazones que crecen con el peligro, una de esas almas orgullosas que se rebelan contra la ley de su destino. Veía cuán desigual era la lucha, pero porque era desigual la sostenía; creía que tras la inercia había de seguir la humillación, y habría sacrificado para evitarla no sólo su propia vida, sino también la de su reino. Consideraba



por otra parte, la guerra un medio de hacer olvidar su vicioso encumbramiento, de acallar el grito de las pasiones, de ahogar la voz de la discordia. No es extraño que deseara luchar casi sin tregua: dominado por la sed de gloria, y sobre todo por la ambición, la guerra era su vida, la paz su muerte.

¡Lástima que esa ambición le hiciese manchar con otro crimen el fin de su reinado! Al verse moribundo, teme Mohamed que Yusuf ocupe el trono destinado á su hijo; y preocupado por la misma idea que le armó contra su padre, manda al alcaide de Salobreña una carta en que le ordena que luégo de recibirla acabe con su bueno y desdichado hermano. ¿Puede concebirse más espantoso crimen á las puertas del sepulcro?

¡Ese fratricidio no llega á consumarse! Alá, que vela sin cesar sobre los buenos, dicen los autores árabes, salva casi milagrosamente á Yusuf y le lleva desde el borde de la tumba al trono. — El arráez, portador de la carta, llega á Salobreña en ocasión de estar jugando al ajedrez el príncipe y el alcaide del castillo. Lee el alcaide la carta y se estremece. Adivina Yusuf que se trata de su muerte, recorre con sus propios ojos su sentencia, y no pide sino horas para despedirse de sus doncellas y disponer de sus alhajas. « No es posible, replica el arráez, está medido el tiempo de mi vuelta á Granada, y no he de salir de aquí que no haya recogido vuestro último suspiro. » Hielan de terror estas palabras al alcaide, pero no á Yusuf, que dice con la mayor calma: « dejadme cuando menos concluir esta partida; » y sentado en sus almohadones de oro y seda continúa el juego. Queda confundido al ver la tranquilidad del príncipe hasta el mismo arráez, y el alcaide se conmueve de modo que no acierta á mudar pieza ninguna; pero él no sólo atiende á su juego, sino también al del contrario, y le va advirtiéndole las faltas y corrigiendo las jugadas. Llegan en tanto dos caballeros que anuncian la muerte de Mohamed y la aclamación de Yusuf en Granada, suspéndese la ejecución, vienen unos tras otros numerosos cortesanos, y el que poco há contaba por minutos el tiem-

po de su vida, ve abierto ante sí el camino del poder y de la gloria. No se inmuta tampoco Yusuf: monta á caballo, vuela á Granada, y entra con entusiastas aclamaciones por el pueblo, que ha adornado ya las calles con arcos de triunfo, cubierto de ricos brocados las fachadas de sus monumentos y sembrado de flores la carrera. Ni á la vuelta del más victorioso de sus reyes se ha engalado como ahora la émula de Bagdad y Damasco: conocedora de cuánto merece el que tan resignadamente sufrió la usurpación y el destierro, apenas sabe cómo manifestarle ni su agradecimiento, ni su placer al verle repuesto en el trono de su padre. Los pueblos suelen ser tarde ó temprano justos.

Yusuf III era el reverso de Mohamed. Consideraba efímera y de ningún valor la gloria de las armas, y aborrecía la guerra como gravosa hasta para los mismos vencedores. No la admitía sino como una necesidad; y aun en medio del estrépito de los combates deseaba y pedía la paz, á sus ojos la única base de la felicidad de los pueblos. No bien había subido al trono cuando pedía ya la renovación de la tregua; no bien había espirado el plazo por que se la otorgaron, cuando enviaba á Castilla á su hermano Alí en demanda de nueva prórroga. Cuando vió que no podía obtenerla sino á costa de duras humillaciones, la rechazó; pero ni aun entonces fué el promovedor de la guerra, fueron los cristianos, fué el esforzado infante D. Fernando, que ardía en deseos de renovar las heróicas y aventuradas campañas del Rey Santo.

Amaba D. Fernando la guerra tanto como Yusuf la aborrecía; y deseoso de provocarla, no quiso conceder treguas como no se declarase feudo de Castilla el reino de Granada. Reunió un ejército en que brillaron las lanzas de los más esforzados capitanes, entró en Andalucía, atravesó el Yeguas que á la sazón separaba los dos reinos, y se dejó caer con rapidez sobre Antequera. Puso en alarma todo el reino de Granada, puso en alarma al mismo Yusuf, que creyó deber pregonar la guerra santa; pero no pudo llevar fácilmente á cabo tan arriesgada empresa.

Considerada Antequera como palenque por muzlimes y cristianos, fué pronto teatro de las más reñidas escaramuzas, de los más formidables asaltos, de las más sangrientas batallas. Pelearon allí unos y otros como tigres devorados por el hambre; y ni la muerte de los mejores caudillos, ni los campos cubiertos de cadáveres, ni los fosos inundados de sangre, ni el espectáculo de la ciudad envuelta en ruinas pudieron entibiar su ardor frenético. Empleóse por una y otra parte la estrategia, el cañón, armas de punta envenenada, los medios y los instrumentos más terribles. En nada se escaseó la sangre del soldado; por nada dejaron de aventurar su vida ni aun los príncipes que gobernaban las dos huestes. Hubo en unos y otros actos de valor, rasgos de heroísmo (1); desgraciadamente ninguna generosidad, mucha barbarie. Los soldados de Yusuf fueron dos veces vencidos y mordieron en número de más de treinta mil el polvo de la tierra: y cuando sonó al fin para Antequera la hora de su caída, ni á capitulación fueron admitidos los pocos que después del asalto se retiraron al alcázar. Alkarmen, el héroe de aquel sitio, tuvo que rendirse con un puñado de valientes sin alcanzar de sus enemigos sino la libertad y la vida. Hubo alguna generosidad, pero después de la victoria, cuando la vista de los vencidos extenuados por el hambre no pudo menos de despertar sentimientos de compasión en los cristianos. No escaparon con vida de aquel montón de ruinas sino dos mil seiscientas treinta y ocho personas; y ¿cómo no habían de conmover á sus enemigos aquellos escásos restos de una ciudad que había sido una de las más populosas del reino de Granada? Salieron todos lamentando amargamente la pérdida de sus familias, derramando

(1) Cuentan que durante el sitio, que fué muy largo, se hubo de llenar de escombros un ancho foso que impedía el acceso de las tropas castellanas á los muros, y viendo D. Fernando que los soldados á quienes se había impuesto este deber lo hacían con miedo por ser más los que morían que los que escapaban con vida, les arengó, cogió una espuerta, la vació en el foso, y les dijo: avergonzáos y haced lo que yo. D. Fernando tomó la conquista de esta plaza con mucho empeño, y no sin razón se le conoce en la historia con el nombre de Fernando de Antequera.

cada cual lágrimas de dolor y de vergüenza, no atreviéndose ninguno á pedir al cielo ni para las víctimas perdón ni para sí consuelo. Alcanzaron al fin permiso del vencedor para retirarse unos á Archidona y otros á Granada, donde fundaron el barrio de Antequeruela; y pudieron cuando menos ir á llorar en el regazo de un monarca bondadoso, en el seno de una ciudad amiga.

Quedó aterrado Yusuf; pero no tardó en cambiar de suerte. Alcanzó las tan deseadas treguas luego de llamado el infante al trono de Aragón (1), y no las vió rotas sino momentáneamente durante el resto de sus días. Tuvo que llamar otra vez á las armas á sus súbditos para castigar la rebelión de Gibraltar, que cansada de la tiranía de su gobernador, enarboló la bandera de los Beny Merines de África; y aun en esto encontró un sólido elemento de paz. El rey de Fez, á cuyo amparo se acogieron los gibraltareños, comisionó para que tomase posesión de la plaza á su hermano Abu-Said, á quien envidiaba y en secreto aborrecía; y al verle delante de las tropas de Yusuf fingió apoyarle y le dejó á merced del enemigo. Rindióse Abu-Said, pasó á Granada, y apenas había empezado á sentir la generosidad de Yusuf, cuando recibió de manos de éste una carta en que su hermano el rey de Fez solicitaba que le envenenasen á fin de asegurar mejor la paz de los Estados de África. Brama de cólera Abu-Said al ver tanta perfidia, pide armas á Yusuf, obtiene soldados y oro, parte á Almería, corre á Ceuta, penetra en lo interior de África, engruesa al paso su ejército, cae sobre Fez, derrota á las puertas á su hermano y pasa en hombros de la muchedumbre del campo de batalla al trono. Rey ya de Fez, ¿cómo no había de manifestar su agradecimiento á Yusuf, á quien debía esa misma corona que acababa de recoger entre el polvo del combate? Le envía armas, caballos, joyas, oro; le ofrece su perpetua amistad, y le hace temible á los castellanos,

(1) Ese D. Fernando fué el elegido por el parlamento de Caspe después de la muerte de D. Martín el Humano. (Véanse los tomos de *Cataluña* y de *Aragón*.)

que desde entonces deben tomar ya en cuenta para sus conquistas no sólo las huestes granadinas, sino también esas tropas africanas que tantas veces han hecho estremecer el suelo de la vieja Europa.

Renovó Yusuf por tercera vez las treguas; y, libre ya de todo temor de guerra, se dedicó con tanto ahínco á restaurar el reino, que á poco no quedó en toda Granada ni huella de las pasadas luchas. Restableció en todas partes el orden, la calma y la confianza, animó las ciudades con la frecuente celebración de justas y torneos, y logró hacer atractiva su corte hasta para los mismos castellanos que no pocas veces la visitaban, ya por deseo de hablar á los mismos con que habían cruzado en el campo sus espadas, ya por tomar parte en los ejercicios caballerescos de Bib-Rambla, ya por satisfacer entre sí deudas de honor á juicio de caballeros y damas moras (1). Dábales para esto jueces y estacada, siendo tal la influencia que ejercía sobre los pechos nobles, que aun en el mismo palenque no era raro que pusiese amigos á los que un momento antes habían roto contra sí sus armas sedientos de sangre y de venganza.

Dos veces vió aún comprometida la paz por los fronteros que disputaban eternamente sobre los mal determinados linderos de uno y otro reinos; otras tantas logró cortar el paso al incendio procurando conciliar los ánimos y recurrir antes que á la guerra al arbitraje. Ni un solo punto descuidó la tranquilidad y el esplendor de su reducido imperio; y alcanzó así llevarlo á tal altura, que á pesar de la caída de Antequera ha sido considerado justamente su reinado como el último término del

(1) De resultas de haber muerto alevosamente un escudero de D. Iñigo de Estúñiga á Antonio Bonel, diestro adalid á quien estimaba mucho D. Juan Rodríguez de Castañeda, señor de Fuentidueña, cuéntase que hubo entre éste y el Estúñiga ciertas contiendas que creyeron no poder terminar sino en duelo. No pudieron celebrarlo los dos bravos caballeros en Castilla, y obtuvieron de Yusuf permiso para celebrarlo en Vivarambla, donde aunque llegaron á romper las lanzas, no á verter su sangre, merced á los nobles deseos del rey y á la declaración que hicieron los jueces moros de haber quedado ambos como buenos en el primer combate (*Crónica de D. Juan II*, cap. 262).

encumbramiento de Granada. Murió en 1423 de un ataque de apoplejía que le derribó cuando menos esperaba sobre las losas de uno de los salones de la Alhambra; y no sin razón fué llorado de todo el pueblo, presa ya en adelante de discordias civiles que le arrojaron por fin abatido y ensangrentado á los piés de los monarcas de Castilla.





CAPÍTULO XVIII

Mohamed VII. — Mohamed VIII. — Yusuf IV. —
Mohamed IX.—Aben-Osmín.—Mohamed X

DE 1423 Á 1463

SUCEDIÓ á Yusuf III su hijo Mohamed VII, conocido en la historia con el sobrenombre de el Izquierdo, ya por ser zurdo, ya por la siniestra fortuna que le acompañó en la paz como en la guerra. Reunía este príncipe muchas cualidades que

le hacían aborrecible: era colérico, altivo con los que más interesados estaban en sostener su trono, déspota hasta el punto de no querer oír ni á sus walíes, tan amigo de esclavizar y hacer sentir la esclavitud al pueblo, que hasta le privó de las zambras y torneos que contribuían bajo otros reyes á dorar los hierros con que se le oprimía. Amaba como su padre la paz; pero no con el fin de procurar mayores beneficios á sus súbditos, sino con el de poder reinar más á su antojo en medio de los placeres de la Alhambra. No tenía más amigo que su wízir Abu-Zeragh, uno de los caballeros más ilustres de los abencerrajes; y ni aun con este poderoso privado supo cautivar el ánimo del pueblo, antes sublevó contra sí las demás tribus, ya de mucho tiempo rivales y enemigas.

No tardó mucho en ser destronado por los granadinos. Á pesar de su alianza con los reyes de África y las treguas que alcanzó de Juan II perdió gran número de gente y de caballos junto á Antequera y Archidona; y mientras no se ocupaba sino en calmar los belicosos arranques de los fronteros, única causa de tamaños males, se vió acometido tan de improviso por turbas de conjurados y asesinos, que, sólo saltando las tapias de un jardín, pudo escapar de manos de los agresores. Saltó, se disfrazó, ganó la costa y no tuvo más recurso que dirigirse al África y ponerse á la sombra de Aben-Farix de Túnez.

Volvió al trono á los dos años; pero no por sus esfuerzos, sino por los de su antiguo wízir y otros abencerrajes de alta cuna; no por sus virtudes, sino por los vicios de su rival Mohamed VIII, que se lanzó como él en brazos de una tribu y armó contra sí millares de enemigos. Mohamed VIII, llamado el Zaguer (el Joven), era príncipe resuelto, de valor, de genio; pero encumbrado por una revolución temía sucumbir ante otra, y no sabía encontrar término entre la tiranía y la lisonja. Deseoso de granjearse el afecto de las turbas, mandó por de pronto celebrar su triunfo con zambras, justas y torneos: bajó, á fin de entusiasmar al pueblo, á la estacada; y apenas perdió ocasión

en mucho tiempo de lucir al par de los demás caballeros su destreza en revolver el potro y manejar la lanza. Procuró halagar las tribus vencedoras convidándolas á danzas y banquetes, distribuyéndoles joyas, distinguiéndolas con bellos rasgos de amistad y grandes cargos; pero no supo hacer suyos á Abu-Zeragh y á su familia, condenada todos los días á devorar en secreto un nuevo ultraje, y provocó al fin una rebelión en que salió vencido. Cansado Abu-Zeragh de tanto sufrimiento, sale una noche de Granada con quinientos caballeros, pasa á Lorca, vuela á Castilla, de Castilla á Túnez, de Túnez á Orán, de Orán á Vera, y con ayuda de Juan II empieza á proclamar de nuevo al destronado Mohamed, á quien lleva en su mismo campamento. Sabedor á poco de que el hermano del Zaguer que se dirigía contra él se ve abandonado por los suyos, se adelanta á Guadix. Corre luego á Granada, entra, sitia desde la Alcazaba al rey, que está en la Alhambra, y logra que los mismos cercados le entreguen al Zaguer y su familia. Hace matar al usurpador por orden de Mohamed; manda que sepulten á los hermanos y á los hijos en sombríos calabozos, y consigue vengar á un tiempo sus ultrajes y los de su monarca.

Repuesto ya en el trono Mohamed VII, no fué más dichoso que en su primer reinado. Al manifestar su agradecimiento á Juan II por el socorro que había recibido, le pidió la paz, y ni treguas obtuvo por negarse á satisfacerle las parias vencidas y los gastos de la campaña y poner en libertad á los cautivos. Vió invadido de repente el reino por los Adelantados de Jaén, Ronda y Cazorla, pasada la Vega á fuego y sangre, saqueada Igualeja, taladas las campiñas que baña el Guadalhorce. Mató en el camino de Riogordo al alcaide de Antequera, y humilló y deshizo en el Vado de las Carretas á Rodrigo de Perea y al alcaide de Quesada; mas perdió en cambio un escuadrón de abencerrajes y allá en la frontera de Cazorla el castillo de Jimena, asaltado una noche por García de Herrera entre alaridos de cólera, estrépito de armas y cornetas y el espantoso bramido

del trueno y la tormenta. No paró aquí su desventura. Acometido hacia Alhendín y Alcalá la Real por cincuenta mil infantes y tres mil caballos que acaudillaba el condestable D. Alvaro de Luna, no acertó siquiera á detener la marcha asoladora de tan grande ejército; y tuvo que contemplar impasible desde sus torres de Granada la terrible tala de los campos de Illora, el orgulloso avance del enemigo por las riberas del Genil y el Darro, el incendio de los cármenes de Aynadamar y el Soto, el ataque de Tajarja, cuyos soldados se atrevieron á resistir á un guerrero que acababa de enviarle un cartel de desafío. Los vió retirar en buen orden devastando lo que se les ofrecía al paso; supo que estaban talando las huertas de Loja, entregando á las llamas el Salar, destruyendo las atalayas y molinos de los alrededores de Archidona; recibió noticia de que acababa de sublevarse contra el condestable toda la infantería que llevaba; pero nada hizo ni para castigo de los invasores, ni para prevenir la tormenta que estaba fraguando en Córdoba el poder de Juan II y amenazaba sumergir en ignominia y sangre el trono de Granada. Parecía que la fatalidad le tenía atadas las manos: preparábase en tanto en el seno mismo de su corte otra conjuración que había de complicar de lamentable manera la situación del reino.

Yusuf-Ebn-el-Ahmar, descendiente de Aben-Hud y nazarita, empezó á pretender el trono confiando en su propio valor y el de los mejores caballeros de su tribu. Conspiró largo tiempo aguardando ocasión de levantar abiertamente sus pendones, creyó llegada la hora al saber que iba á pasar la frontera Juan II, salió de Granada, mandó de embajador de Córdoba á Venegas, ofreció su brazo y dió ochocientos jinetes por el apoyo de Castilla, y, ya obtenido, se unió con el rey cristiano. Animó con esto á D. Juan, y no tardaron en cubrir la Vega cristianos y muzlimes, enemigos todos de Mohamed el Zurdo.

Mohamed, al considerar el peligro en que estaban su trono y el reino, llamó á la guerra á todo creyente, y se vió pronto

rodeado de numerosos escuadrones y tribus armadas de flechas y puñales que acababan de despeñarse de la sierra de Baza y las vertientes de la Alpujarra y Ronda; mas ¿qué había de poder contra todas las fuerzas de Castilla, contra un ejército de setenta mil infantes y diez mil caballos, en que figuraban un Alvaro de Luna, un Suero de Quiñones, un Diego Ponce de León, un Venegas, un Yusuf-Ebn el-Ahmar que llevaba consigo la flor de la caballería musulmana? Fué el primero en romper el fuego, aventurándose primero en escaramuzas sangrientas, y obligando luego al ejército castellano á empeñar una batalla decisiva; pero le sirvió de poco su valor y el desesperado arrojo de algunas de sus tropas. Encarnizado, tremendo fué el combate: toda la Vega se estremeció al choque de las lanzas, al crujir de las armaduras, al relinchar de los caballos, al bárbaro alarido de los combatientes, al agudo gemir de los heridos. Derramóse la sangre á torrentes; combatióse al fin sobre un suelo de cadáveres, y ¡no hubo por mucho tiempo quien abandonara su puesto sino con la vida!

Tuvieron que ceder los granadinos. Las mal armadas tribus de las cercanías quedaron arrolladas al primer embate; y los cerrados escuadrones de caballería, aunque llenos de heroísmo y destreza, vieron sucesivamente sobre sí tantos y tales enemigos, que acosados por todas partes y cansados de tan desigual pelea, no tuvieron más recurso que la fuga. Huyeron unos á Sierra Elvira, otros á la ciudad, y fué tal el ardimiento de don Alvaro, que llegó á perseguir á los últimos hasta las mismas puertas de Granada.

Afortunadamente los rencores que poco há estallaron en Castilla renacen en el campamento después de la victoria: temen D. Alvaro y D. Juan, y siendo vencedores no pueden menos de levantar el campo.

Respiró Mohamed; pero hasta la naturaleza pareció sublevarse contra tan desgraciado príncipe. Dió la tierra espantosos bramidos; tembló todo el suelo de Granada á impulso de vio-

lentos terremotos; cuarteáronse torres y mezquitas, y cayó con grande estrépito hasta un lienzo de los muros de la Alhambra. Añadióse el terror á la aflicción y al desconsuelo, cundieron de boca en boca funestas profecías, y se empezó á temer la caída de todo el reino.

¡Sobrevino después de todo una guerra civil! ¡Ah! está ya roto en Granada el freno de la ambición, débil y embrutecido el pueblo: ¡cuán poco ha de sobrevivir el trono al buen Yusuf III! — Irritado Ebn-el-Ahmar al ver la imprevista retirada de D. Juan, y al considerar cuán inútilmente ha ido á derramar por él su sangre, prorrumpe á cada paso en amargas quejas que no pueden menos de llegar á oídos del príncipe cristiano. Recuerda á D. Juan las promesas que le hizo al abrirse la campaña; y después de haberse sujetado á las más duras condiciones, entra de nuevo en su patria apoyado por los fronteros de Castilla. Logra al pronto interesar en su favor á los alcaides de Cambil, Alicún, Montefrío, Illora, Ronda, Archidona, Setenil, y otros pueblos de Córdoba y Sevilla; vuela á Loja, donde se ha sublevado el pueblo y retirado el alcaide á la alcazaba; acometido por un escuadrón de abencerrajes, se arroja con furor sobre ellos y logra dar muerte al caudillo; se dirige á la capital, asoma por las cumbres de Sierra Elvira, y amenaza y llena de espanto la corte de Granada. No tiene amigos en la ciudad; pero la ve triste, abatida, desmayada, y hace que los mismos ciudadanos obliguen á Mohamed á huir de la Alhambra y le abran las puertas que habían de conducirle al trono. Mientras Mohamed sale en dirección á Málaga con toda su familia, con los hijos del Zaguer y con todas las joyas y el oro de su alcázar, entra él en la ciudad con sólo seiscientos caballeros, llega á la Alhambra en medio del mayor silencio, y consigue al fin ceñir su frente con la corona que tanto ha codiciado.

Es ya rey Yusuf, ¿pero qué rey? Un rey feudatario de Castilla que ha de entregar todos los años á D. Juan veinte mil doblas de oro, que ha de seguir los pendones cristianos con mil

quinientos caballeros, que ha de asistir á las cortes que se celebren aquende de Toledo, que ha de poner en libertad á todos los cautivos, que ha de ser toda su vida un sêrvidor de otro rey, un mal vasallo. ¿Qué simpatías puede tener en su pueblo? Acaban de recibirle en la corte oprimido el corazón, muda la boca: los empleados y los nobles son los únicos que suben á felicitarle, y aun no por afecto; el rey de Túnez habla contra él á D. Juan; Mohamed despierta entusiasmo en Málaga; y él fuera del recinto de su alcázar apenas ve más que la indiferencia ó el desprecio. Si queda aún en su corazón algún resto de dignidad, ¿qué puede hacer más que abdicar ó dejarse morir de vergüenza y de melancolía? Muere á los seis meses y deja otra vez abierto el camino del trono al príncipe legítimo.

Fué aclamado Mohamed por tercera vez rey de Granada á fines del año 1432. No cometió los desaciertos que la primera, ni se ensañó como la segunda contra su rival, cuyos hijos respetó hasta el punto de dejarles sus títulos y haciendas y enlazarlos con hijas de su mismo linaje; pero ni aun así pudo asegurar su corona contra los embates de la ambición ni contra los rudos ataques de revoluciones fraguadas bajo su mismo trono á la sombra del misterio. Todo pareció sonreirle en un principio. Con la ayuda de su wízir Abdhelvar, uno de los más prudentes caballeros de la tribu abencerraje, fué extinguiendo los odios, reparó aunque lentamente los males de la guerra, arrancó al rey de Castilla treguas por dos años, é hizo bendecir su restauración hasta por los mismos que habían contribuído á destronarle. Aún despues de estallar la guerra fué sino querido, cuando menos respetado por el ardor con que sostuvo tantas luchas, por la constancia con que en medio de funestísimos azares supo vender caras al enemigo las victorias. No fué tan desgraciado como en otras guerras. Perdió después de sangrientos rebatos á Huescar, primera conquista de aquel D. Rodrigo Manrique que fué más tarde conde de Paredes y maestre de Santiago; perdió á Galera y Castilleja después de talados á

hierro los vecinos campos; perdió tras cuatro días de pelea á Huelma, combatida por el famoso marqués de Santillana; perdió las fortalezas de Vélez Blanco y Vélez Rubio, que se dieron á partido cansados de talas y saqueos; perdió el castillo de Solera, que cayó en poder de D. Fernando de Quesada, comendador de Bedmar; pero supo tomar cumplida venganza de estas derrotas en Illora, donde murió el adelantado de Andalucía tras-pasada la boca de un flechazo que le disparó el alcaide; en las laderas de Archidona, donde rodaron á lo más profundo de un abismo arrastrados por rocas despeñadas de las vecinas cumbres más de mil quinientos soldados, muchos valerosos capitanes de Écija y gran número de caballeros y comendadores de la orden de Calatrava; en los campos de Guadix, donde sólo pudieron ser vencidos los muzlimes después de haber hecho sentir el peso de sus armas á millares de cristianos; en Gibraltar, donde pereció ahogado el conde de Niebla al querer escapar de mano de sus vencedores; en los alrededores de Castril, en que cayó el adelantado de Cazorla y casi todos los suyos bajo los terribles golpes del hijo de Aben-Zeragh y sus abencerrajes. Logró indudablemente dejar bien sentado el honor del reino de Granada, si no por sus esfuerzos, por los de sus caudillos.

No salió nunca de la corte, no salió hasta que otro usurpador, su sobrino Aben-Osmín, vino á arrojarle otra vez de la Alhambra, que era para él su corte, su reino, su único campo de batalla. Aben-Osmín era tan ambicioso como intrépido; y al saber que irritado su primo Ysmail por una injusticia del monarca se acababa de retirar á Castilla con la flor de sus abencerrajes, partió secretamente á Granada, derramó oro á manos llenas, explotó en su favor el odio de todo el pueblo, se apoderó en un momento de la ciudad y de la Alhambra, puso preso á Mohamed, y fué proclamado rey por todas las tribus enemigas de la familia del príncipe vencido. Apenas hubo subido al trono vió rebelada contra sí una hueste abencerraje que partió secretamente á Montefrío; pero la despreció, levantó el mayor ejército posi-

ble, salió contra cristianos, pasó á fuego y sangre Benamaurel y Aben-Zulema, y regresó á Granada, lleno de gloria, de armas, de cautivos. En una segunda campaña se apoderó de Huéscar, de los Vélez, de Castilleja, de Galera, de casi todas las plazas que habían conquistado después de tremendos combates los más ilustres castellanos; y no hubo en breve fortaleza, ejército ni caudillo que bastasen á detener sus asoladoras incursiones. Pasó junto á los fronteros de Lorca, Fajardo y Ribera, y no los vió salir de sus castillos: pasó por Hellín y Jumilla, donde residía á la sazón Álvaro Téllez, luchó con él y pasó á todos sus enemigos por el hierro de la lanza. No estuvo tan feliz con el conde de Arcos, que le atacó y deshizo en Mataparda; pero deseoso de vengarse en Murcia, no tardó en mandar á esta frontera lo mejor de los soldados de Granada al mando del valiente Abdhelvar, hijo del wízir de Mohamed, gallardo y arrogante mozo, de quien el amor de una mora de otra tribu hizo un león en justas y torneos y un abencerraje indiferente por la causa de los que se habían retirado con su padre á Montefrío. Hizo temblar por de pronto á Lorca y Cartagena; pero hubo de temblar á su vez al recibir sólo cien soldados de tan numerosa hueste. Los demás perecieron casi todos en la batalla de los Alporchones, una de las más reñidas que llegaron á trabarse entre moros y cristianos.

Ciego de cólera Aben-Osmín, conocido con el nombre de Mohamed IX, mandó matar al desgraciado Abdhelvar que había logrado escapar de la pelea (1): se hizo tiránico, cruel, y se entregó en brazos de la maldad y el crimen. Depuso á sus más leales servidores para emplear arrayaces, instrumentos de sus odios; condenó á muerte á cuantos sospechó que pudieran serle

(1) Al ver Abèn-Osmín á Abdhelvar, le reconvino, según Conde, con la mayor amargura, y le dijo al fin con tono airado: «Ya que no has sabido morir en la batalla como valiente, morirás en la cárcel como cobarde.» Apoderáronse luego del desgraciado caudillo unos verdugos, le llevaron á una mazmorra, y le decapitaron inhumanamente (CONDE, tomo 3.º *Dom. de los Arab.*.)

enemigos. Turbó á cada momento la paz de las familias llamando á su harem á las más hermosas doncellas, obligando á los padres á casar las hijas con sus favoritos y privados, rompiendo con intención las más honestas relaciones entre ilustres mancebos y señoras de alta cuna. Llevó su despotismo hasta el extremo, y concitó tan de repente el furor de todo el pueblo, que no bastaba á poco Montefrío para contener á los nobles y plebeyos que salían con armas de Granada.

Fijáronse todos en Aben-Ysmail, que al verse apoyado en Montefrío de una parte por D. Juan y de otra por los mismos granadinos, acudió como un rayo al llamamiento. Bajó Ysmail á la Vega, metió por las puertas de la ciudad á los que se atrevieron á salirle al paso, é infundió tan súbita alarma en el ánimo de Osmín, que desalentado éste, no supo recurrir más que al terror, al asesinato, á la perfidia. Fueron llamados bajo pena de muerte á las armas todos lo que fuesen capaces de empuñarlas; fueron asesinados villanamente en la Alhambra los principales caballeros de Granada, reunidos por orden del rey para la abdicación que fingía querer hacer de su corona; fueron cometidos los más horrendos crímenes; pero triunfó al fin Ysmail sobre el tirano Osmín, que escapó de la muerte saliendo por una puerta falsa, subiendo por las colinas del Cerro del Sol, é internándose por los amenos valles que fecunda el Darro.

Mohamed X, Aben-Ysmail, sobrino de Mohamed el Zurdo, era de mejor alma. Lejos de pretender como su primo Aben-Osmín hacer olvidar al pueblo el despotismo con que se le oprimía teniéndole ocupado en incesantes guerras, no abrigaba otro deseo que el de llamar á la agricultura los brazos, destinados antes á las armas, ni se llevaba otra mira que la de cautivar el amor del pueblo procurándole los beneficios de una administración bien entendida. Pidió desde el momento treguas á Juan II; y al ver talada la Vega y asolada Estepona por Enrique IV en venganza de la pérdida de Garcilaso, que murió herido por la flecha envenenada de un abencerraje, no vaciló en humillarse

al nuevo rey y adquirir la paz á costa de las más duras condiciones. Sujetóse á pagar anualmente doce mil doblas de oro, á poner en libertad seiscientos cautivos, á dar en rehenes otros tantos moros cuando no tuviese en sus mazmorras soldados de Castilla.

Creía escaso todo sacrificio para conseguir la paz; pero tuvo la desgracia de vivir casi siempre en guerra. Era el término de Jaén, en virtud de la misma tregua, paso franco á las tropas invasoras de uno y otro Estados; y puesto en la alternativa de atacar ó ser atacado, no quiso contrariar los instintos belicosos de su hijo Muley-Hacén, que ardiendo en deseos de manifestar su valor, salió al frente de dos mil caballos, se adelantó hasta Baeza, luchó mano á mano con el conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, y los trajo cautivos á Granada después de haber puesto en fuga las huestes que llevaban y dejar tendidos en el campo los bravos escuderos que los defendían (1). Pagó cara

(1) Sobre la batalla y prisión de ese obispo D. Gonzalo de Zúñiga creemos oportuno transcribir el romance siguiente;

Ya repican en Andújar
Y en la Guardia dan rebato:
Día es de S. Anton,
Ese santo señalado.
Ya se salen de Jaen
Cuatrocientos hijos-dalgo;
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos.
Mozos deseosos de honra
Y los mas enamorados,
En brazos de sus amigas
Van todos juramentados
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
Es pendon rabo de Gallo.
Por capitán se lo llevan
A ese obispo D. Gonzalo,
Armado de todas armas
En un caballo alazano.
Todos se visten de verde,
El obispo azul y blanco.
Al castillo de la Guardia

El obispo habia llegado;
Sáleselo á recibir
Megía el tan noble hidalgo:
Por Dios te ruego, el obispo,
Que no paseses el Vado,
Porque los moros son muchos,
A la Guardia avian llegado.
Muerto me han tres cavalleros,
De que mucho me ha pesado:
El uno era tío mio,
El otro era primo hermano,
El otro es un pagecico,
De los míos mas preciados.
Demos la vuelta, señores,
Demos la vuelta á enterrarlos;
Haremos á Dios servicio,
Honraremos los cristianos.
Ellos estando en aquesto,
Llegaba D. Diego de Haro:
Adelante, cavalleros,
Que me llevan el ganado:
Si de algun villano fuera,
Ya lo huvierades cobrado;

la acción, porque perdió en aquel mismo año al famoso alcaide Aliatar en manos de Fernando de Narváez; vió al siguiente derrotado á su hijo Muley en la batalla del Madroño; perdió á Gibraltar, perdió á Archidona, reina de las fortalezas musulmanes, guarida del formidable Ibrahim, de ese león que al verse vencido se arrojó á caballo en lo más profundo de un tajo abierto al pié del cerro. Mas ¿habría logrado evitar de otra manera tan frecuentes invasiones cuando á pesar del mismo rey de Castilla se lanzaban adelantados y fronteros á las más difíciles empresas y rivalizaban entre sí sobre quién podría contar hechos más temerarios y sangrientos? ¿Quién podía contener ya los briosos ímpetus de un Pedro Girón, ese terrible vencedor de Archidona, que se atrevía á pretender el mismo trono de Castilla? ¿ni el arrollador empuje de D. Juan Alonso de Guzmán, ese intrépido duque de Medina Sidonia, que se hizo dueño de Gibraltar, donde tantos y tan bravos caballeros sucumbieron? ¿ni el indómito valor de D. Rodrigo Ponce de León, que en la batalla del Madroño se atrevió á combatir solo, á pié y sin lanza ni escudo contra un puñado de moros que cargaron sobre él con todo el furor de hombres á quienes desespera el vencimiento?

Empero alguno está aquí
Que le place de mi daño.
No cabe decir quién es,
Que es el del roquete blanco.
El obispo que lo oiera
Da de espuelas al cavallo.
El cavallo era ligero,
Saltado avia un vallado.
Mas al subir de una cuesta,
A la asomada de un llano,
Vido mucha adarga blanca,
Mucho albornoz colorado,
Y muchos hierros de lanzas
Que relucen en el campo.

Metidose avia por ellos
Como leon denodado.
De tres batallas de moros
La una ha desbaratado
Mediante la buena ayuda
Que en los suios ha hallado.
Y aunque algunos de ellos mueren
Eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
Al obispo avian cercado.
Cansado de pelear,
Lo derriban del cavallo,
Y los moros victoriosos
A su rey lo han presentado.

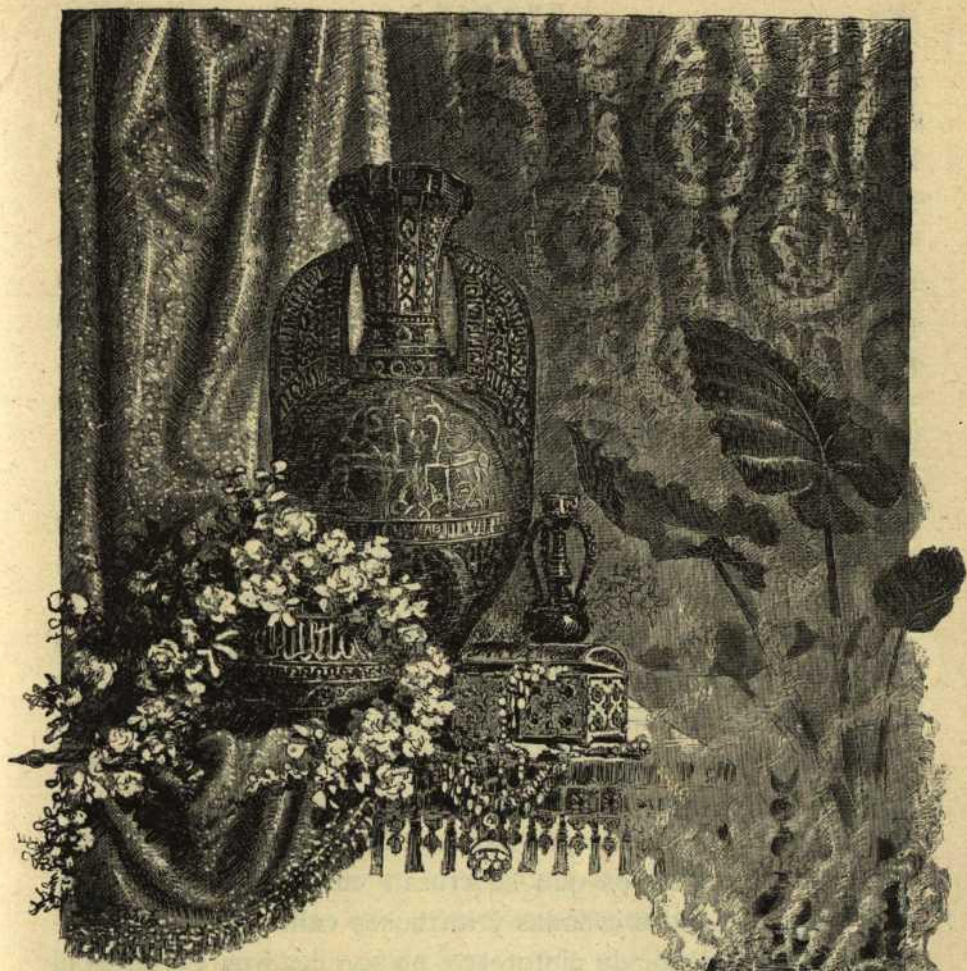
Son muchos los romances que hacen referencia á este obispo: sus prendas militares le hicieron uno de los personajes más populares de su época. Murió en Granada y fué luégo trasladado á la catedral de Baeza.

¡Ay! esa generación de héroes es ya un torrente que no pueden contener ni los mismos reyes cristianos.

Pudo, sin embargo, Ysmail volver aún á restablecer la paz. Sabedor de que Enrique IV se proponía entrar de nuevo en la Vega, le pidió una entrevista, le recibió á las puertas mismas de Granada, y recabó de él no sólo una tregua, sino también una alianza. Enrique, contrariado sin cesar por grandes facciones, era débil; y pudo fácilmente persuadirle Ysmail de cuánto convenía la paz á entrambos. No trabajó desde entonces poco por el deseo de conservarla.

Dedicóse por entero Ysmail á mejorar la situación del Reino; y á los pocos años Granada parecía haber recobrado toda la hermosura y grandeza de otro tiempo. Volvió á estar cultivada la Vega, y llegaron á cubrir las mieses hasta las yermas faldas del Cerro del Sol por donde hizo pasar ese buen rey el Darro. La industria puso otra vez en movimiento sus talleres y surtió á España de brocados tejidos de oro y seda, telas de lino y cáñamo, armas y otras mil manufacturas. Cruzaron la costa del Mediterráneo buques de todas las naciones, reanimóse el tráfico entre moros y cristianos, y fué pronto Granada uno de los mayores focos de la civilización de España. ¡Lástima que mientras más próspero estaba el reino viniese á sumirlo de nuevo en el caos de la guerra la muerte de Aben Ysmail!

Murió Ysmail en Almería el año 1465: ¡ay! ¡y murió con él la paz y empezó con su hijo esa bárbara y desgarradora agonía que suelen sufrir los imperios antes de bajar al sepulcro! No he de pintarla aún: después de tantos horrores como llevo descritos, siento embotadas la fantasía, la pluma, el corazón. Una ojeada rápida á los lugares que fueron teatro de los sucesos referidos puede servirnos de descanso: recorrámoslos: podrán estar faltos de monumentos, no de recuerdos.



CAPÍTULO XIX

Archidona.—Antequera



1 no son muchas aún las conquistas hechas en las provincias granadinas después de la muerte de Fernando el Santo, bastan, sin embargo, dos de ellas para hacernos interrumpir nuestro bosquejo histórico. Archidona y Antequera fueron dos sangrien-



tos campos de batalla, dos pueblos en que tuvieron lugar rasgos de amor y de caballería que dejaron oscurecidos los mejores de los siglos medios: no es posible dejar de arrojar sobre su presente y su pasado una mirada poética.

Archidona fué antiguamente una fortaleza que extendió sus muros y torreones sobre las cumbres de tres cerros. Tenía su población en un hoyo formado por las tres alturas, y no sin razón llevaba el nombre de *Arx Domina*, reina de los alcázares. —Hoy no es sino una villa sentada en la vertiente de una sierra á la sombra de un castillo árabe; pero impone aún por su posición, por los restos de esa misma alcazaba rodeada de precipicios, por lo sombrío y montaraz de sus alrededores llenos de tajos, abismos y cuevas ensombrecidas por la tradición y la leyenda. Agrias cuestas, por donde tras grandes aguaceros se precipitan rugiendo los torrentes, constituyen algunas de sus calles: es cada hogar un baluarte, como cada hombre un soldado; y no sería aún fácil vencerla sin derramar raudales de sangre en las ásperas faldas de la sierra. Tiene á sus piés una vega que se extiende casi hasta Antequera, pero desigual, montuosa, cortada á trechos por barrancos. Está por todas partes cercada de altos cerros que se cruzan en todas direcciones y dan origen á hondas cañadas y tortuosos valles; y si algo presenta á su alrededor de pintoresco, no son cuadros de flores ni sombrías alamedas, sino derrumbaderos como las laderas de su mismo nombre, sepulcro de tantos héroes de Calatrava, saltos como el del Moro, donde es fama que se precipitó su último alcaide, profundidades como la de Cea, cuyo fondo removido tal vez por el fuego de los volcanes desconoce y mira con terror el hombre. Un solo río atraviesa su término, el Guadalhorce; un solo arroyo, el del Ciervo; y aun las aguas de estas dos corrientes, lejos de deslizarse tranquilas por entre campos de verdura, se las ve raudas y espumosas saltando en forma de cascadas de peña en peña, de quiebra en quiebra, de uno á otro barranco. Todo es salvaje en torno suyo, hasta el mismo arte,

hasta esa misma fortificación que ciñe como un doble cinturón de piedra el cerro cuyas faldas cubre. Los muros de sus dos cercas parecen estar desafiando aún el impetuoso furor de las revoluciones y la acción lenta de los siglos; los ennegrecidos cubos y torreones que defienden sus puertas se alzan aún á los ojos del viajero como fantasmas de un pasado horrible, como espectros que arroja de sí la tumba de los que murieron el día de la fatal caída en medio de alaridos de desesperación y de venganza. Levántase entre las ruinas una humilde ermita consagrada á la Virgen de la Gracia; pero no parece tampoco sino un altar sobre un sepulcro. La naturaleza, la historia, el arte, todo contribuye allí á presentar los objetos como velados por una niebla que forman los vapores de la sangre derramada. La vecina sierra del Conjuero excita con su solo nombre recuerdos misteriosos que dejó consignados la voz de las tradiciones populares (1); la de la Cueva de las Grajas, sumerge la imaginación en esa poesía aterradora que audaces fantasías han hecho brotar del fondo de las profundidades de la tierra: las crestas de entrambas, ceñidas de restos de torres y murallas, permiten aún evocar las sombras de la antigüedad, que levantó la formidable *Arx Domina* sobre los gigantescos escombros de la primitiva Escua, pueblo que encerraba en su mismo nombre la idea de superioridad y fué considerada por sus mismos fundadores como cumbre y cabeza de las demás ciudades (2). Las sombras digo, no los hechos, porque Escua y *Arx Domina* son casi un

(1) Hay en esta sierra del Conjuero un camino, ya medio borrado, que sólo se presenta claro y distinto á los ojos del que lo ve de lejos. Esto ha dado lugar á creer que aquel camino fué el que siguió la Virgen, cuando deseosa de ayudar á los cristianos que cercaban á Archidona bajó del cielo, y les animó á que bombardearan el castillo al abrigo de esta misma sierra. Aun lo de la misma Virgen no pasa de ser hijo de la tradición; mas está tan arraigado en toda la comarca que apenas hay aldeano que no lo refiera candorosamente.

(2) La ciudad primitiva, que se supone haber sido de fundación cartaginesa, se llamó Escua, voz que en lengua púnica significa cabeza. Llamáronla luego los romanos *Arx Domina* traduciendo, como no pocas veces hicieron, á su lengua su denominación primera. De *Arx Domina* ó *Domna* hicieron los árabes *Arxiduna*, que es lo que más se acerca al nombre de Archidona que ahora tiene.

misterio para nosotros (1); porque para nosotros apenas es histórica más que la Arxiduna de los árabes, y aun ésta no nos ha llegado en alas de la crónica sino en su época de decadencia, cuando ya los freires de Calatrava templaban contra ella sus aceros en la sangre de los que rodaron á las hondas simas de las Laderas bajo rocas precipitadas desde lo alto de los cerros y en la de los que cayeron bajo el alfange de Ibrahim, el más fiero é implacable alcaide de la fortaleza.

Ibrahim fué el héroe, el genio, el alma del castillo. No parece sino que ni antes ni después haya existido otro hombre en el seno de estas ruinas, según viene resumida en él la historia de todo un pueblo.

Ibrahim, dicen las crónicas, era tan valiente como magnánimo. Miraba con respeto al vencedor, con piedad al vencido, y ahorraaba cuánto podía la sangre de sus soldados. Se le temía en el campo, nunca bajo las bóvedas de su castillo, donde era generoso con amigos y enemigos. Mas llegó día en que una herida incurable le llenó de amargura el corazón, y se convirtió en déspota y sanguinario el que ayer sabía tender la mano á cuantos sucumbían en los combates.

Tenía Ibrahim una hija llamada Tagzona, que era la luz y la esperanza de su vida. Ignorante de los secretos amores de la joven con Hamed-Alhaizar, uno de los moros más gentiles de la corte de Granada, la ofreció por esposa á un bravo alcaide de Alhama tan rico como viejo, y abrió sin saberlo el camino á una serie de amargas desventuras. Contrariados los amantes recurrieron á la fuga, partieron de la vecina fuente de Antequera sobre un caballo que parecía dejar atrás el viento, se adelantaron hasta el Guadalhorce, encontraron allí al ofendido Ibrahim

(1) La historia no refiere de la antigua Escua sino que fué el abrigo de los prefectos de las naves, que se insurreccionaron contra Asdrúbal cuando ya habían entrado los Scipiones en España. Fué tomada primero por los rebeldes y poco después por el mismo Asdrúbal, que vengó de una manera cruel la traición de los prefectos.

y á sus soldados, se turbaron y desconcertaron, no supieron buscar su salvación sino en lo alto de una peña, y al verse perseguidos hasta en aquel asilo, perdida toda esperanza y no pudiendo ya renunciar á una unión consagrada por el amor más puro, se abrazaron tristemente, volvieron al cielo y á su alrededor los ojos y se precipitaron monte abajo corriendo á buscar en el abismo su lecho nupcial y su sepulcro (1).

Ibrahim los vió rodar sin que pudiera detenerlos; los vió morir sin llegar á tiempo para oír una palabra de perdón ni recogerles más que el último suspiro. Quedó tan lleno de dolor, tan ebria el alma de amargura, que no pudo por mucho tiempo ni mover la planta, ni proferir una queja, ni arrancar una sola lágrima de sus ojos, fijos en el magullado cadáver de Tagzona. Sintió por de pronto embotado el corazón, sintiolo á poco sediento de venganza; y como si el mundo entero fuese la causa de su desventura, trocó en crueldad y hasta en fiereza su antigua mansedumbre. Acechó desde sus torreones al enemigo como el águila desde las cumbres de los cerros; se arrojó sobre él como el rayo, y allí donde sentó la planta hizo sentir á buen número de cristianos el peso de su cólera y el hierro de su lanza. Ahorcó á muchos, dejó para pasto de buitres á los que más le disputaron la victoria, maltrató á los cautivos hasta hacerlos suspirar por la suerte de los que murieron en batalla, exigió por rescate la fortuna de las familias, y se mostró en todas ocasiones tan inflexible, que ni las piadosas súplicas de sus mismos soldados le movieron nunca al perdón de los vencidos. Cuando no tuvo fronteros que atacar dentro de la jurisdicción de su castillo, no hallando medio de borrar el doloroso recuerdo de su hija sino entregándose de lleno á los combates, se dedicó á la guerra de algarada, dió rebatos sangrientos, saqueó, abrasó, asoló cuánto pudo sorprender en sus inesperadas

(1) La peña en que se refugiaron los dos amantes se llama desde entonces Peña de los Enamorados.

excursiones, y se complació en ver entregados al hambre y á la desesperación los pueblos comarcanos. Fué, al fin, el terror del país, el formidable dragón de aquellos días, la fiera que tarde ó temprano había de excitar contra sí el religioso heroísmo de alguno de esos caballeros de la cruz que nunca temían arriesgar su vida en las más aventuradas empresas de su siglo.

No tardaron los pueblos en levantar la voz contra este azote. Clamaron al rey, apelaron de él á los caballeros de Calatrava, conmovieron con sus justas y sentidas quejas á Don Pedro Girón, maestre de la Orden, y hallaron al fin en ese esforzado adalid su paladín, su libertador, su héroe. Pedro Girón llamó á sí á todos los freires que defendían la frontera, y al eco de su poderosa voz no sólo alcanzó poner sobre las armas á los cruzados de Calatrava, sino que hasta logró agrupar en torno de su estandarte los pueblos de Arjona y Osuna y al bravo Diego Fernández de Córdoba, segundo conde de Cabra, y al joven comendador de Santiago Fadrique Manrique, que llevó consigo doscientos caballos y cuatrocientos peones. Reunido ya el ejército penetró en territorio de Archidona; y aunque se vió á poco acometido por el terrible alcaide, fué tal el denuedo con que combatió, que le hizo volver por primera vez la espalda y llegó sin más obstáculo hasta el pié mismo del alcázar. Contentóse por de pronto con cercarlo é impedir á Ibrahim toda comunicación con la corte de Granada; pero al ver que tras un mes de riguroso sitio no había logrado quebrantar aún el ánimo de sus enemigos, mandó á sus estados por máquinas de guerra, sentó sus baterías al abrigo de la sierra del Conjuero, derramó sobre los cercados bombas y proyectiles incendiarios, y les molestó con tan continuos ataques que ni tiempo les dejó para ir á cortar el incendio de sus hogares. Los puso en tal aprieto, que, acosados por la sed, no tuvieron más recurso que el de bajar á disputarle á punta de espada el agua de un pozo abierto á tiro de la fortaleza; mandó entonces sobre ellos á uno de sus mejores capitanes, tras éste al bravo conde

de Cabra, y á pesar del desesperado arrojo con que aquellos pelearon, los derrotó y persiguió hasta las puertas mismas del castillo, que no dejó en tanto de diezmar con incesantes fuegos las huestes castellanas. Cansado de refriegas parciales y demoras resolvió el asalto; mas ¿quién había de ser el primero que se atreviese á escalar una fortaleza cercada de dobles muros y defendida por hombres resueltos á morir entre las ruinas de sus torreones antes que arrojarse en brazos de un cristiano? Tomó él mismo á su cargo tan peligrosa hazaña, y armado de una escala y de un acero, él, el maestre de Calatrava, el más poderoso feudatario de la corona de Castilla, el que se atrevía á pretender la mano de una princesa á quien se reservaba la posesión del trono, él fué quien empezó á trepar por la torre del Sol entre una espesa lluvia de piedrás y saetas de punta envenenada. Rodó bajo el peso de una roca disparada al intento, y cayó al foso como si estuviese muerto; mas su heroísmo pudo con los suyos más que su desgracia, y tuvo el consuelo de saber á poco la toma de la Torre del Sol. Treparon tras él los alcaides y capitanes de su ejército; treparon tras ellos los soldados, y se pasó en corto tiempo más de quinientos moros á cuchillo. Hombres, mujeres, niños, todos perecieron, y los que se albergaron en el segundo recinto cayeron en estado tal de confusión y abatimiento que pronto debieron también entregar sus cuellos al filo de las armas enemigas. Todos debieron sucumbir al fin bajo los esfuerzos de los cristianos; pero no Ibrahim, que, según fama, al verse vencido corrió al borde del tajo á que dió después su nombre, metió el acicate en su caballo hasta obligarle á saltar el abismo, y desapareció en las profundidades de la espantosa sima.

Así cayó al fin esa formidable Archidona contra la cual habían asestado inútilmente sus tiros Alfonso de Castilla y Fernando de Antequera. Arrastró en su caída á los guerreros más ilustres de los dos ejércitos; pero se hundió para siempre, y para siempre vió enarbolada la cruz en la más alta de sus

torres. No volvió á figurar en los anales de los pueblos, y á los pocos años hasta se vió abandonada á su destino. Quedó con algunas murallas y torreones que levantan aún al cielo sus sombrías coronas de almenas; pero no los ostentó ya á los ojos del viajero como instrumento de defensa, sino como lúgubre cenotafio erigido á la memoria de Ibrahim, como monumento de gloria levantado para recuerdo de Pedro Girón. ¡Salud, muros y torres testigos de tantas hazañas! ¡Que jamás se borren los recuerdos consignados en vuestras imponentes ruinas!

¡Antequera es también un monumento! Un infante de Castilla que fué después rey de Aragón conquistó allí sus únicos laureles; un caballero tan ilustre por su hidalguía como por sus proezas la escogió por teatro de sus brillantes hechos y vinculó en ella sus glorias militares, su fortuna y el nombre y la fortuna de todo su linaje. Ciudad antiquísima, como parece revelarlo su mismo nombre, gozó ya de mucha fama durante la dominación romana: se la declaró municipio, se la fortaleció con un castillo de que se conservan ruinas, se la decoró con templos y palacios sobre cuyos techos irguió su cúpula altanera el Panteón de los Dioses, construído por M. Agrippa y restaurado por los emperadores. Tuvo como otras tantas ciudades la desgracia de ver asolados sus monumentos por las frameas de los bárbaros y el desconsuelo de no encontrar quien la levantara de los escombros; vióse durante siglos abandonada, oscurecida, despreciada, muerta; mas no por esto dejó ni podía dejar de existir una ciudad puesta al abrigo de una sierra, cercada de una rica y espaciosa vega que bañan dos ríos y multitud de arroyos y llena de vida en sus alrededores. Convidados los árabes por la fecundidad del suelo y su constante afán en habitar risueñas campiñas regadas por caudalosas corrientes, la miraron con la predilección que los romanos; y ya que no la enriqueciesen con magníficos templos ni alcázares suntuosos, la dieron los ríos y los arroyos por esclavos y un valle delicioso y fecundo por alfombra. Labraron en ella una mezquita y al parecer una casa

de armas; pero en su sistema de cultivo y riego dejaron principalmente perpetuado el recuerdo de su dominación benéfica.

Hoy es aún Antequera una de las ciudades más bellas y animadas del centro de Andalucía. Situada al pié de una colina en cuya cumbre no quedan sino los escasos restos de un castillo, salpicada de monumentos cristianos del siglo XVI que hierguen sus torres y sus cúpulas sobre las tres mil casas que cuenta en su recinto, animada por los murmullos de las aguas que fertilizan sus contornos, dibujada á los ojos del que la mira desde el norte sobre la falda de la sierra del Torcal, sierra grave é imponente como todo lo grande, bella como todo lo que la naturaleza cubre con sus más pingües dones, caprichosa y fantástica como esas misteriosas grutas formadas por las revoluciones de la tierra, tiene todavía un conjunto agradable y pintoresco no sólo para el que acabó de atravesar los ásperos cerros de la frontera septentrional de Málaga, sino también para el que viniendo del Mediodía pudo admirar ciudades levantadas en vastos y risueños valles que limita por una parte el mar y por otra montes de cumbres desiguales coronados de torres y atalayas. No reúne grandes bellezas artísticas á pesar de lo numerosos que son en ella los monumentos con que la embelleció la piedad de reyes, barones y prelados, porque, sujeta como los demás pueblos á las vicisitudes del gusto, y no conservando casi nada de los templos en que doblaron las rodillas sus conquistadores, apenas deja entrever en el fondo de sus frías naves greco-romanas un solo rasgo del poético estilo de la Edad media; mas tiene en cambio recuerdos que no desaparecerán ni con la última de sus piedras y aun la embellecerán en sus ruinas si la borrarse el destino de la faz de esa tierra que la ha visto en mejores tiempos cubierta de gloria y poesía. Donde estuvieron las antiguas casas del cabildo hay ahora un arco de sillería que no sin razón lleva el nombre de arco de los Gigantes; y este arco, hoy solo, es una historia, es un libro de piedra que tiene por hojas lápidas de la antigüedad romana, por leyenda firmas y

hechos de personajes cuyos nombres dispersos por las heterogéneas creaciones de veinte siglos son el resumen, la cronología, la síntesis de una época. No sólo están consignados en ese álbum los principales sucesos de Anticaria; también lo están los de Singilia, los de esa antigua ciudad, sita en las márgenes del Guadalhorce, en lo alto de un monte cubierto aún de mármoles, alabastros, búcaros, sepulcros, algibes, ruinas de una vasta ciudadela cuyos muros podían contener hasta cinco mil soldados, restos de una naumaquia y vestigios de uno de esos anfiteatros donde luchaban entre sí los gladiadores para diversión de un pueblo embrutecido. Los que libraron de algún azote á esas ciudades, los emperadores que las favorecieron, los que levantaron templos en honor de los dioses del Olimpo, los que merecieron bien de los municipios, hasta los que llenos de amor consagraron una memoria funeraria á sus familias tienen grabado allí para siglos de siglos el recuerdo de sus generosos sentimientos. ¡Sería de sentir que desapareciera ese arco histórico! Ciudades que, como la mayor parte de las nuestras, no brillan sino por su pasado, deberían recoger con afán restos que tanto pueden favorecer su orgullo y tal vez explicar su caída.

Álzanse aún en la cumbre del monte, á cuyo pié está Antequera, viejos muros y sombrías torres, ruinas aún elocuentes del castillo. Nada tampoco hay que admirar en él, nada que pueda hablar á los ojos ni al alma del artista; mas ¡qué de recuerdos no brotan también de esos escombros, presa ya de una vegetación parásita que va minando hasta lo más hondo de sus cimientos! Contra esos muros hoy destruídos se estrelló el valor de Pedro de Castilla, ese monarca cuya voluntad de hierro vencía los más insuperables obstáculos. En el fondo de esos torreones que va desmoronando el tiempo profirió sus más enérgicas palabras aquel severo Alkarmen, que no sucumbió sino ante la inflexible ley de su destino: aquí combatió y arrostró la muerte Fernando de Antequera y pelearon y vencieron los más grandes héroes de su tiempo; aquí logró al fin plantar la cruz

después de haber pasado sobre la ciudad, cuyos hijos yacían insepultos entre los escombros. Fué este castillo en los primeros tiempos de la conquista el más temido alcázar de los moros de Granada: vivían en él de alcaldes los Narváez, y era espantosa en los combates la lanza de esos bravos caballeros. Rodrigo, el primero de esa familia que poseyó la alcaidía de Antequera, fué respetado hasta de los mismos árabes, que admiraban tanto sus proezas como los nobles sentimientos que desplegó al ver en sus manos la suerte de Jarifa y su desdichado amante (1).

(1) Ese rasgo de generosidad de Rodrigo de Narváez es una de las tradiciones más populares que tenemos en España. Nos ha sido transmitida por autores árabes y cristianos, ha sido cantada por muchos de nuestros romanceros, celebrada por Jorge de Montemayor, y referida con bello lenguaje y gran sentimiento por Antonio de Villegas, que la publicó con el título de *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*. Consiste en lo siguiente: — Rodrigo de Narváez, dicen, no dejaba de recorrer ni un solo día los alrededores de Antequera. Salió una noche con nueve hidalgos; y movido después de una larga excursión, tanto por el cansancio como por el espectáculo que ofrecía la naturaleza bañada por la luz de la luna y dulcemente agitada por frescas brisas que perfumaba el aliento de las flores, se apeó, se tendió sobre la yerba y se entregó á las tranquilas emociones que suele despertar á tales horas la vista de campos risueños y de un cielo puro. Sintió á poco rumor de pasos, montó rápidamente á caballo, dividió á los suyos en dos grupos, y se dirigió en silencio á una encrucijada por donde creyó que había de pasar el que le había puesto en alarma, que era un gallardo moro como de veinte y tres años, montado en una yegua andaluza, tan ligera que apenas dejaba impresa en el suelo la herradura.

Venía el moro cantando una canción de amores llena de gracia y de poesía, tan preocupado al parecer por una idea, que pasó por junto á los cristianos sin reparar en ellos. No se dejó, sin embargo, sorprender por los del primer grupo que le acometieron; enristró la lanza, derribó al que tuvo más cerca, y dando del acicate á su caballo, escapó como sombra dejándolos sin esperanza de alcanzarle. Corrió, voló, pero tuvo que detenerse al fin herida su yegua por un venablo que le arrojó Narváez, que apenas vió á los suyos en peligro, se disparó como un rayo contra el audaz mancebo. No bien se vió cautivo, cuando arrojando con gran desaliento la lanza, prorrumpió en lágrimas sin abrir los labios hasta que le hubo preguntado su vencedor quién era, á qué tribu pertenecía y la causa de su llanto, muy impropio en caballero que tan buena razón acababa de dar de su valor y de sus armas. Contestó entre sollozos que era abencerraje é hijo del alcaide de Ronda, y dió tan bien á entender que procedía su sentimiento de motivos mayores que el de su cautiverio, que Rodrigo no veía llegado el instante de oír de sus labios la historia de sus tristes aventuras.

Refirió el mancebo como hacía muchos años que no vivía sino por la hija del alcaide de un castillo inmediato, muy enemigo de su linaje. «Por mi Jarifa, añadió, he arrojado la muerte en cien combates, y no siento más que no haberle podido conquistar una corona para cegar con ella los ojos de su padre. Hoy esperaba tener la ventura de conducirla á mi patria en la delantera de mi caballo: teníamos

Al verse amenazado por los infieles cuando subió Mohamed el Zurdo al trono de Granada, salió de ese castillo con un puñado de valientes, se emboscó hacia la Peña de los Enamorados, cayó de improviso sobre los enemigos, y no satisfecho con arrebatarles el botín que habían recogido en asoladoras incursiones, los persiguió é hizo en ellos tal estrago, que aún hoy se conoce el sitio de la batalla con el nombre de Torre de la Matanza, y al remover aquel suelo empapado en sangre se da aún con espuelas, estribos, espadas y otras armas que hubieron de dejar allí con los vencidos. Su hijo y sucesor en la alcaidía, Pedro de Narváez, no fué tan afortunado, pero tuvo por su desgracia el mismo arrojo, la misma bravura que todos los de su linaje. Los abencerrajes de Mohamed estaban á las puertas de Antequera en tanto que él iba recorriendo los límites de Castilla: regresa corriendo á la ciudad, llega hasta cerca de Riogordo, da con un ejército de infieles y empeña sin vacilar la lucha. No tiene fuerzas para combatir con tan poderoso enemigo; pero nada teme confiado en su Dios, su corazón y el valor de sus soldados. Pierde á poco sus peones, que le vuelven sin rubor la espalda, pierde á poco las dos terceras partes de escuderos que le acompañaban, pierde al fin hasta los cincuenta que le quedaban de tan desigual pelea; mas ni aun viéndose solo quiere rendirse. Desesperado, frenético al contemplar á los suyos, fugitivos unos, re-

concertada la fuga, y estará la infeliz esperándose en vano entre las sombrías alamedas que crecen al pié de su castillo. No es el rigor de mi suerte el que me espanta, es la amargura que ha de sentir ella al ver que asoma el alba y su amante no parece.» No pudo continuar, pero bastó lo dicho para conmover á Narváez, que le dió lanza y caballo y le permitió que fuera á ver á la bella Jarifa bajo juramento de que se presentaría al amanecer dentro de los muros de Antequera. Voló al castillo, habló á la mora, la encontró resuelta á ser compañera de sus infortunios, la puso en su caballo adornada con sus ricas joyas, partió á todo escape hacia Antequera, se arrojó á los piés del generoso alcaide, y le ofreció por rescate las alhajas de la sin par cautiva.

No paró allí la magnanimidad de Narváez: declaró libres á los dos amantes, embelleció con nuevas joyas la frente de Jarifa, la presentó á los caballeros y damas de la ciudad, intercedió por el moro al padre de la novia, y destacó una brillante escolta para que los pusiera salvos en las puertas de Ronda, patria del enamorado abencerraje.

vueltos otros entre el polvo del combate, se precipita sobre las filas moras, y sólo con la vida suelta la espada. Día de luto fué este para la ciudad, y aún más para el castillo en que tantas veces animó sus tropas con palabras hijas de un corazón entusiástico por la gloria. Era la tenacidad una de las cualidades distintivas de esta raza: Hernando de Narváez, digno hermano de ese infeliz D. Pedro, odiaba tanto la paz, que aun viéndose libre de enemigos, no sabía dejar quietas sus armas. Invadía las fronteras de otras alcaldías al recibir noticia de que habían entrado en ella enemigos de Castilla; y si por acaso llegaba á sus oídos la fama de alguna derrota sufrida por los cristianos, pensaba luégo en tomar por sí mismo la venganza. Sabedor del cautiverio del conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, sin respetar treguas, sin oír más que la voz de su ira, se armó, cayó sobre la hoya de Málaga, donde estaban los moros apacentando tranquilamente sus rebaños, la taló del uno al otro extremo, y no vaciló en aguardar á sus enemigos, que en número de mil infantes y cuatrocientos caballos acababan de salir de Málaga á las órdenes del bravo alcaide Aliatar, uno de los más leales servidores que tenía á la sazón la corte de Granada. Avisáronle llenos de temor sus delanteros, y hasta hubo capitanes que le propusieron batirse en retirada; pero no les contestó sino enristrando la lanza y acometiendo con furor al jefe moro, sobre cuyo cadáver pasó con todos los suyos entre un ejército ya sin cabeza. Imposible parecía que un Narváez volviese la espalda al enemigo: preferían morir á retroceder, como si temieran que ese mismo castillo que les servía de albergue se había de desplomar sobre ellos en cuanto penetrasen vencidos en sus puertas cercadas de torreones.

La ciudad tiene también sus recuerdos; pero no grandes monumentos. Entre tantas iglesias como cuenta en su recinto, inútilmente busca ya el viajero la del Salvador, tumba de sus bravos alcaides, lugar siniestro en que la astucia del joven Hernando dominó el débil y vacilante carácter de Enrique IV le-

vantando sombras y espectros capaces de conmover corazones más bravos que el de un monarca afeminado por todo género de placeres (1).

Monumentos que contengan algún recuerdo importante no existen ya en Antequera si exceptuamos el convento de San Agustín, donde se conserva aún el blasón de Ruiz Díaz de Rojas y Narváez, padre político del segundo alcaide de la ciudad, caballero de los más bravos que hubo en Andalucía, á quien no sin razón llamaban en su tiempo el héroe de la gran lanzada. Ganó Ruiz diez y siete banderas á los moros, y entre tantas luchas como sostuvo se asegura que no salió nunca vencido. Consérvanse en el convento los blasones, no los estandartes suspendidos por la mano de su hijo en los arcos torales

(1) Temiendo el joven alcaide que el rey pretendiera quitarle el destino de su padre con objeto de conferirlo al ambicioso Alonso de Aguilar, es fama que no quiso recibirle en la ciudad con más de quince escuderos; alzó tras ellos el puente para impedir el paso á las tropas castellanas; y le condujo al templo de San Salvador, donde negros tapices que colgaban desde el techo al pavimento dejaban casi en completa oscuridad la nave, alumbrada sólo por algunas antorchas que brillaban ante el cadáver de Rodrigo, tendido en su ataúd con las llaves de la ciudad en la mano. Hizo en breve Hernando aparecer á la vista de Enrique una procesión de frailes con cirios mortuorios que fueron á ponerse en ala ante el misterioso féretro, é hizo resonar bajo los piés del rey un sordo y vago rumor que terminó con la estrepitosa rotura de una losa por entre la cual salió un coro de mujeres medio desgrednadas, quejumbrosas al pronto, poseidas poco después por la ira, agitadas luégo por una desesperación profunda que las llevó á cercar al rey y las obligó á decirle: ese cadáver que yace aquí fué un héroe: uno de nuestros mayores le entregó esas llaves; arrebatádselas si os atrevéis: su hijo no podrá ultrajar ni ver ultrajar nunca la memoria de su padre. El rey se amedrentó, prometió á Hernando conservar le la alcaidía, y cuando no ansiaba ya salir de aquel lúgubre recinto, vió con mayor sorpresa que antes descolgarse de repente los tapices, desaparecer frailes y planideras y hundirse con estrépito el sepulcro de Rodrigo, quedando bañado en luz, en vida, en alegría el templo que no há mucho parecía el teatro de la muerte. Alonso de Aguilar, al saber tan atrevido suceso, juró vengarse del alcaide, y hasta amenazó la ciudad; pero no desoyó su reto el valeroso Hernando, que cayó con los suyos sobre él y se cebó en las tropas que le acompañaban como si no fuesen tropas castellanas.

Esta tradición existe aún viva en la memoria de los antequeranos. ¿Dónde está, sin embargo, el escenario de tan singular acontecimiento? ¿Dónde está la nave en que pueda la fantasía reconstruir ese aparato lúgubre, hijo de la ambición, de la rivalidad, del escaso respeto que infundía á la sazón el trono de Castilla, del vergonzoso estado de los negocios políticos en una época en que nobles y prelados se atrevieron á destronar y á insultar en efígie á su rey no en el casco de una ciudad murada, sino á la plena luz del día y en medio de los campos de Ávila?

de la iglesia. El siglo xvi quitó á la ciudad algo del colorido poético que le daban los humildes monumentos levantados por los conquistadores; los siglos xvii y xviii fueron arrebatándole uno por uno sus trofeos; el xix al fin sepultó con mano implacable en el olvido los postreros vestigios de su gloria, sus últimos recuerdos. Los templos que vinieron á sentarse sobre las ruinas de los antiguos presentan aún en su mayor parte belleza y majestad, elegancia y grandeza: las soberbias cimbras que sostienen sus bóvedas descansan sobre pilares cubiertos de arrogantes columnas; sus tabernáculos son ricos y suntuosos; sus pavimentos, de mármol; sus coros, muros de madera cubiertos de bellas esculturas; pero, fríos, monótonos y sin historia, ¿dónde podrá el artista fijar con placer sus ojos? ¿Dónde esplayar su imaginación el poeta? Antequera es ya ciudad que apenas puede llamar la atención sino por los favores con que la enriqueció la naturaleza. El viajero que corra en busca de grandes impresiones, que desee leer los sucesos en las mismas piedras que les sirvieron de teatro, que pretenda contemplar monumentos donde pueda ver reflejados el carácter y las instituciones de los pueblos, no puede hacer mas que echar sobre ella una mirada pasajera y seguirnos entre los ejércitos de cruzados que van á llevar la guerra al corazón de Granada y á sostenerla hasta que puedan doblar la rodilla ante el estandarte de la cruz enarbolado en una de las torres de la Alhambra.

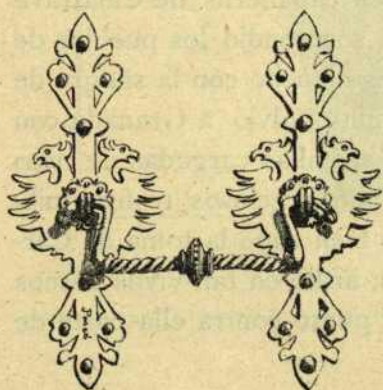




CAPÍTULO XX

Muley - Hacén. — Sus conquistas. —
 Los Reyes Católicos. — Conquista y
 descripción de Alhama. — Guerras
 civiles de Granada. — Conquista y
 descripción de Ronda. — Muerte de
 Muley. — Abu-Abdala el Zagal. —
 Conquista y descripción de Loja y
 otros pueblos. — Boabdil.

DE 1465 Á 1487

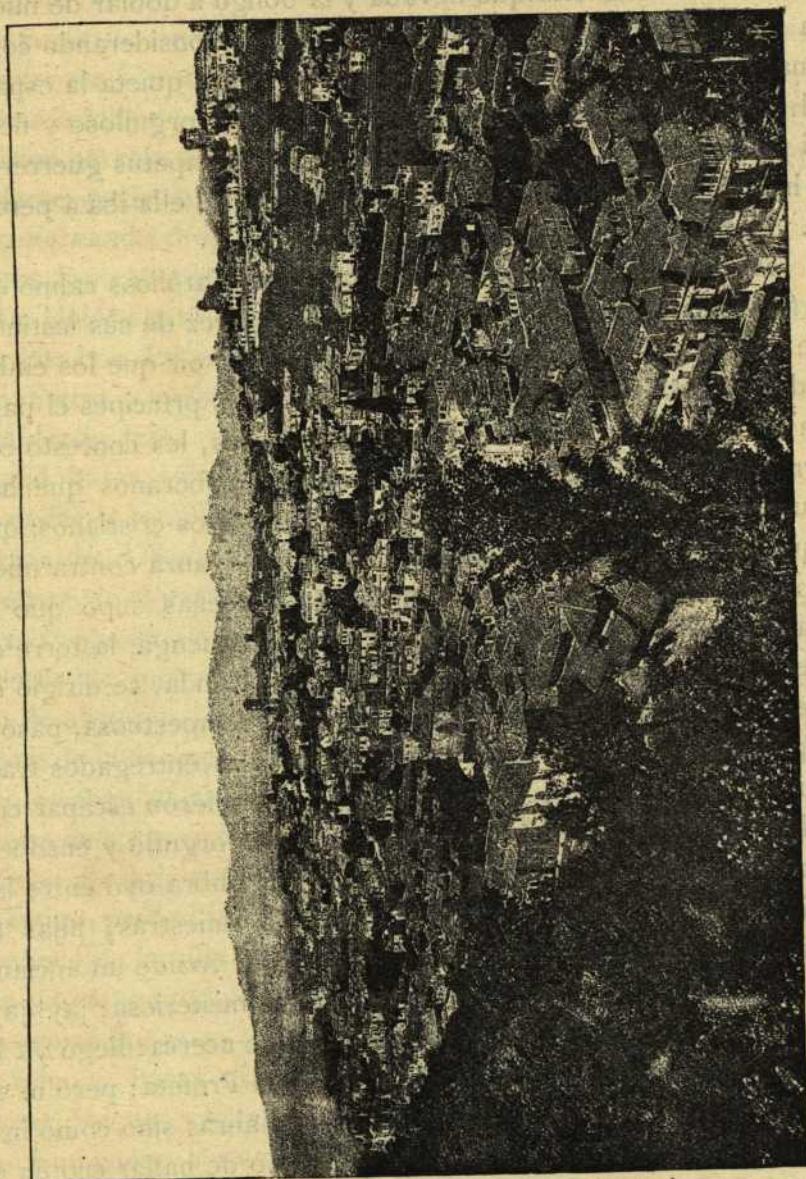


EMOS llegado al último período de la historia de Granada. Dos reyes van pronto á jurar la ruina de este imperio, y los mismos árabes van á precipitarla con terribles guerras

civiles. Muley-Hacén su rey, es bravo, arrogante, impetuoso, entusiasta por la causa de su patria y el trono de sus mayores; pero aunque combata desesperadamente, no logrará detener su caída. Ganará todavía batallas y entrará triunfante en su corte, elevará por un momento á nueva altura su degenerada monarquía; su reinado no será sino la última llamarada de una luz próxima á extinguirse. Pesa ya sobre Granada el dedo de la fatalidad, y hasta la misma victoria será para ella origen de nuevas desventuras.

Subió Muley-Hacén al trono cuando reinaba aún Enrique IV, y desgarraban Castilla las sangrientas parcialidades de los nobles. No perdió ni una sola vez la ocasión de pelear que le ofrecían á cada paso esas mismas turbulencias: cuando no se sentía con fuerzas para combatir ciudades, acometía de improviso los castillos de las fronteras, llevaba la desolación y la muerte al campo de sus enemigos, y mantenía en actividad el ardor guerrero de sus soldados empeñándolos en escaramuzas y luchas peligrosas. Ganó en una de sus invasiones la villa de Quesada, ante cuyas murallas se estrellaron tantos ejércitos moros y cristianos; castigó con mano atrevida la rebelión de su alcaide de Málaga, que al sentirse débil buscó el apoyo de los reyes de Castilla; deseoso de vengarse de D. Enrique por haber ofrecido protección á su enemigo, atravesó á la vez las fronteras de Córdoba, Sevilla y Murcia, y las pasó á sangre y fuego sin que se atreviese nadie á detener sus pasos; entró en la comarca de Martos á pesar de los caballeros de Calatrava que la defendían, taló la campiña, sorprendió los pueblos de Santiago y la Higuera, cuyos altares manchó con la sangre de cuantos estaban orando en el templo, volvió á Granada con más de cuatrocientos cautivos, con acémilas cargadas de ricos despojos, con numerosos rebaños, con preciosos trofeos militares arrebatados al enemigo; y no bien supo la toma de Cardela por D. Rodrigo Ponce de León, ardió en tan vivos deseos de reparar la afrenta, que mandó al punto contra ella parte de

GRANADA



VISTA GENERAL

su ejército, y al verla rechazada, salió, dió vista á la plaza, la batió con la artillería que llevaba y la obligó á doblar de nuevo la cabeza ante el estandarte del Profeta. Considerando como una humillación toda derrota, no sabía dejar quieta la espada al recibir noticia de cualquier contratiempo: orgulloso y fiero, ni podía llegar á contener por momentos sus ímpetus guerreros, y habría salido á campaña aun sabiendo que en ella iba á perder la vida.

Al ceñir la corona de Castilla los Reyes Católicos calmó ese brío; pero no tardó en dejarse llevar otra vez de sus instintos de guerra y de venganza. Pidió treguas; y al oír que los embajadores cristianos le exigían en nombre de sus príncipes el pago de las parias estipuladas con sus antecesores, les contestó con arrogancia: «Volveos, y decid á vuestros soberanos que han muerto ya los reyes que pagaban tributo á los cristianos; que aquí no se labra sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos.» Preparóse á la lucha, y apenas supo que el marqués de Cádiz había entrado á saco Villaluenga, la torre de Mercadillo y otros lugares de la sierra de Ronda, se dirigió en silencio á Zahara, la atacó en una noche tempestuosa, pasó á degüello á la mayor parte de sus habitantes entregados tranquilamente al sueño, cautivó á los que pudieron escapar con vida, y regresó á Granada satisfecho en su orgullo y ensoberbecido con el triunfo. Al entrar en la Alhambra oyó entre las felicitaciones de los cortésanos palabras siniestras, hijas al parecer de un triste presentimiento; oyó la voz de un anciano que exclamó como impelido por una fuerza misteriosa: ¡ay! ¡ay! ¡ay de Granada! la hora de su desolación se acerca: llegó ya la hora de hundirse en España el Imperio del Profeta; pero ni se estremeció ni consideró tan aterradoras palabras sino como inspiradas por un fanatismo religioso, indigno de hallar eco en el corazón de un rey á quien no logra intimidar el espantoso rumor de las batallas. Créase invencible y despreció la profecía; pero no pasó mucho tiempo sin ver abatida su soberbia y estrellados

sus esfuerzos al pié de una de sus ciudades y contemplar en la toma de una de sus principales fortalezas el origen de su ruina y la ruina de todo el reino. Rodrigo Ponce de León, deseando ilustrar su historia con una nueva hazaña, concibió la idea de atacar la villa de Alhama, que por estar circuída de muros y precipicios parecía al abrigo de toda clase de invasiones, y por hallarse enclavada en territorio poblado de infieles abandonó San Fernando después de haber hecho flotar en lo alto de sus torres los estandartes que tantas veces había coronado la victoria. Unióse para la empresa con Diego de Merlo, asistente de Sevilla; con Pedro Enrique, adelantado mayor de Andalucía; con Pedro Zúñiga, conde de Miranda; con Juan de Robles, alcaide de Jerez y con Sancho de Ávila, alcaide de Carmona; reunió hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos; se dirigió de noche y con el mayor silencio contra el enemigo, llegó á los muros de Alhama, ordenó de pronto el asalto del castillo, se apoderó de él pasando á degüello á cuantos moros lo defendían, puso luégo en alarma la villa al són de cornetas y otros instrumentos de guerra, entró con todo el ejército por una puerta que le abrieron los que acababan de ocupar la fortaleza, y, á pesar de la desesperada defensa del vecindario, de lo obstruídas que estaban las calles, de lo defendidos que estaban los hogares con numerosas saeteras, y de lo resueltos que se mostraban los infieles á morir entre las ruinas de sus casas antes que ceder al enemigo, pasó al través de cadáveres y sangre hasta los últimos confines de la villa, dejándola al fin vencida y confundida. Nada era ya inexpugnable para tan atrevido cristiano; con este hecho de armas lo puso tan de manifiesto, que logró aterrar á todo el reino y hasta al mismo Muley, que al pronto no supo sino dictar órdenes vagas y de tristes resultados.

Empeñóse, sin embargo, Muley en el recobro de Alhama. Destacó, la misma noche de haber recibido la noticia, mil de sus más valientes caballeros. Al verlos entrar al siguiente día llenos de abatimiento y tristeza, llamó á las armas todas las ciudades

de su monarquía, reunió hasta cinco mil infantes y tres mil caballos, y salió al frente del ejército con ánimo de no volver hasta que recobrase la villa y vengase en los cristianos las sombras de las víctimas. No bien hubo llegado ante Alhama cuando vió devorados por los perros los cadáveres de sus esforzados defensores: encendióse más y más en ira, y sin enterarse de los recursos con que contaban los cristianos ni tomar en cuenta los peligros á que se exponía, lanzó sus soldados á la muralla presentándoles en perspectiva el saqueo, el placer de ver pasados por la espalda á todos los castellanos. Podía convencerse á poco de cuán inútiles eran sus esfuerzos, porque caían sin cesar sus tropas precipitadas de lo alto de sus escalas bajo una lluvia de piedras, flechas y agua hirviendo; pero estaba ciego y enviaba unos tras otros los destacamentos, incitando más y más á la pelea á los que iban quedando de reserva. Pretendió infructuosamente minar y volar los muros; persuadido de la imposibilidad de alcanzarlo, quiso cortar las aguas y por este medio obligar á los cercados á morir de sed ya que no quisiesen sucumbir á la fuerza de las armas. Tropezó con nuevos obstáculos y se vió empeñado en otras luchas; pero no cejó, ni retrocedió un solo paso, y acabó al fin por lograr su intento aunque á costa de mucha sangre. Mas ni aún así alcanzó la entrega de la villa. La voz de socorro que dió desde Alhama D. Rodrigo Ponce de León resonó en toda Andalucía y aun en el centro de Castilla: la oyeron D. Alonso de Aguilar, los hermanos Girones, el conde de Cabra, Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, Martín Alonso, Garci Manrique, el conde de Buendía, el mismo duque de Medina Sidonia, de quien le separaban hacía ya mucho tiempo las más crudas rivalidades, el mismo rey Fernando, que vino precipitadamente desde Medina del Campo dejando exclusivamente á la reina los negocios del gobierno. Reuniéronse en menos de ocho días al rededor de la villa cuarenta mil peones y cinco mil caballos; y tuvo al cabo el infeliz Muley que levantar el sitio sin poder atribuir más que al rigor

de su destino los dolorosos resultados de su tenacidad, del valor de su ejército, del heroísmo con que sus soldados se arrojaron unos tras otros en brazos de la muerte.

Entró Muley en Granada entre las maldiciones de sus mismos súbditos; mas no por esto desistió de su empeño ni desesperó de rescatar la villa que acababa de ser testigo de su mayor derrota. No le hizo desistir de su empeño ni lo infructuoso de su anterior campaña, ni el consejo de sus wacires, ni los avisos de la naturaleza, que un día antes de su salida cubrió toda la ciudad de sombrías nubes, hizo saltar de sus lechos el Genil y el Darro, arrastró gran número de vecinos por los torrentes y levantó tristes presentimientos en el corazón de cuantos pensaban en los futuros destinos de su patria. Salió ahora con trenes de artillería; y apenas llegó ante los muros de Alhama cuando empezó á batirlos con acierto y obligó á los cristianos á que se recogieran dentro de sus baluartes. Impaciente por llevar á cabo su empresa, no quiso esperar ni la luz del día siguiente para ordenar el asalto: llamó á su tienda á los más esforzados de su ejército, les habló con la energía que inspiran las pasiones, les pintó fácil la toma de la villa si con valor y prudencia sabían escalarla por la parte más escarpada y peligrosa, y los animó á realizar inmediatamente su proyecto aprovechándose de las tinieblas de la noche. El punto por donde quería que entrasen en la villa estaba defendido por tan profundo precipicio, que los sitiados no habían creído nunca necesario protegerlo con máquinas de guerra; pero aunque lograron de pronto sorprenderlo y hacerlo suyo, no alcanzaron más que ir á poner en alarma á los cristianos, siendo los más víctimas de su entusiasmo y de su arrojo. No pudieron entrar en la plaza sino sesenta; y aislados estos y abandonados á sus propias fuerzas, tuvieron que sucumbir ante el número de sus enemigos después de haber derramado raudales de su propia sangre. Entre éstos y los que fueron á morir en el hondo del abismo despeñados de las escalas que habían aplicado al muro, vió perdida Muley no sólo la

flor de sus guerreros, sino también su esperanza, reconoció sobre sí la mano de la fatalidad, maldijo con la mayor amargura su destino, y no vió otro medio de salvación que levantar el sitio y arrostrar de nuevo en Granada la cólera del pueblo. Forjó todavía otros proyectos: pensó proclamar la guerra santa y dirigir contra Alhama todas las fuerzas de su reino; mas tuvo que convencerse pronto de que estaba perdida y perdida para siempre. Los Reyes Católicos, por cierto aviso que recibieron de Merlo, convocaron á consejo á los capitanes de Andalucía más prácticos en los negocios de la guerra, y les pidieron parecer sobre si convenía ó no la conservación de Alhama. Oyeron la opinión de todos, y aunque vieron á muchos decididos á que se la dismantelara y abandonara por no ser posible guardarla sin grandes gastos é inmensos sacrificios contra las continuas invasiones que la amenazaban, hallábanse ya tan resueltos á no retroceder hasta que dominasen todo el reino de Granada, que lejos de arruinarla llevaron á ella hasta diez mil peones y ocho mil caballos y la tomaron como punto de partida é hincapié de su larga y peligrosa empresa. No era ya fácil volver á combatirla: mucho menos ganarla.

Así lo comprendió Muley al saber que estaban en ella los Reyes, y mejor lo comprendió aún poco después, cuando empezó á alumbrar sus propios pueblos la antorcha de las guerras civiles y vió alzados contra sí á su esposa y á sus mismos hijos. Muley había contraído enlace por exigencias de familia con una prima suya llamada Aixa, mujer con quien había sido escasa la naturaleza en dotarla de hermosura, pródiga en darle resolución, valor, orgullo. Tenía ya de ella dos hijos, Boabdil y Abuel-Haxig, cuando movido por los encantos de una cristiana cautiva á quien por su rara belleza llamaban los mismos moros Zoraya, lucero de la mañana, empezó á mirar con desvío á la arrogante Aixa y á consagrar sus tesoros y los más ricos salones de su alcázar á la sin par manceba. Amaba tanto á Zoraya que ni tenía para ella secretos, ni consideraba imposible ni diffi-

cil nada que pudiese contribuir á divertirla de su tristeza. Preparábale de continuo fiestas y zambras, abríale hoy los jardines del Generalife, mañana los palacios de Aynadamar, llenos de estanques y poblados de alamedas; y en uno como en otro sitio no aspiraba sino á recoger de su boca los menores deseos para complacerse en cumplírselos y verla gozar, aunque no fuese más que por momentos, de paz y de ventura. Ofendió tanto con esto el orgullo de Aixa, que ésta, no ocupándose más que en la venganza, empezó á conspirar contra él llamando secretamente en su socorro á los abencerrajes, á esa fogosa tribu que tanto dió que entender á muchos reyes, y que aún conservaba en su pecho odios mal apagados y enardecidos sin cesar por ultrajes que les dirigía desde los piés del trono Abu-el-Cacim-Venegas, á la sazón primer ministro. Durante la segunda expedición contra Alhama no había cesado Aixa de seguir adelante su conspiración procurando inclinar los ánimos en favor de su hijo Boabdil; y á la vuelta de Muley la tenía ya tan adelantada, que creyó poder levantar sin peligro á los rebeldes.

Supo Muley, apenas llegó á la Alhambra, que iba alborotado el Albaycín, y mandó en seguida con acuerdo de Venegas prender y encerrar á Aixa y Boabdil en la torre de Comares. Logró al pronto sosegar el tumulto; mas no pudiendo prevenir ni evitar que Boabdil se escapase de noche con ayuda de los abencerrajes y los almaizares y las tocas de las doncellas de su madre, se vió á los pocos días amenazado tan de cerca por los rebeldes y parte del pueblo, que pudo difícilmente salvar la vida abandonando el trono, y corriendo á guarecerse en el castillo de Mondújar. Fué esforzado Muley hasta en la adversa fortuna: deseoso de reparar su afrenta, apenas pudo reunir quinientos soldados que le proporcionaron sus parciales, concibió la atrevida idea de rescatar por sí mismo su alcázar y su corte; fué en silencio á la Alhambra, aplicó una escala al muro, y fué el primero en dar el asalto. Degolló á cuantos encontró en los torreones y en las ricas estancias del palacio, bajó de repente á

la ciudad, peleó acá y acullá con una muchedumbre frenética que en medio del asombro y las tinieblas de la noche apenas sabían contra quién dirigían sus espadas, y no retrocedió hasta que viendo aumentar sus enemigos, y considerando el peligro en que iba á encontrarse si le alcanzaba allí la aurora, salió de la ciudad con Venegas y un corto número de valientes que pudo escapar con vida de tan sangrienta y desigual refriega. No se dirigió ya á Mondújar, sino á Málaga, donde tuvo establecida su corte hasta que los desaciertos de su hijo volvieron á llamarle al trono.

Había en tanto una grande animación militar en Córdoba. Con el objeto de asegurar más la conquista de Alhama se proponían los Reyes Católicos cercar á Loja, sita en la garganta de una cordillera, que abría paso á los reinos de Granada y de Sevilla. Habían llamado ya á las armas á todos los pueblos de Castilla y Andalucía, agrupado en torno suyo la flor de la nobleza, hecho grandes aprestos de víveres y armas, recorrido minuciosamente el país cuya conquista era objeto de sus afanes; y no bien tuvieron organizado su ejército, que se componía de ocho mil infantes y cinco mil caballos, pasaron el Genil por el puente de Écija y cercaron á Loja, sentando sus reales á la orilla misma del río entre unos frondosos olivares. Grande era su esperanza, grande el entusiasmo de las tropas, grande la pericia y el valor de los caudillos, tostados ya casi todos por el sol de los combates; mas hubieron de medir sus armas con el bravo Aliatar, alcaide intrépido que á pesar de ser hijo del pueblo, había sabido conquistarse una posición brillante entre los más ilustres caballeros de Granada, y había dado á su hija Moraima por compañera de Boabdil, á la sazón su soberano; y no sólo tuvieron que levantar el sitio, sino que también se vieron obligados á retirarse precipitadamente, dejando en el campo al maestre de Calatrava, llevándose heridos un duque de Medinaceli, un Pedro de Velasco, un conde de Tendilla, corriendo á cada paso el riesgo de caer en manos del enemigo,

que pretendía coronar su triunfo con la prisión del rey Fernando. Emplearon toda la serenidad y valor de que eran entonces capaces pechos españoles; pero no dejaron de quedar confusos con tan inesperada derrota. Temieron no sin razón por Alhama, y la socorrieron á poco con seis mil caballos y diez mil peones; socorro por cierto oportuno, porque no bien llegó allí, cuando ya estaban cercando la plaza numerosas huestes de infieles recién venidos de Granada. Salvaron por tercera vez la villa, y este fué el resultado de toda su campaña.

Muley, aunque destronado, no recibió con menos placer que el mismo Boabdil la noticia de haberse vencido en Loja á los cristianos. Entusiasta por su patria aún más que por su trono, y valiente hasta el heroísmo, oía siempre con gozo las hazañas de sus súbditos, y no sólo las oía, sino que también las comentaba, las aplaudía y se sentía impelido á sobrepujarlas. Al saber que cercaban á Loja, convocó y reunió en torno suyo á cuantos guerreros pudo. No fué ya necesario dirigirlos á esa ciudad, y los llevó á correr la comarca de Medina Sidonia, de donde volvió después de una sangrienta escaramuza con ricos despojos y más de tres mil cabezas de ganado. Vió algún tiempo después desde su corte cubiertos de humo los ásperos cerros de la Ajarquía de Málaga; supo que andaban por ella talando la tierra el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, el conde de Cifuentes, D. Alonso Aguilar, D. Pedro Enríquez, los alcaides de Jerez, Morón y Archidona y otros caballeros, acompañados cada cual de sus soldados, amigos, deudos y parientes; y, como si sintiera aún en sí el ardor de sus primeros años, pidió lanza y caballo, deseoso de castigar con sus propias manos la audacia de los enemigos de su patria. No salió de Málaga porque no lo consintieron ya sus parciales; pero con ese ímpetu guerrero inspiró un ciego entusiasmo á su hermano Abdala el Zagal, y á los bravos Reduán y Abu-el-Cacim-Venegas, y gozó dentro de pocos días oyendo de boca de sus valientes que perdidos y dispersos los cristianos entre las fragosidades de la Sierra,

acosados por todas partes y rendidos al hambre y la fatiga, perecieron en su mayor parte, unos bajo las lanzas de los creyentes, otros bajo enormes peñascos precipitados desde lo alto de los cerros, otros arrojados en el fondo de los precipicios y de los torrentes. Cuando vió llegar á los suyos con mil quinientos prisioneros, con gran número de banderas, arneses y caballos, con el infeliz conde de Cifuentes, que peleó con el mismo Reduán, y tuvo que entregarse al fin vencido; cuando supo que habían dejado además en la Ajarquía más de ochocientos cadáveres, y puesto en estado tal á los cristianos que bastaban las débiles manos de una mujer para cautivarlos, estuvo ebrio de gozo y llegó á olvidar sus desventuras y aun á creer que era todavía rey de ese pueblo que fué para él tan ingrato. Presentiría tal vez que no había de tardar en volver al trono á que le llamaban el derecho, la energía de su espíritu y su nunca desmentido valor?

Resonó la fama de esa derrota en todo el reino de Granada; y el pueblo, que rara vez se engaña, la atribuyó toda á Muley y á los que le habían sido leales después de su desgracia. Empezaron á echar en cara á Boabdil la flojedad de su gobierno, desearon verle como á su padre entregado al furor de los combates, y para sostener una corona, que apenas había calentado su cabeza, no pudo menos de abrir una campaña é ir á recoger en el campo de batalla laureles con que satisfacer la vanidad del pueblo. Partió Boabdil á la guerra, y fué desgraciado. Es fama que al salir lloró Moraima temiendo que no había de volver á verle, se le rompió la lanza contra la puerta de la ciudad, y en la rambla del Beiro dió con una zorra que no pudieron herir las flechas de sus soldados; mas todos estos accidentes, aunque hicieron presagiar mal al pueblo, cuentan que no lograron arrancar de Boabdil sino una sonrisa de desprecio y las arrogantes palabras: «sé desafiar á la fortuna».

Salió Boabdil de Granada á mediados de Abril de 1483. Reforzó á poco su ejército con una crecida hueste que vino de

Loja á las órdenes del bravo Aliatar; atravesó el Genil, se extendió por los campos de Aguilar, Montilla, Rambla y Santaella, y ya que los hubo talado, revolvió sobre Lucena, defendida por el alcaide de los Donceles. Quiso ganarla por asalto; pero rechazado por el vivo fuego que le hacían los cercados desde unas tapias y casas llenas al intento de saeteras, hubo de limitarse á establecer un sitio riguroso, en que el alcaide supo entretenerle dándole esperanzas de que le había de entregar la plaza. Dió con esto lugar á que vinieran para los cristianos tropas auxiliares en tan gran número, que al sólo divisar sus estandartes creyó indispensable la retirada, y partió precipitadamente por Iznajar á Loja. No halló ya medio de salvación ni aun en este hecho, hasta cierto punto vergonzoso, porque atacado en el camino por auxiliares y sitiados, se vió de repente envuelto entre tantos enemigos que ni le bastó la serenidad ni el valor para conjurar el peligro que le amenazaba. Peleó como un león aun después de abandonado por los suyos; mas después, muerto el caballo y viendo la derrota inevitable, no tuvo más recurso que recurrir á la fuga vadeando á pié el arroyo inmediato de Martín González. Ganó la orilla opuesta y corrió á ocultarse entre unas adelfas y zarzales, temiendo ser conocido por la riqueza y brillantez de su armadura; y ni aun así logró escapar á los ojos de Martín Hurtado, que le prendió y llevó á Lucena creyéndole moro principal, aunque no rey de Granada. Gimió cautivo en Lucena durante algunos días tan desasosegado é inquieto que apenas veía cómo salir del apurado trance en que se hallaba, mucho menos desde que supo la desgraciada muerte de Aliatar, cuyo cadáver arrastraron las aguas del Genil hasta las rocas de Benamejí, donde cuentan que se le encontró con la mano pegada aún á la empuñadura de su espada. Al saberse que era el rey fué trasladado á Córdoba y luego á Porcuna, donde estuvo hasta que los Reyes Católicos decidieron ponerle en libertad, contra el parecer del maestre de Santiago, para encender más en Granada el fuego de la guerra civil, y





ESPADA DE BOABDIL

hacer que los mismos moros abriesen camino á sus ejércitos.

Fué puesto Boabdil en libertad no sin duras y muy duras condiciones. Tuvo que declararse vasallo de los reyes, ofrecer el rescate de cuatrocientos cautivos, comprometerse á pagar por espacio de cinco años doce mil doblas zahenes, obligarse á dar paso por sus villas y ciudades á las tropas de Castilla que pasasen á Granada con el objeto de hacer la guerra á los partidarios del rey viejo, que apenas supo su prisión se apoderó otra vez de la Alhambra sin encontrar oposición más que en la orgullosa Aixa. Con-

sintió en esta humillación, dando en rehenes á su hijo y á caballeros ilustres de su bando, y así por esto como por la sangrienta correría que acababa de hacer el rey Fernando en la Vega de Granada, donde tomó por asalto la fortaleza de

Tajarja después de haber asolado las inmediaciones de Illo-
ra y Montefrío, encontró tan alterados á sus súbditos que no se atrevió á entrar en su corte sino por una de las puertas del Albaicín, lugar en que residían como medio desterradas su madre y su afligida esposa. Sorprendió, sin embargo, con su llegada á Muley,

tanto que apenas la supo éste por su wasir, llamó á la Alhambra á sus capitanes, puso sobre las armas el ejército, y reunió en torno suyo la flor de sus guerreros.

Permaneció Boabdil en la mayor inacción; pero no sus parciales ni sus enemigos, que al amanecer del siguiente día salieron con armas y ensangrentaron calles y plazas trabando escaramuzas y batallas. Promovieron unos y otros en toda la ciudad la confusión, la alarma, el espanto; y todos pelearon tan encarnizadamente como si viese cada cual en su contrario el más terrible de sus enemigos. No se suspendió la lucha hasta que Abu-el-Cacim-Venegas logró al frente de su ejército arrinconar en la Alcazaba á los partidarios de Boabdil, y éstos á su vez le rechazaron desde sus troneras y ajimeces. Llenos de ira los dos partidos, aplazaron el combate para el otro día, en el cual se repitieron y habrían continuado tan lamentables escenas á no haber mediado entre las tribus enemigas los alfakis y ancianos de la corte, que propusieron un armisticio dando á Boabdil la ciudad de Almería por lugar de residencia y capital de su reino.

Triunfó evidentemente Muley, y con el fin de afirmar su corona trató de excitar de nuevo el entusiasmo repitiendo en las fronteras los sucesos de la Ajarquía, tan celebrados aún de sus enemigos. Ordenó á los gobernadores de Málaga y Ronda, Bejir y Hamet-el-Zegrí, que dispusiesen tropas con que asolar los campos del reino de Sevilla, y con tal ardor les escribió, que á pocos días cruzaban ya los dos caudillos la frontera con un ejército de cuatro mil infantes y más de mil caballos. Mas no alcanzó los frutos que esperaba: divididas las tropas árabes en tres huestes, fueron atacadas en Lopera por D. Luís Portocarrero, y quedaron casi todos en el campo de batalla, pudiendo apenas escapar con vida el intrépido Hamet con menos de doscientos moros. Murió allí Bejir, y habría muerto el mismo Hamet á no ser por un renegado que, seducido por el oro, le enseñó veredas ocultas, desconocidas del ejército cristiano. Tantas y tan repetidas desventuras, la división del reino en dos monar-

quías, los odios implacables de las tribus, ¿cómo no habían de hundir á Granada en la tumba que le estaban abriendo dos reyes universalmente queridos de sus pueblos?

Cada derrota fué origen de nuevos desastres para los desgraciados granadinos. ¿Qué no trajo consigo la de Lopera? Zahara fué vencida, los campos de Alora, Coin y Cartama yermos, las tierras de Pupiana y Alhendín pasadas á sangre y fuego, la Vega de Málaga reducida á desierta llanura, aniquilada á pesar del furor con que la ciudad se arrojó sobre el ejército de Castilla. Alhama, esa villa ante cuyas murallas se derramó tanta sangre, escasa como siempre de víveres y amenazada casi de continuo por el hambre, fué de nuevo atacada; pero sin éxito. Los moros se estrellaron otra vez contra el valor y la tenacidad de los caudillos castellanos, entre los cuales descollaban por aquel tiempo el conde de Tendilla y Fernán Pérez del Pulgar, joven á quien jamás hicieron vacilar un punto las más temerarias empresas militares. Fué luégo conquistada por los mismos Reyes Católicos Alora; vencidas sin disparar una flecha Cartama, Alozaina y Casarabonela; llevado el incendio hasta las puertas mismas de Granada; reducida Setenil, contra la que nada habían podido las armas de Fernando de Antequera. No hay ya quien resista las poderosas fuerzas de esos reyes.

Los de Granada lejos de poder ocuparse en detener la caída de su reino, no pensaban sino cómo podrían sostener su trono contra las guerras civiles. Abdala el Zagal, hermano de Muley, no sabiendo ver con resignación dividido el reino en los momentos en que más urgía conjurar el peligro, compró el favor de algunos alfaques de Almería, se dirigió á esta ciudad con sus más decididos parciales, entró, mató al gobernador, que quería poner en alarma al vecindario, y subió precipitadamente al alcázar en busca de Boabdil y de Aixa, á quienes pretendía llevar presos á Granada. Dió con la orgullosa sultana, á quien cautivó al momento, y con Aben-Haxig, á quien en un acceso de cólera hirió de muerte con su alfanje; pero no con Boabdil, que avisa-

do momentos antes, montó á caballo con sesenta de sus más leales partidarios y fué á buscar en Córdoba el apoyo de los reyes de Castilla. Bramó de ira el Zagal: había fundado en el buen éxito de su empresa las esperanzas de salvar el reino; y al saber la fuga de su sobrino no pudo menos de prever los días de luto y desolación que habían de amanecer para la infeliz Granada.

Recibieron los reyes á Boabdil con el placer que había de inspirarles naturalmente la continuación de la guerra civil entre los moros. Convocaron luego para otra campaña toda la gente de armas de sus reinos; marcharon sobre Benamejí, que castigaron duramente por haber faltado á la alianza que tenía con ellos contraída; atacaron á Coin y la tomaron á pesar del arrojo de Hamet el Zegrí, que se abrió paso hasta la villa, y al verla obligada á rendirse, cargó sobre los vencedores al frente de sus intrépidos Gomeles evitando la humillación á que parecía haberle condenado su destino; se apoderaron de Cartama, intimidaron hasta hacerles creer necesaria la emigración á los vecinos de Churreana, Alhaurín, Guaro y otros pueblos, y fueron al fin á poner cerco á Ronda, una de las ciudades más ventajosamente situadas de la monarquía sarracena, defensa y metrópoli de toda la Serranía, baluarte hasta entonces inexpugnable ante el cual habían detenido los invasores sus ímpetus guerreros. Supieron que faltaba en ella el Zegrí y los mejores caballeros de la tribu que le acompañaba; y deseosos de aprovechar tan bella coyuntura, volaron á apoderarse de los caminos y cerros inmediatos, cortándoles por de pronto toda esperanza de socorro. Tras unos días de sitio, en que les llegaron á privar del agua, ordenaron el asalto, siendo tan felices en su expedición, que no tardaron en ver enarbolada la bandera de Juan Fajardo sobre la cúpula de la mayor de las mezquitas. Tuvieron que combatir aún por muchos días con los que fueron á guarecerse en el alcázar; pero los obligaron al fin á pedirles la paz atormentándolos con el incesante fuego de sus cañones, que abra-

saron y destruyeron almacenes, torres y murallas. Respetaron la vida, la libertad y la propiedad de los vencidos, y recibieron

en cambio hasta cuatrocientos cautivos que gemían en lo profundo de las mazmorras, muchos desde la desgraciada expedición de la Ajarquía.

No fué de pocos resultados para Castilla la toma de esta ciudad. Aterrados los alcaides de las fortalezas y pueblos de la comarca, se apresuraron á entregar sus plazas estipulando las más ventajosas condiciones; y pertenecieron desde entonces á los reyes Yunquera, Monda, Tolosa, Casares, Montejaque y hasta el castillo de Gaucín, cuyos sombríos restos no parecen sino la continuación de la peña que le sirve de cimiento; pertenecieronles además otras siete villas de la sierra de este mismo nombre,



VASO DE LA ALHAMBRA

diez y nueve de la del Haraval, doce de la de Villaluenga, todo el valle de Cartama y toda la tierra de Marbella, lugares los más fragosos y difíciles para la conquista. Aumentaron los disturbios en Granada, donde fué destronado Muley

y proclamado el Zagal, varón de instintos belicosos, pero de pasiones tal vez demasiado exaltadas, que no cesó un momento de pensar en deshacerse de Boabdil, ni vaciló en recurrir para ello hasta el asesinato. Muley, enfermo, decaído, cansado de luchar en el exterior con los cristianos y en el interior con sus propios hijos, consintió en abdicar la corona en favor de su hermano y se retiró á Mondújar, donde murió á poco sin más consuelos que los de Zoraya y sus dos hijos, mas no detuvo con esto la caída del reino, como tal vez esperaba, antes avivó más las guerras civiles dando lugar á que Boabdil se presentase con mejor derecho que nunca á reclamar el trono. Esa misma muerte de Muley vino por otra parte á complicar de una manera lamentable la situación de los pretendientes. Aixa hizo correr la voz de que su esposo había sido envenenado por el Zagal, y hasta los más entusiastas por ese príncipe, á quien habían granjeado no pocas simpatías su resolución y su ardimiento en los combates, trocaron cuando menos en frialdad el respeto y el amor que le tenían. Comprendiólo el Zagal y procuró, dominando sus instintos, entrar en negociaciones con Boabdil, á quien más aborrecía. Convino en que se dividiera entre los dos el reino, viviendo ambos en Granada y ocupando el uno el palacio del Albaicín y el otro el de la Alhambra; mas una alianza hija de las circunstancias ¿podía durar mucho tiempo?

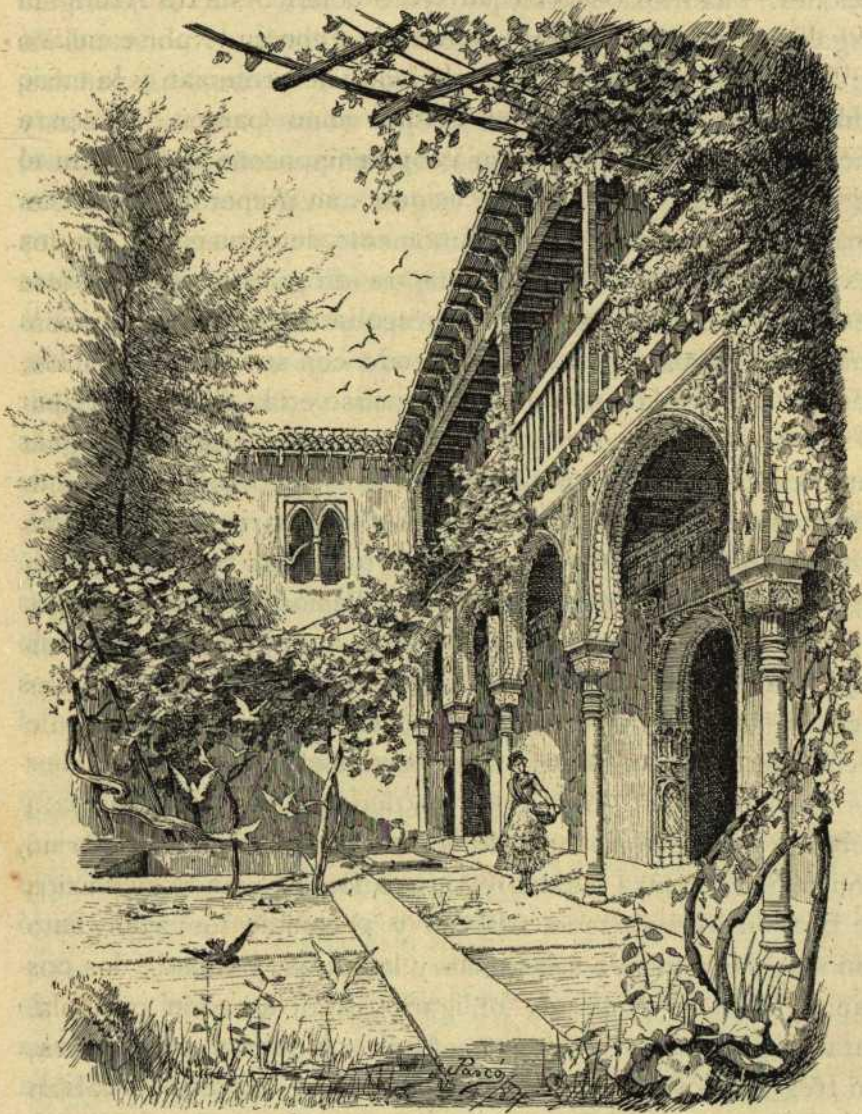
Boabdil condescendió con lo que el Zagal le proponía. Partió de Córdoba á Loja, de Loja á Granada; y al saber que los reyes iban sobre aquella ciudad con un ejército de cuarenta mil infantes y doce mil caballos, aunque dudó en un principio si le era útil ó no dejar abandonada enteramente á su rival la corte, enarboló en la Puerta Monaica su bandera y partió al frente de quinientos jinetes y cuatro mil infantes. Apenas llegó á Loja, cuando vió ya cerca al enemigo: se exaltó, cayó sobre el marqués de Cádiz y D. Alonso Aguilar, que se apoderaban á la sazón del campo, y á pesar de verse menor en fuerzas y rechazado una y otra vez por sus contrarios, cargó hasta que cayó

con dos heridas en manos de los abencerrajes. Fué desgraciado como en todas sus empresas, pero no cobarde: con sus escasas tropas ¿podía resistir á un ejército tan numeroso, dirigido por un rey acostumbrado á vencer y gobernado por caudillos entre los que figuraban, no sólo las mejores lanzas españolas, sino también aventureros tan osados como Gastón de León y el conde de Rivers? No pudo ya detener á ese ejército ni el mismo Hamet el Zegrí, que vencido en su primer ataque y herido en el segundo, dió lugar á que entrasen tras él en Loja los cristianos, y ganados á punta de espada los arrabales, se viese obligado todo el vecindario á replegarse en el alcázar. Encontráronse allí tanto Hamet como Boabdil en gravísimos apuros; atormentados sin cesar por los disparos de la artillería, incapaces para defenderse por la superabundancia de gente recogida dentro de aquellos muros, aterrados por la idea de haber de humillar la cabeza ante los estandartes de los reyes, se sentían resueltos á morir entre los escombros de la fortaleza; pero ¿debían condenar á muerte toda la ciudad? Empezaron á negociar la paz con D. Fernando, y la obtuvieron al fin bajo condiciones nobles para Hamet y los lojeños, pero muy humillantes para Boabdil, á quien hicieron abdicar el carácter de rey de Granada y obligaron á estar en continua guerra con su tío.

Las discordias civiles eran para los Reyes Católicos un elemento de triunfo, y por esto las fomentaban con ahínco y no vacilaban en soltar por segunda vez á Boabdil. La conservación del trono ocupaba así á entrambos pretendientes; y en tanto seguían con menos dificultad una guerra que había de dar por resultado la unidad política y religiosa de la nación española. Tomaron después de Loja Illora, Moclín, Montefrío y Colomera, tomaron el Salar, recorrieron y talaron la Vega, y no habían cerrado aún la campaña, cuando ya supieron los terribles efectos que la noticia de estas conquistas había producido en la corte de Granada.

La capitulación de Loja, sobre todo, acabó de irritar de tal

GRANADA



ALBAICÍN.—CASA DEL CHAPIZ

modo los ánimos contra Boabdil, que ya no se oían contra él en Granada ni aun en todo el reino sino duras y terribles maldiciones. Mostrábase principalmente colérico su tío Abdala el Zagal, que no sabiendo ya cómo acabar con su rival, se ensañó de una manera cruel contra los que le protegían y le envió embajadores, no para tratos de paz como parecía, sino para hacerle tragar la muerte en una copa emponzoñada. No alcanzó su intento; mas no dejó de seguir aún preparándose contra Boabdil, que armado, en un momento de entusiasmo, de una resolución que no siempre tenía, se dirigió por entre ocultas veredas á Granada, se llegó sin escolta al Albaicín, llamó á la puerta de Fajalauza, y sorprendiendo con su vista á los soldados que la guardaban, logró introducirse en la Alcazaba, reunir á sus parciales y disponer para la aurora una de las más sangrientas luchas que han ocurrido dentro de los muros de una corte. Al saber la entrada de su adversario en el Albaicín, puso también en movimiento Abdala todas sus tropas, enarboló su bandera en lo alto de la Alhambra, llamó á sí todas las tribus enemigas de los abencerrajes, y apenas apuntaba el día, cuando bajó á la ciudad, atacó impetuosamente á los de Boabdil y los llamó á las afueras considerando estrecho para el combate el recinto de la plaza. Rotas ya las hostilidades, no pudo detenerlas cuando quiso: tuvo todos los días que renovar la lucha, y hubo de pelear al fin no sólo contra las fuerzas de su sobrino, sino también contra las del rey cristiano, que mandó en socorro de Boabdil al esforzado Alarcón y al capitán Gonzalo. Batió con singular denuedo á las unas y las otras, y cansó á los cristianos hasta el punto de obligarlos á dejar aquel campo de batalla; pero ni aun así logró sofocar una guerra que devoraba sin tregua á los que mejor podían defender el reino. Mediaba entre él y su rival la astucia del rey Fernando; y lejos de poderse calmar los ánimos, se embravecían más y más con las maliciosas sugerencias de este príncipe.

La política de Fernando se reducía á llamar la atención de

los dos reyes sobre Granada á fin de poder con mayores esperanzas de buen éxito atacar las ciudades situadas á alguna distancia de la corte. Preparó otro ejército durante estas discordias de los moros, y después de haber pedido consejo á sus más ilustres capitanes, se dejó caer sobre la ciudad de Vélez Málaga, sita á orillas del mar en medio de un fresco y delicioso valle. Sentó sus reales entre Bentomín y la ciudad mientras esperaba la artillería que había dejado en Archidona, resistió con peligro de su vida una inesperada salida de los cercados, tomó por asalto los arrabales, derrotó en una noche á el Zagal, que no había podido resolverse á salir de Granada sino esperando que si salía vencedor aseguraría más su trono; intimó luego la rendición á la ciudad, y alcanzó que se la entregasen sin verter más sangre bajo la condición de que dejaría libres á los vencidos para permanecer en sus hogares ó pasar á las vecinas costas de la Mauritania. Obtuvo á consecuencia de esta conquista la entrega de casi todos los pueblos de la Ajarquía, y con la toma de unos y otra se facilitó para otra campaña el sitio de Málaga, desde entonces amenazada de muerte (1).

(1) Sobre esta conquista de Vélez Málaga me ha remitido mi amigo y colaborador el Sr. Quadrado el fragmento de una comunicación del Rey Católico á la ciudad de Palma de Mallorca (contenido en un libro de Letras Misivas del Archivo Histórico del Reino Balear), que copiado á la letra dice:

«El lunes segundo día de Pascua de Resurreccion con el nombre de Jesus pusimos nuestro cerco real sobre esta ciudat de Velez Málaga que es de tres mil vezinos á la marina, ciudat muy fuerte y de las principales deste reyno, donde havia cinco mil moros de pelea; y plugo á nuestro Señor que el dia siguiente á fuerza de armas entramos el arraval, en el cual hay mil casas, no sin gran daño de los moros y alguno de los cristianos (con todo que poco). Y puestas allí nuestras stanzas sperando nuestra artillería, sin la qual era imposible sin grandísimo daño combatir la ciudat, hovimos nueva como el rey de Granada venia con todo su poder á socorrer aquella; y el día siguiente á media legua deste nuestro real descubrimos algunas batallas de moros que venian en la delantera, y allegándose en una muy alta y muy áspera sierra. Mandamos ir allí algunos de nuestra gente, y luego fueron con ellos, é á vista nuestra pelearon; y plugo á nuestro Señor que los moros fueron vencidos, y murieron muchos dellos sin recebir daño alguno los cristianos, y fuyendo se retrayeron en otra mas áspera montaña donde por la fragosidad della fué imposible dañarles. El dia siguiente vino allí el rey de Granada con quarenta mil peones y mil y quinientos de cavallo, con intencion, según fama, de morir ó socorrer la ciudat y desbaratar nuestra artillería que aun no era llegada;

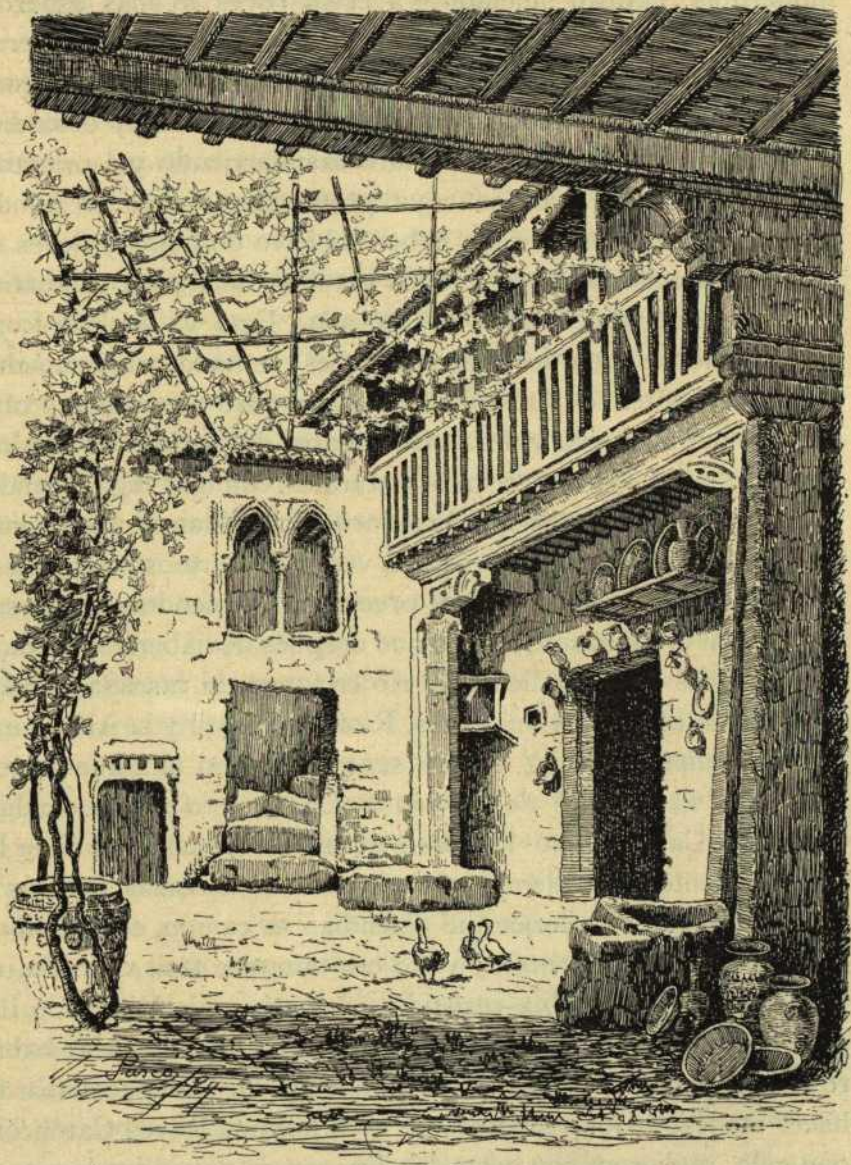
Conviene, empero, no anticipar los sucesos. La toma de Málaga es uno de los principales hechos de la guerra de Granada, y antes de ocuparme en ella urge que me haga cargo de la situación de los reyes invasores. Con su última victoria destronaron á el Zagal y dejaron más unido el reino musulmán, puesto casi todo en manos de Boabdil; pero se sabe ya cuán desgraciado era este príncipe y cuán inmensa la ventaja de los reyes de Castilla que contaban numerosos ejércitos, caudillos

el qual dos horas antes de ponerse el sol á vista nuestra movió con sus batallas ordenadas y vino al mesmo lugar donde fué la primera pelea; y por ser ya boca de noche quando allí llegaron, ni quisimos ir ni permitimos que á ellos fuese alguna de nuestra gente por los inconvenientes y peligros que la noche trahe y por estar ellos en tan áspera tierra, esperando que á la mañana nos veríamos mas cerca si aguardaran, salvo que de nuestro real enviamos alguna mas gente á la artillería por tenerla bien segura. Y faziéndose de noche, algunos de los moros baxaron quasi junto con nuestro real con gran grita y mucha spingarderia y ballestería faziendo muy grandes fuegos; é nos por ser tal hora como dicho es, no dimos lugar que alguno de nuestros capitanes fuese á ellos, é pusimos nuestras guardas é stanzas bien ordenadas, pero no podimos tanto ordenarlos que algunos no se desmandasen arremetiendo para los moros, de manera que con spingarderia y ballestería que levavan y con algunos ribaudaquis (*) que de las guardas despararon, obrando en ello nuestro Sr. Jesucristo, los infieles fueron desbaratados, y los mas de ellos fuyeron y.

. . . otros se retruxieron con el dicho rey de Granada á la misma montaña de donde havian partido y fuyendo se dejaron muchas armas y fardaje. El dia siguiente llegó parte de nuestra artillería junto á esta ciudat, que las lombardas gruesas por la grande aspereza del camino no pudieron pasar. Los moros de la dicha ciudat, visto el desbarate de los de la sierra é vista la dicha artillería, spancados de aquella é teniéndose por perdidos, ca por la aspereza de la tierra no creian pudiese alguna della acá venir, é luego ante de descargar cosa alguna de la dicha artillería, nos enviaron á suplicar de partido y que nos dexarian la ciudat; lo qual por ganar tiempo y por evitar muerte de cristianos nos plugo acceptar; y así con la ayuda de nuestro Señor, á la potencia del qual es todo de atribuir, hoy viernes que contamos XXVII del presente, la dicha ciudat se nos ha entregado, y damos orden que los moros que dentro stavan se vayan seguros adonde bien les venga. Havia dentro de aquella CC cativos cristianos, los quales en haverlos redemido y sacado de poder de los infieles ha seydo obra muy meritoria y de que nuestro Señor Dios recibe grande servicio. De lo qual nos así como somos obligados le fazemos infinidas gracias, rogándovos fagays lo semejante, y deys orden como se fagan procesiones en esa ciudat alabando y glorificando á nuestro Señor de lo que fecho se ha, y suplicándole nos faga merecedor de allegar al fin desta sancta empresa. De lo que mas adelante succeyrá, por vuestro plazer vos mandaremos avisar. Dat. en el nuestro real delante de nuestra ciudat de Velez Málaga á XXVII de Abril anyo de Mil CCCCLXXXVII. Yo el Rey.»

(*) La palabra está clara; parece francesa de origen; y se halla en el diccionario de Valbuena *ribadoquin*, culebrina de poco calibre.

GRANADA



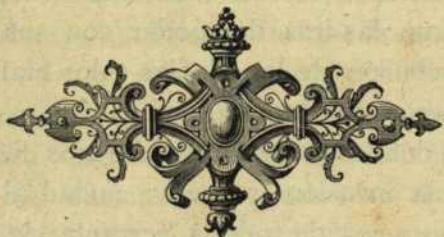
ALBAICÍN.—PATIO DE UNA CASA ÁRABE

prudentes y entusiastas y pueblos que corrían á sus banderas apenas lo creían necesario para llevar á cabo la unidad de la monarquía. Habían sujetado ya estos reyes lo más áspero y fragoso de Granada y tenían el pié en las riberas del Mediterráneo. Está ya definitivamente vencida Alhama, que puesta en la raíz oriental de una colina coronada de un castillo y defendida á norte y occidente por un muro casi derribado y á oriente y mediodía por un tajo, en cuya profundidad corre el río del mismo nombre después de haber cubierto de hojas y flores un pintoresco valle, se hizo en todos tiempos difícil para combatida y mucho más difícil para conservada. Está ya vencida Loja, ciudad célebre entre los mismos árabes, sentada graciosamente en las vertientes de un collado cuya cumbre ocuparon en otro tiempo una mezquita y un alcázar dentro del recinto de su alcazaba. Cuenta Loja con recursos naturales: con una vega fecunda, con aguas abundantes que brotan de las faldas de las vecinas sierras, con el Genil, que corre á vestir de hermosura vastos y misteriosos paisajes donde se precipitan estruendosamente sus aguas, con el Manzanil, arroyo que después de haberse deslizado mansamente por el valle cae al río en forma de cascada, con las agradables corrientes del Plines, Riofrío, Frontil y la Alfaguara, que nace dentro de su mismo seno y fertiliza una huerta que aún lleva el nombre de Alvaro de Luna, nieto de ese condestable de Castilla que la cercó durante el reinado de Juan II. Contaba entonces además con numerosas acequias debidas á los árabes, con fortalezas que defendían su campo, con castillos que protegían su frontera; y no era tampoco fácil vencerla, ni fácil conservarla. Había resistido á las armas de Fernando III, que no la venció sino para destruirla y abandonarla; había resistido pocos años antes al poder de D. Juan; acababa de hacer ineficaces los esfuerzos de esos mismos Reyes Católicos, que sólo pudieron conquistarla después de dos sitios largos y sangrientos. Está ya también vencida Ronda y toda su Serranía; Ronda, ciudad puesta en la plataforma de una peña, al borde

de espantosos precipicios, dividida en tres partes por un tajo sobre que se alzan dos puentes, cercada de muros romanos y de torres árabes, defendida en aquellos días por un castillo central de que no quedan ya ni ruinas, rodeada de un círculo de cerros cuya cima cubren nieves eternas, animada sólo hacia el norte por una feraz campiña que riegan las aguas del Guadalevín y muchos riachuelos y arroyos de abundosa corriente; ciudad bella é importante aún en su decadencia, que no reúne ya muchos monumentos, pero recuerda todavía á sus conquistadores en la iglesia de Santa María de la Encarnación y en la de Santa Cecilia, cuyas artesonadas techumbres cargan en parte sobre arcos ojivales y columnas en haz ceñidas de coronas de flores y figuras en relieve; á los árabes en los restos de la casa del Rey Moro, cuyas paredes estucadas miran á lo profundo del tajo sin más belleza que la del musgo, ni más sombra ni abrigo que la de los frondosos árboles de un jardín contiguo; á los romanos en su Puente Viejo, en sus muros y en los desfigurados escombros que asoman acá y acullá entre sus verdes campos y los bosques que se extienden en las faldas de las sierras; ciudad siempre temida, baluarte en todos tiempos de cuantos arrostraron las iras del poder con sus armas; teatro principal de la rebelión de los Hafilas y los Hafsunes, que por tantos años hicieron la guerra á los califas, campo de batalla escogido por los débiles contra los poderosos desde los tiempos de César hasta la invasión francesa; ciudad al fin justamente considerada como reina de toda la Serranía, de toda esa vasta cordillera que al parecer había de servir de obstáculo invencible á los ejércitos cristianos. Había en toda esta cordillera pueblos defendidos por la misma fragosidad del terreno que ocupaban; castillos como el de Gaucín, sito en un peñasco casi inexpugnable y amparado aún por murallas altísimas y torres gigantescas cuyas sombrías almenas se destacan sobre el azul del cielo; otros muchos medios de defensa creados unos por la naturaleza, otros por el arte, y sucumbió, sin embargo, la Serranía toda

apenas hubo caído Ronda, se entregó atadas las manos á la generosa piedad de los reyes vencedores. Quiso poco después Gaucín levantar la cabeza como avergonzado de su cobardía; mas sitiado por los mismos moros y combatido por el conde de Cifuentes y el marqués de Cádiz, hubo de rendirse nuevamente y ver esclavos á los que no cayeron sobre el hierro de sus enemigos.

Grande, muy grande es el territorio que ocupan los Reyes Católicos en el imperio granadino. Obra ya en su poder esa misma ciudad de Vélez Málaga, situada á orillas del mar, en la falda de un cerro, ciudad también defendida por altos muros y anchos fosos, coronada de bellas colinas, señora de un fresco y extendido valle á que dan sombra el naranjo y la palmera, rica en todo género de frutos, llena de vida propia, poblada de millares de valientes á quienes no había logrado enervar la dulzura del clima. ¿Qué han de temer ya los Reyes? ¿qué pueden esperar ya los moros?

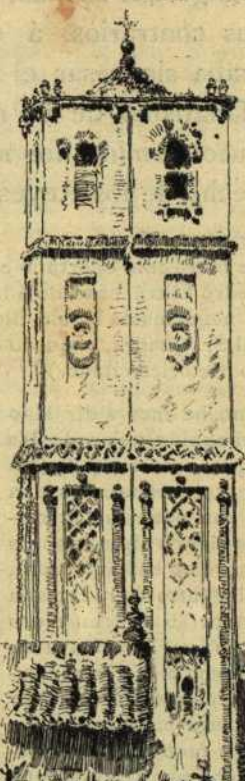


CAPÍTULO XXI

Conquista de Málaga, Baza, Guadix,
Almería, Almuñécar, Salobreña y otros
pueblos.—Monumentos y recuerdos

DE 1487 Á 1491

OMADA Vélez, cayeron los reyes sobre Málaga. La regía á la sazón un deudo del rey Abdala, walf intrépido, tan celoso por su honor como



entusiasta por su religión y por su patria; pero no pudo impedir que la tomasen á pesar de haberla provisto de víveres y llamado en su apoyo á los más feroces africanos. No logró sino aplazar la caída, y hubo de recurrir para ello á diarias y peligrosas salidas, en que llegaba no pocas veces al real de sus contrarios, á enérgicos rasgos de elocuencia con que avivaba sin cesar el fuego de la venganza en sus soldados, al fanatismo de un moro anciano, llamado Algerbi, que se propuso terminar los males de su patria hundiendo su puñal en el pecho de los Reyes (1). No pudo luchar nunca ven-

(1) Sobre este moro creo oportuno continuar los curiosos detalles que el notario mallorquín Pedro Llitrá, enviado á la corte del Rey Católico para el favorable despacho de los negocios de la Isla, dió á los jurados de Palma: (Debo también este documento al Sr. Quadrado, que lo encontró en el mismo libro de *Lletras Mísimas* del Archivo Histórico citado.)

«Per aquesta no he mes á dir sino avisar á vostras magnificències de las novitats certas que ocorren, de las quals jo no vull tantost scriure fins sian ben asentadas, e son aquestas. Primerament que pochs dias ha alguns moros animosos, en nombre no bastant á cent, se son sforçats voler entrar hora captada dins Málaga, portant ab ells un moro sanct segons ells, lo qual los donava entenant que ab Mahoma ell faria *mirabilia*. Lo entrament d'aquests moros, per quant haviant á passar per stret loch e difficultós, tardava tant que los cristians n'hagueren sentiment; e axí alguns dels qui entrats no eran volents passar per un speró de mar se oflegaren, altres foren aquí tallats á pessas. Vol se dir que seria restat lo moro sant, altres volen dir que dit moro isqué per l'acte devall scrit de la ciutat, altres volen dir que fonch altre moro qui volgué imitar lo Romá Quinto Mucio Scévola. Aquest moro, qui's vulla fós, fonch trobat per las gents d'un gran capitá, e portat á aquell; anava tot nu e ab molta demostració de sanctimonia; pero diu se en aquell trist albornós ó drap qui'l cobria portava secreta una gomía. Aquest senyor lo pres, e com á moro sant vestí'l,

No escribo esta carta á vuestras magnificencias sino para enterarles de las novedades que ocurren, de las cuales nada quiero escribir hasta que estén bien deslindadas. Son las siguientes. En primer lugar: hace pocos días que algunos moros esforzados, que no llegaban á ciento, se empeñaron en querer entrar en Málaga llevando consigo un moro según ellos santo que les prometió hacer milagros con la ayuda de Mahoma. Duró tanto la entrada de estos moros en la ciudad por tener que pasar por lugar estrecho y difícil, que llegaron á advertirla los cristianos, cosa que dió lugar á que algunos de los que no habían aún entrado se ahogasen al querer pasar una lengua de mar, y fuesen otros despedazados. Dicen si quedó cautivo el moro santo: hay quien asegura que salió por el lugar de la ciudad abajo escrito, quién que el preso fué otro moro que quiso imitar al romano Quinto Mucio Escévola. Quien quiera que fuese, cayó éste en poder de los soldados de un gran capitán que le llevaron á presencia de su jefe: iba desnudo y con muchas muestras de santidad, pero dicen que en su miserable albornoz traía oculta una gumía. Cogióle el capitán, vistió-

tajosamente contra un ejército numeroso enardecido por sus victorias; no pudo ni podía vencer el hambre que se fué apoderando de la ciudad y abatiendo el ánimo de los que más temían la esclavitud cristiana; y se vió obligado á pedir la paz ponién-

cenyintl quasi per scarn una spasa e un punyal, e porta'l á la tenda del Rey, hora ja que'l Rey havia menjat e dormia; la Reyna empero no dormia. Feren la y dir; ella dix que ella no volia ohirlo sens lo Rey lo qual no volia despertar. En aquest temps per esperar, per quant la Bovadilla marquesa de Moya stava cerca de aquell real en sa tenda, e stava ab unas faldetas de brocat, e un gran senyor portogues apellat don Tal de Luna stava li al costat, diguerenlos com lo moro sant era aquí, si'l volian veure. La Bovadilla fonch mol contenta e ávida en veure'l, e metent lo dins la tenda lo moro stava molt alterat: la Bovadilla pensá's que havia fam ó set, maná li traguessent confits pera beure. Lo moro vehent la tant abillada e aquell senyor al costat, pensá's fossen lo Rey e Reyna, e tirá la spasa ó punyal, e arrullá's per ells tirant primer á la Bovadilla de la qual tallá alguns nirvis de las faldetas; e lo don Tal de Luna qui li stava al costat fo tantost penes á la Bovadilla, e lo moro doná li un gran colp al cap de part devant e altre al bras; e tantost los qui eran aquí abrassan se ab lo moro, e tantost, lo tallaren á pessas. Ab lo gran tumult de la novitat lo Rey se despertá, e vista la tanta novitat feu pendre lo cors, e ab una carta ab un trabuch feu lo lansar dins Málaga. Aprés los moros prenen dos catius cristians, diu se homens d'honor, e obriren los per la sque-na, e ab un ase tragueren los en lo real; car lo real e la ciutat stan vuy tant junst que no hi ha sino un foso al mitj. E axí ara tot hom está ab orelas altas, car debans molts moros sens alguna temor venian de diversas parst besar las mans al senyor Rey. Los dias passats lo rey Xiquito, qui folga en Granada, tramés de grans presents á la senyora Reyna ab

le como moro santo, ciñóle como por escarnio un puñal y una espada, y le llevó á la tienda del Rey en ocasión en que había ya éste comido y estaba durmiendo. No dormía la Reina y se lo comunicaron; mas contestó que no quería oírle sino en presencia del Rey, á quien no quería despertar. Mientras esperaban, como estuviesen cerca de aquel real en su tienda la Bovadilla, marquesa de Moya, que llevaba unas sayas de brocado, y un gran caballero portugués llamado D. Tal de Luna, les preguntaron si querían ver al moro santo. Mostró la Bovadilla mucho contento y gran deseo de verle, y le introdujeron en su tienda. Estaba el moro muy turbado: creyó la Bovadilla que era de sed ó de hambre, y mandó traerle confites para que bebiese. Viéndola el moro con tan rico traje y con aquel caballero al lado, tomóles por el Rey y la Reina, tiró de la espada ó puñal, y los acometió dirigiéndose primero contra la Bovadilla, á quien cortó algunas cintas de las sayas. El D. Tal de Luna, que estaba á su lado, quiso salvar á la Bovadilla, y recibió dos terribles golpes, uno en la cabeza y otro en el brazo. En esto los que allí estaban se abrazan con el moro y le despedazan. Despertó el Rey con el tumulto, y sabido el hecho, mandó recoger el cadáver, y junto con una carta arrojarlo de un trabucazo á Málaga. Toman luego los moros á dos cautivos cristianos, según dicen, gente de rango, los abren por la espalda, y los llevan caballeros sobre un asno al campamento de los Reyes, que está tan junto á la ciudad, que entre él y ella no media mas que un foso. Anda ahora todo el mundo muy sobre sí, así como antes venían de distintos puntos muchos moros á besar las manos del Rey. Días atrás el rey Chi-

dose á merced del enemigo. Envió á los Reyes Católicos á Alí Dordux, estableció algunas condiciones para la entrega, y, según algunos escritores, puso personalmente las llaves de la ciudad en manos de los dos monarcas. Hay quien supone que la entregó traidoramente el mismo Alí, entraron los nuestros por el castillo y bajaron á la ciudad pasándolo todo á sangre y fuego; mas no es de presumir que fuese así, sabiéndose que la reina intercedió por los moradores, y conservaron los más su vida, su libertad y su hacienda (1).

Vélez Rubio, Vera, Mujacar y otros lugares no tardaron en abrir la puerta al vencedor, que al verse á poco rechazado de Huéscar y Taverna, volvió al otro año con un ejército de cincuenta mil peones y doce mil caballos, y se presentó ante los

molta cerimonia; pero creu se poch fruyt. De Córdoba á XXV de juny 1487.»

quito (Boabdil), que está holgando en Granada, envió con muchas ceremonias grandes regalos á la señora Reina: créese, sin embargo, que con poco fruto. Córdoba 25 de Junio de 1487.

(1) Por otra comunicación del mismo Llitrá se sabe que el walí no quiso aceptar las capitulaciones estipuladas por Alí, pero no que se tomase la ciudad por asalto:

Aquesta ciutat de Málaga se doná dissapte apres mitj dia á xviii de agost entrevenint per los moros Alí Gorduix, home alcalde llur e riquíssimo, lo qual obtingué salvetat de bens é vidas per si e per clxxx casas de moros per ell nomenadas e á las quals no es estada feta novitat alguna: tots los altres á mercé del Rey. Lo Capitá, empero, lo nom del qual no 'm recorda, ja mes no es volgut entrar en condició alguna sino que ha dit tant se dona si 'l matan o 'l cativen que mes ho amarà que fer malvestat á son senyor. Fins vuy stá pres dins l'Alcassava servit empero honradament: no se que 'n será fet d'aquí davant, com en aquests secrets tot hom no y post entrar.

Esta ciudad de Málaga se entregó después de las doce del sábado diez y ocho de agosto, mediando por los moros Alí Gorduix, su alcalde, hombre riquísimo que obtuvo salvedad de vidas y haciendas para sí y ciento ochenta vecinos por él nombrados, á quienes no ha sido hecha cosa alguna: todos los demás á merced del Rey. El Capitán, empero, cuyo nombre no recuerdo, no ha querido entender en más condiciones: ha dicho que tanto importa que le maten como que le cautiven, que prefiere esto á quedar mal con su señor. Hoy está preso aún en la Alcazaba, pero servido con mucha distinción: no sé qué van á hacer de él en adelante: no es dado á todo el mundo entrar en estos secretos.

Estamos persuadidos de que el autor de esta carta no hubiera omitido un hecho tan importante como el de haber sido tomada la ciudad á fuerza de armas, si la capitulación de Alí Dordux, con quien mediarían otros tratos secretos, no hubiese puesto á los Reyes en posesión de Málaga.

muros de Baza, resuelto á no levantar el campo hasta apoderarse de una ciudad que creía no sin razón uno de los principales centros del reino de Granada. Baza, que ya temía ese suceso, estaba prevenida; contaba con una guarnición numerosa y valiente, con un caudillo resuelto, el esforzado Cidi Yahya, hijo de Celim de Almería, con vituallas para algunos meses, con la energía de sus hijos, que al tener cerca el peligro se mostraban decididos á morir antes que doblar la frente á la corona de Castilla. Mas no pudo hacer sino prolongar su resistencia: falta al cabo de víveres y perdida la esperanza de que Abdala el Zagal la socorriera, hubo de pedir como las demás ciudades la paz que tanto aborrecía. Presentóse por ella Cidi Yahya al real de los vencedores, y obtuvo no sólo la paz, sino también condiciones tan generosas y palabras tan corteses, que lleno de sorpresa y de respeto, juró no volver á desnudar la espada contra tan nobles reyes. Consolóse así algún tanto la ciudad; pero ¿cómo no había de estar llena de amargura al verse sujeta á un poder extraño, y sobre todo al prever la ruina que amenazaba á todo el reino?

Cidi Yahya después de la caída de Baza pasó á conferenciar con Abdala el Zagal, que á consecuencia de la derrota que sufrió delante de Vélez Málaga, se retiró con sus parciales á Almería. Pintóle al vivo las grandes fuerzas de que disponía el enemigo, las calamidades que iban á caer sobre su patria de prolongarse una guerra tan desastrosa en sus resultados, la fatalidad que parecía pesar sobre toda Granada desde el funesto nacimiento de Boabdil, (ante cuya cuna se había ya profetizado la completa ruina del imperio) la magnanimidad de los príncipes cristianos, lo mucho que podía esperarse de ellos poniéndose voluntariamente á la sombra de su trono, la urgente necesidad que había de entregarles las plazas que habían de arrebatar al fin anegándolas en sangre musulmana. Conmovió tanto á Abdala, que después de haber guardado éste un silencio profundo no pudo menos de soltar un suspiro y reconocer la mano del

destino en todos los acontecimientos de su reino. « Bien lo veo, primo mío, exclamó Abdala; si no estuviese decretada la caída de ese imperio, esta mano y esta espada lo habrían mantenido. » Resolvieron los dos presentarse á los Reyes para entregarles Almería y Guadix; estipularon para los vecinos de estas ciudades la conservación de la libertad y la hacienda, y no recibieron en cambio sino escasos dominios en el centro mismo de Granada. Obtuvo Yahya la posesión de la taha de Marchena con sus villas, tierras y vasallos, y Abdala la de la de Andaraz, la del valle de Alhaurín y la de la mitad de las salinas de Maleha, cuya total renta ascendía á cuatro millones de maravedises; mas ¿ cómo habrían de poder gozar con tranquilidad de esos dominios, recordando que por ellos habrían vendido al enemigo dos ciudades y viendo condenados á la servidumbre sus antiguos súbditos? Entregaron Almería y Guadix, y fueron causa de que desalentados en todas partes los muzlimes, alzasen los estandartes de los reyes en Purchena, Taverna, Serón, Almuñécar, Salobreña y en casi todas las cumbres de la áspera Alpujarra; fueron causa de que no quedase ya en pié sino Granada, la ciudad de las cien torres, la cuna de los guerreros, el trono de los poderosos Alhamares, el baluarte de cuantos pretendieron sostener hasta el último extremo la independencia de su patria.

La pluma se resiste aún á describir su caída. Último recinto de los que estuvieron ensangrentando la España durante siete siglos, parece que debería sentir cierto placer al pintarla en su lecho de dolor agitada por los estertores de la muerte; mas nunca he podido ni podré sonreír ante el espectáculo de un pueblo, condenado por la inexorable ley de los vencidos á gemir eternamente en el seno de sus hogares, ó á dejar para siempre el cielo cuya luz abrió sus ojos. La gloria de los poderosos no logrará interesarme nunca como el llanto de los débiles por más que en aquellos vea á mis deudos y en éstos á mis enemigos.

No descorramos aún el velo que oculta la desgraciada suerte de Granada. Baza, Guadix, Málaga, Almería tienen monu-

mentos que describir, recuerdos que evocar: corramos á incluir las en nuestro álbum artístico antes que Granada se apodere de nuestro corazón, preocupe nuestra fantasía y encierre en el recinto de sus muros la imaginación y los sentidos.

Baza, la antigua Basti, la que ya en el siglo xi vió enarboladas en sus minaretes las banderas de aquel temido emperador Alfonso que llevó sus armas hasta el corazón de Andalucía, la que á fines del siglo xv rechazó de sus muros los ejércitos de los Reyes Católicos acostumbrados á la victoria, la que no cayó vencida sino después de heroica resistencia, es todavía ciudad importante, ya que no por su grandeza ni por la majestuosa pompa de sus monumentos, por su pintoresca situación en la falda oriental de una colina á cuyo pié se extiende una espaciosa vega, salpicada de cortijos que levantan sus blancas paredes entre las copas de frondosos árboles. Anímla el murmullo de fuentes que deslizan sus cristalinas aguas entre riberas de flores, báñanla ríos y arroyos que bajan de las ásperas vertientes de la sierra del mismo nombre, embellécela por todas partes una vegetación lozana que recuerda á cada paso la inteligencia de los árabes. Ostenta aún en lo alto los restos de su Alcazaba, de esa fortaleza bajo cuyas bóvedas suspiraron sus últimos héroes, más abatidos por el rigor de su destino que por sus heridas; levanta aún entre sus humildes casas los ennegrecidos muros de su colegiata, templo gótico de tres naves que restauraron sus conquistadores, y fundó, según la tradición, Recaredo; facilita aún alguno que otro dato para la historia del arte en su iglesia de Santiago el Mayor, cuya nave, construída en 1505, presenta los últimos reflejos del estilo monumental de la Edad media ya casi apagados por los mismos rayos del renacimiento. Á pesar de la escasez de obras creadas por otros siglos conserva, como Baeza, cierto aire aristocrático y severo: tiene casas ya ensombrecidas por el tiempo, adornadas con escudos de armas; palacios entre torreones, propiedad de los que sobre ellas extendieron sus espadas; y evoca todavía á nuestros ojos som-

bras de héroes y esforzados capitanes que rodearon de esplendor las armas de Castilla.

No es de mucho tan aristocrático Guadix, ciudad á siete leguas de Baza, puesta sobre un collado por cuya raíz corre un pequeño río entre unos álamos. Cuenta también palacios sobre cuyos techos se levantan en los ángulos dos torres cuadradas, símbolos al parecer de dominio y de nobleza; pero no logra borrar con ellos la dolorosa impresión que causan en el ánimo sus muchas casas abiertas en el fondo de unas colinas, ya aisladas, ya unidas, cuyo color arcilloso se destaca tristemente sobre las blancas vertientes de Sierra Nevada. Vive parte del pueblo en esas cuevas artificiales sin otra luz que la de su estrecha entrada; y apenas puede uno fijarse en esas lóbregas moradas, sin creerse transportado á los pueblos trogloditas. Ocupan estos subterráneos todo el barrio de Santiago y se extienden hasta Purullena, presentando en ciertos puntos el aspecto de castillos con cubos y torreones, elevándose en otros á dos ó más pisos, y formando en otros bellos y pintorescos grupos: ¿qué idea pueden dar de un país donde falta por otra parte la industria y reina un silencio sepulcral, sólo interrumpido por la periódica agitación de sus mercados? Los palacios de los nobles están los más en ruina; aun cuando no lo estuvieran, no servirían sino para hacer más violento el contraste.

No son tampoco muchos ni muy importantes los monumentos que abriga en su recinto. Guadix es la sucesora de Acci, de esa ciudad romana que mereció los honores de colonia, y se hizo célebre por el culto que dió desde muy antiguo á los dioses Netón é Isis, símbolos del sol y de la luna; y no tiene ni templos ni ruinas que puedan recordar su origen, sólo sí algunas lápidas medio borradas por los siglos donde apenas cabe leer el nombre de los emperadores á que manifestó en público su agradecimiento (1). Fué la primera ciudad española que recibió la

(1) Trasladamos á continuación las lápidas más interesantes que se conservan aún en la ciudad:

GRANADA



GUADIX. — ANTIGUO BARRIO DE SANTIAGO

luz del cristianismo; según tradición, la primera que acogió en sus muros á los enviados del apóstol Santiago; la primera que se postró á las plantas de Torcuato y derribó de sus altares los ídolos del paganismo; la que á principios del siglo IV vió presidir por su prelado Félix aquel famoso concilio de Elvira, donde por primera vez anatematizó la iglesia de España el culto idólatra de sus dominadores; la que mereció ya de Chindasvinto y Recesvinto la erección de una basílica en que fueron recogidos los sagrados restos de multitud de mártires (1); y nada, absolutamente nada conserva tampoco de esa época en que la miró con respeto todo el reino considerándola como la cuna de la nueva religión, el arca del Evangelio, la hoguera de donde partió el fuego que devoró los crímenes de un pueblo de guerreros embriagados con el placer de la victoria y embrutecidos por el descanso y la molicie que les había proporcionado la conquista del antiguo mundo. No careció de importancia bajo el dominio de los árabes: en las guerras civiles que los precipitaron á su ruina, sobre todo en las que agitaron el reino de Granada cuando empezó para él esa lenta agonía que lo llevó al sepulcro,

IULIA CHALCEDONICA
ISIDI DEAE. D.
H. S. E.
ORNATA. UT POTUIT
IN. COLLO. H. MONILE. GEMMEUM.
IN. DIGITIS. SMARAGD. XX. DEXTRA

MAGNIAE UR
BICAE AUG. MA
TRI CASTRORUM
CONINGID. N
CARINI INVIC
TI. AUG. COL. IUL. G.
ACCIS DEVOTA NU-
MINI EJUS.

(1) Consta este hecho por una inscripción que existe en la ciudad, inscripción que copio tal como la dará el Sr. Torres López en la *Historia de Guadix y Baza* que está escribiendo (Nota de la primera edición)

In nomine dni. sacrata
Est ecclesia domne memo-
rie crucis die tertio
idus majas annis
Undecimo et quarto
Regno gloriosissimo

rum dominor nrar chin
dasvindi et reccisvindi
regum et quinto decimo
pontificatus santis
simi justi episcopi

Sigue esta inscripción en otra cara de la misma lápida donde se refieren las reliquias de los mártires que se guardaban en dicho templo; creo inútil copiarla por estar ya muy borrada y carecer por otra parte de interés.

servió casi siempre de asilo y baluarte á los príncipes caídos, y debió á esto principalmente honores que la encumbraron sobre las demás ciudades. Sucumbió ante el cetro de los Reyes Católicos sin sangre, sin estruendo de armas, sin ver como otros pueblos pasados á sus hijos por la punta de la lanza, sin perder sus murallas ni sus monumentos al formidable rugir de los cañones; y nada conserva tampoco de los árabes, como no sea una alcazaba sobre cuyos muros medio destruídos sólo grazna el buho durante la oscuridad y el silencio de la noche. Entraron en ella los Reyes Católicos, le purificaron la mezquita, le restauraron la antigua iglesia y la silla de sus prelados, la aforaron (1), le concedieron mil privilegios y mercedes, le dieron por de pronto las villas y lugares de Goraf, de Alicum, de la Peza y de Huaneja (2), extendieron después su término á los pueblos de Abla y Laurecena (3) que quisieron vivir bajo su jurisdicción como vivían antes de ser vencidos por las armas de Castilla; pero no posee de ellos más recuerdos que de los demás héroes que la dominaron, no posee sino una que otra iglesia medio gótica, una casa-palacio, ya del todo bastardeada, que fué residencia de sus corregidores, y una torre apoyada en una puerta de la plaza, que aún hoy después de cuatro siglos es su única cárcel (4). Su catedral, que no deja de presentar grandiosidad y

(1) Fué dado el fuero de Guadix en el Real de la Vega de Granada á 12 de Noviembre de 1491. Es casi igual al de Málaga.

(2) Se las dieron en uno de los artículos de la misma carta de Fuero: «Tenemos por bien é es nuestra merced é voluntad de dar por tierra é jurisdiccion desa dicha ciudad demas de las otras villas é lugares de su jurisdiccion para agora é para siempre jamas las villas é logares de Goraf é Alicum é la Peza é Hueneja segund é en la manera que lo solian en tiempo de los moros para que sean de su jurisdiccion é sujetas á la dicha ciudad de Guadix é que esten debajo de la jurisdiccion desa dicha ciudad é esten juntos é incorporados en ellos.» (De la obra del Sr. Torres López.)

(3) R. C. dada en la villa de Madrid á 15 de Mayo de 1499. Leg. G., núm 17, *Archivo mun.* (De la citada obra.)

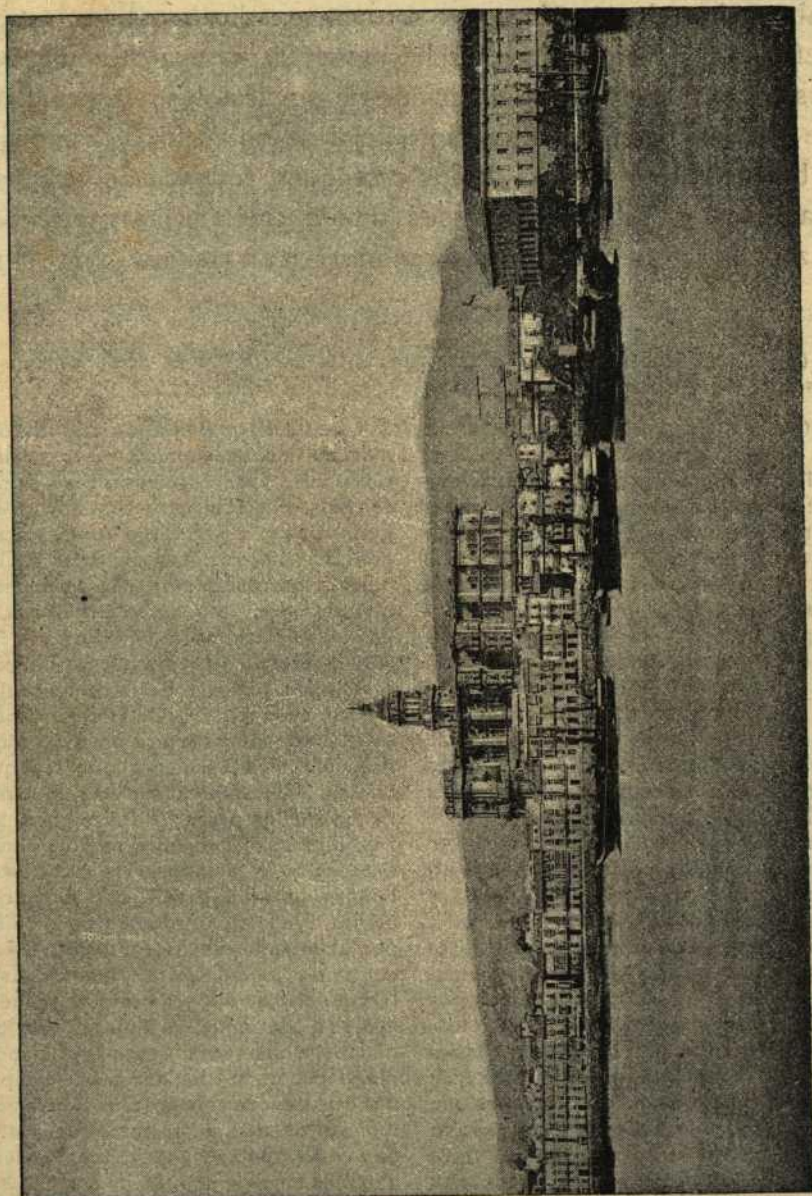
(4) «El Rey é la Reina: por quanto por parte de vos el Concejo, justicia, rexi-dores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes buenos de la ciudad de Guadix nos fué fecha relacion diciendo que Nos tenemos en esa dicha cibdad una casa en la qual fasta aquí han posado los corregidores, é que por no haber quien procure las dichas casas estan maltratadas é para se caer é nos suplicastes é pedistes por mer-

encierra casi las mismas bellezas y defectos que todas las del reino de Granada, es muy posterior: pertenece toda al siglo XVIII, á ese siglo en que cayeron las creencias de una nación vecina al soplo de la filosofía y al empuje de una de las más tremendas revoluciones que han agitado el suelo de la vieja Europa.

Doloroso es á la verdad que hayan desaparecido así los vestigios de lo pasado en la mayor parte de los pueblos de Andalucía, donde si no crea la imaginación alcázares ni restos del Imperio, se espera cuando menos encontrar castillos enriscados sobre peñas y palacios árabes llenos de salas voluptuosas, de jardines encantados cuyos umbrosos árboles se mecen con dulzura sobre las copas de mármol de las fuentes, de risueños miradores cuyas bien labradas galerías dan vista á pintorescas enramadas, á verdes angosturas en que se precipitan rugiendo los torrentes, á valles dilatados en què serpentean los arroyos, á montes cubiertos de nieve, nacarados al recibir los primeros reflejos de la aurora, encendidos en viva lumbre al morir el sol en las sierras de Occidente. Los ocuparon los árabes durante siete siglos: ¿cómo no creer impresas en su recinto las huellas de esos conquistadores cuya civilización aventajaba la del resto de Europa?

ced que vos ficiésemos merced de la tenencia de las dichas casas para que esa ciudad las tenga é repare é posen en ella los corregidores; é otrosí nos embiásteis faciendo relacion que en esa dicha ciudad no hay cárcel en que esten los presos sino á mucho trabajo é con muchas prisiones, é que en esa dicha ciudad hay una torre sobre la puerta de la plaza pública que tiene disposicion para tener en ella cárcel, é nos suplicásteis é pedísteis por merced que vos fiziésemos merced de la dicha torre para que se fiziese en ella la dicha cárcel ó que sobre todo probeyésemos como la nuestra merced fuese, lo qual visto por nuestro Concejo é con nos consultado tovimoslo por bien é por fazer bien é merced á esa dicha ciudad, vos damos la tenencia de la dicha nuestra casa-palacio en que posen los corregidores, con tanto que las tengais bien reparadas en pié ó adobadas; é otrosí vos fazemos merced de la dicha torre que está sobre la puerta de la dicha plaza para que sea cárcel, con tanto que la dicha torre é cárcel tengais reparada é en pié; é por la presente vos damos poder é facultad para tomar é tener la posesion de todo ello segund é como dicho es, de lo qual vos mandamos dar esta nuestra cédula firmada de nuestros nombres. Fecha en la ciudad de Granada á diez dias del mes de agosto de noventa y nueve años. — Yo el Rey. — Yo la Reina. — Por mandado del Rey é de la Reina, Miguel Cristóbal Mora. Legajo Y., núm. 19. (De la misma obra.)

MÁLAGA



VISTA GENERAL

¿Qué conserva ya de los árabes esa misma ciudad de Málaga, cabeza de todo un reino, que estuvo cercada de sólidos muros, defendida por tres fortalezas, hermoseedada por una mezquita que sostenían numerosas columnas de ricos mármoles y jaspes, llena de caseríos en cuyos patios se reflejaban las copas de frondosos árboles sobre las aguas de los estanques, rodeada de vergeles, alamedas y deliciosos viñedos donde crecían las grandes y sazonadas uvas que aún hoy constituyen su riqueza (1)? Llama

(1) Llítrá, que entró en Málaga inmediatamente después de la conquista, describe así la ciudad:

Quant á la ciutat la qual sobre la mar stá situada no te sino dos ó tres carreras qui sían rahanables quant á la spaciositat: totas las altras carreras molt tristas é angustíssimas que n'hi ha de tals que un ase delitos no s'hi poria voltar: las portas de las casas tristíssimas é molt despecte cosa á la part de la carrera, á la part empero interior hi ha de molt bellas casas no molt grans pero molt pintadas é molt delitosa cosa: en mitj los patis totas tenen alguna manera d'arbres é cascuna son pou. La murada de la ciutat mol fort é molt spessa de torres segas, sens empero que en dita murada no ha scala alguna, sino algunas que de nou havian fetas al modo d'escala d'arbre de nau. De plassas no n'hi ha alguna: la mesquita principal, é ara *Seu* sots invocació de Nostra Dona, molt gentil cosa quasi la mitat menor de la de Córdoba é composta en aquella manera; ço es sobre columpnas de marmor é de jaspis feta com un fermall é tota storinada; en la qual *in continenti* la Señora Reina doná un tros de la vera creu é hi feu metre de bellas campanas que ja portaba, com ne portá, sus de xxx pessas las quals ha distribuïdas entre Málaga é los altres locs qui aquest any se son guañyats: la qual esglesia te molt bella claustra *seu verius* pati.

La ciudad, que está situada junto al mar, no tiene mas que dos ó tres calles razonablemente espaciosas: las demás son tristes y tan estrechas, que en algunas una caballería algo lozana apenas podría rebullirse. Las fachadas de las casas son también muy tristes y de muy mal aspecto; pero no su interior. Las hay muy bellas, no muy grandes, pero sí bien pintadas y en extremo deliciosas. En los patios todas tienen árboles y pozo. Es la muralla de la ciudad muy sólida y de muchos torreones cegados, pero sin más escaleras que las que habían hecho nuevamente á semejanza de las de los palos de los buques. No hay plazas: la mezquita mayor, ahora Catedral bajo la invocación de Nuestra Señora, es muy gentil, casi la mitad menor que la de Córdoba y construída por el mismo estilo, es decir, sobre columnas de mármoles y jaspes. Está labrada como un joyel y muy adornada. Dióle en continente la Señora Reina un pedazo de lignum crucis, y mandó luego poner en ella hermosas campanas que llevaba consigo: las llevaba en número de más de treinta, que distribuyó entre Málaga y los demás lugares ganados en este año. Tiene esta iglesia muy bello claustro, ó por mejor decir, patio.

En otro párrafo hace mención de las celebradas uvas de que hablamos en el texto:

todavía las miradas del viajero esa antigua reina del Mediterráneo por estar graciosamente sentada en la llanura, á la orilla del mar, en el centro de un semicírculo de montes á cuyos piés saltan el Guadalhorce y el Guadalmedina entre fecundos valles; llámalas sobre todo por lo bello de sus alrededores y la animación de su puerto, en cuyas aguas anclaron tantas veces las armadas de Cartago y Roma y las humildes naves labradas en las costas de Siria; llámalas por el movimiento mercantil de su muelle, donde asoman en confusa variedad trajes de muchas provincias y naciones, por la vasta extensión de sus establecimientos industriales, donde centuplica el hombre sus fuerzas rompiendo osadamente los límites que al parecer le impuso la naturaleza; pero no las llama ya ni por su mezquita, sobre cuyas ruinas se levantó una catedral greco-romana, ni por sus casas árabes de que no quedan vestigios, ni por sus fortalezas, que ó desaparecieron ó fueron invadidas por la ciudad moderna ó desfiguradas por las nuevas exigencias del arte de la guerra. El castillo Genovés, que se adelantaba sobre la misma lengua del mar, pereció sin dejar huella; la Alcazaba, que erguía sobre la ciudad su cuádruple corona de muros, no conserva sino dos líneas de torreones sobre cuyas gigantescas ruinas ha sentado la población de nuestro siglo sus frágiles moradas; el castillo de Gibralfaro (1) se alza aún en la cumbre de un cerro con sus imponentes murallas y amenazadoras baterías, pero mutilado ya, sin figura de lo que fué, rota la comunicación que lo unía con la Alcazaba, y lo hacía parecer inexpugnable á los que pusieron cerco á la ciudad en 1487.

¡Qué interesantes, sin embargo, son aún los restos de esa

À la part, empero, de las muntanyas...
moltes viñas para pansas ab uns reys
molt specials axi en sabor com en gros-
sea, sols ab un gra.

À la parte, empero, del monte... mu-
chas viñas para pasas que producen
uvas muy especiales tanto en sabor
como en tamaño, de solo un grano.

(1) V. la pág. 85.

Alcazaba (1) entre cuyas torres se distinguen por su espantosa grandeza al Norte la del Vigía y al Sud la de la Vela, donde el día de la conquista subió á fijar una cruz de plata D. Pedro de Toledo! Por cualquiera de las dos cuestas que á ella conducen llega el viajero á una puerta que llaman de Hierro, donde arcos árabes de ojiva y de herradura cargan sobre fragmentos romanos, sobre fustes de columnas extrañamente mutilados y sobre capiteles corintios que parecen revelar la existencia de uno de los más grandiosos monumentos que levantó la mano del antiguo Imperio. Quedaron en pié otras dos puertas conocidas con el nombre de Arcos de Cristo y Cuartos de Granada; pero ninguna presenta el carácter ni el severo conjunto de la de Hierro, á cuyo interior baja luz por una rampa que conduce á la que fué en otro tiempo plaza de armas. Á la vista de las dos puertas se exalta la fantasía y se cree oír aún las formidables luchas que ocurrieron en la fortaleza, cuando después de la ruina del califato de Córdoba alzóse en Málaga un trono que mancharon cien veces con sangre andaluces y africanos. No excitan ya tantos recuerdos los torreones que levantan entre una y otra sus sólidas paredes compuestas de piedras enormes y dobles hiladas de ladrillos; pero respiran aún poesía, conservan aún cierto aire misterioso sobre todo al rodearlos las vagas sombras del crepúsculo de la tarde. Las casas recién levantadas sobre sus ruinas están todas enlucidas, rodeadas unas de árboles, ceñidas otras de flores, y ofrecen con ellos un contraste que halaga la imaginación, seduce los sentidos y sumerge el alma en la melancolía.

Después de los restos de la Alcazaba merece ser visitado otro monumento árabe: un magnífico arco de herradura sobre un ancho murallón coronado de pequeñas troneras y viejos matacanes. Está abierto el arco en un cuadro bello y sencillo; tiene almohadillado el paramento; lleva en sus enjutas dos escu-

(1) V. la cabecera del cap. VI.

dos con leyendas árabes; manifiesta en todas sus partes delicadeza y gusto; pero está ya enteramente solo, afeado por una mezquina puerta, desfigurado por una ventana con reja de hierro abierta en el centro de su espaciosa área, y toda su riqueza y su hermosura no sirven ya sino para hacernos sentir la pérdida del edificio á que en tiempos más felices abrió paso. Las Atarazanas de que formó parte no existen: queda sólo en su lugar un parque de Artillería que en nada revela la mano del artista.

Málaga, como todas las ciudades comerciales, mira al parecer con indiferencia los monumentos que le legaron sus dominadores. No sólo ha visto caer una tras otra las obras de los árabes; ha visto sin levantar la voz arruinarse y desapa-



MÁLAGA.—PORTADA DE LAS ATARAZANAS

recer uno tras otro los templos levantados por los que la repoblaron. La antigua Iglesia Mayor ha sido devorada por una catedral greco-romana, sin que haya quedado de ella más que la puerta del Sagrario, en cuyas exageradas ojivas, corridas de bellos follajes y de figuras de santos cobijadas por enmarañadísimos doseles, se ve sucumbir y espirar el arte gótico. El hospital de Santo Tomás, que fundó Diego García de Inestrosa en su testamento de 5 de Agosto de 1504, sólo conserva de su primitiva fábrica un arco rebajado dentro de un marco de menudas hojas, junto

al cual ostenta un humilde ajimez sus formas árabes (1). La iglesia de Santiago, erigida á principios del siglo XVI, no recuerda ya su origen más que en una sencillísima fachada á cuyo pié se alza una torre embellecida con toscos relieves moriscos y coronada de una pequeña cúpula de azulejos que recuerda aún los minaretes de las mezquitas musulmanas (2). Todo debió ceder el paso al estilo de la restauración, que vino á sentar otra vez su imperio sobre las ruinas de toda la Edad media.

Levántase la fachada mayor de la nueva catedral al norte de una plaza en que murmuran las aguas de una fuente que se derraman por los bordes de una doble copa. Tres soberbios arcos sostenidos por ocho columnas corintias constituyen en ella la entrada al interior del templo; un segundo cuerpo de orden compuesto igual en su distribución al primero alumbrá con torrentes de luz las vastas naves; dos torres majestuosas, incompletas aún, son sus más firmes estribos y su más bello adorno. No carece de gallardía ni deja de contener bellezas; pero está afeada por accesorios inútiles, por detalles ridículos, por un ornato inoportuno. Debajo de las plenas cimbras del primer cuerpo figuran en el tímpano otros cuerpos arquitectónicos con altos relieves encerrados en pésimos escudos. Las puertas del templo están también entre columnas corintias que no guardan armonía alguna con las del conjunto. Divide los dos cuerpos de la fachada un rico entablamento que no lleva sobre su cornisa sino un mal antepecho. Está el segundo cuerpo subdividido, cuajado de

(1) He encontrado este testamento en el Archivo Capitular de la misma ciudad. En él se lee: Item, considerando los beneficios é mercedes que Dios Nuestro Señor sin yo merecerlo me quiso hacer por su gran misericordia é bondad, deseando é queriendo facerle señal de servicio é agradecimiento perpetuo, mando que las casas mías principales donde al presente vivo, que es junto á la Iglesia Mayor, sea fecha hospital de la vocacion del Bienaventurado apóstol Santo Tomás, á quien yo so mucho obligado é devoto, á quien yo deo por universal heredero de todos mis bienes así muebles como raíces despues de cumplidas las mandas particulares que yo mando hacer é cumplir, así los bienes de Sevilla como los de Málaga como de Alhaurin é Laulin é Benaque é Macharabiaya é Cártama con las tierras é cortijos que yo tengo en la ciudad de Antequera. (Legajo 1, núm. 22.)

(2) V. la cabecera de este capítulo.

MÁLAGA



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL

molduras, lleno de claraboyas y ventanas, y presenta por todo remate una balaustrada interrumpida por frontones rotos, desproporcionados, sin objeto. Las dos torres están llenas de pilas-tras, de balcones, de aberturas simuladas, de adornos raros é incoherentes: ¿qué sentimiento religioso puede despertar en el alma? ¿quién sino el crítico podrá detener en fachada tal sus ojos? El arte parece haber sido para su autor sólo un juguete. Dios, á quien consagraba su obra, no le inspiró un solo pensamiento.

Dividen el interior del templo tres anchas y espaciosas na-ves cuyas bóvedas cubiertas de relieves descansan sobre altos pilares ceñidos de columnas corintias. Está el coro en el centro, el tabernáculo en un presbiterio aislado lleno de cuadros y molduras, los altares consagrados á los mártires en el fondo de grandes capillas abiertas en los muros. Dos elegantes portadas decoran las extremidades del crucero; mármoles blancos y azules cubren el pavimento; suntuosos plafones revestidos de oro y colores sirven de clave á las inmensas bóvedas. Respira magnificencia y grandiosidad en el conjunto, riqueza en los detalles; pero no llega ni á satisfacer los sentidos con aquella armonía de líneas propia de su estilo. Los pedestales de los pilares son circulares y sin gracia; los capiteles de las columnas, pesadísimos; los entablamentos, aunque ceñidos á las reglas del arte, demasiado grandes. Los arcos de las bóvedas no cargan directamente sobre los pilares, sino sobre una columna que estos llevan en lo alto de su cornisa. Las capillas presentan desmesurada anchura, las luces sobran, la monotonía reina en todas partes.

No son notables en este templo sino algunas capillas que contienen objetos de pintura y escultura. En la de los Reyes cabe admirar aún la imagen de la Virgen que, según tradición, llevaron Fernando é Isabel en sus campañas. Junto á la de San Francisco, donde están echadas sobre la losa del sepulcro las figuras de dos prelados, hay una cuyo altar lleno de imágenes y afligranados doseletes recuerda el estilo gótico en el último período de su decadencia. En la de la Encarnación, al pié de un

altar de mármol que sostienen ocho columnas, álzanse los bellos sepulcros de José Molina y Bernardo Manrique, obispos cuyas figuras están de rodillas sobre la cubierta vueltos los ojos y las manos á la Virgen. Cuelga al fin de una de las del trascoro un cuadro en que Alonso Cano pintó con valentía y singular belleza la adoración de la Virgen por los Santos. Se esplaya el ánimo al descubrir en esas frías y monótonas catedrales cualquiera composición que revele sentimiento en el artista.

No son más artísticas las puertas laterales. La de las Cadenas es la que más atrae las miradas del viajero, y no por su hermosura ni por el pensamiento que pueda darle vida, sino por lo caprichoso y raro de sus líneas, por lo complicado de sus detalles, y por la misma incoherencia de sus adornos. Una ancha y profunda cimbra apoyada en un entablamento que sostienen cuatro pilastras corintias abre paso á una puerta de arcos concéntricos apoyados en dos columnas de gallardas proporciones. Sobre estos arcos, en cuyas enjutas están entallados dos grandes mascarones de piedra, corre un entablamento sostenido por otras dos pilastras, entre las cuales asoma un arco dentro otro mayor, que no son más que un puro y trivial adorno. Sobre la plena cimbra de entrada álzanse otros dos cuerpos; pero tan sobrecargados de balcones, tan llenos de extrañas aberturas y coronados de frontones tan ridículos, que se van involuntariamente los ojos hacia dos altos cilindros que ocupan los ángulos de tan singular fachada. Presentan estos cilindros bellas estrías y largos paramentos que ya les dan el aspecto de torres, ya el de columnas gigantescas privadas de sus capiteles.

Triste, muy triste es ver tan adulterado el arte en este y otros templos: no se descubre en ellos sentimiento ni inteligencia; no hay nada motivado por el gusto; no están siquiera entendidas las leyes del estilo á que lo sujetaron sus autores. Se empezó esta catedral en buena época, pero se la continuó y sobre todo se la concluyó en un período fatal para las artes. Concibióse el proyecto de la nueva obra el año 1528 en que

D. Bernardino de Contreras, provisor por César de Riario, patriarca de Alejandría, presentó la muestra y traza de ella ante un respetable concurso, compuesto del cabildo, el corregidor de la ciudad, el alcalde mayor, seis regidores, dos jurados y muchos hidalgos vecinos de Málaga invitados al efecto (1); mas ni

(1) Sesión del cabildo del 29 de Marzo de 1528. «Domingo 29 dias del mes de marzo año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos y veinte y ocho años, estando en las casas del cabildo de la dicha iglesia, donde comunmente se suelen ayuntar los revdos. ss. dean é cabildo de la dicha iglesia que es en la claustra de la dicha iglesia nombrada por el reverendo Sr. Dr. D. Bernardino de Contreras, provisor en la dicha iglesia por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Cesar de Riario, patriarca de Alejandría, obispo de Málaga para la causa é negocio infra escripto, conviene á saber el licenciado D. Andrés Lopez de Frias, alferéz de S. S., dean, D. Juan Cea, arcediano de Málaga, D. Antonio de Hojeda, tesorero, D. Lorenzo de Padilla, arcediano de Ronda, D. Pedro Amato, arcediano de Velez, D. Bartolomé de Vaena, prior, Gonzalo Sanchez, Diego Megía, Juan de Logroño, Francisco del Pozo, Juan de Angulo, el licenciado Alonso Fernandez de Valde Olivas, Cristóbal de Mosquera, Pedro de Orihuela, canónigos, é Juan Escudero, Pedro Tamayo, racioneros, é Antonio Bocanegra, Antonio de Aguilar, é Luis Lopez, capellanes en la dicha iglesia, é los ss. Hernan Perez de Lujan, corregidor, é el licenciado Fernandó de Monzon, alcalde mayor, Francisco Lobato, alguacil mayor, Gutierre Gomez de Fuensalida, comendador de los bastimentos, D. Gomez Manrique, comendador de la orden de Calatrava, el comendador Gomez Suarez de Figueroa, Hernando de Ancibuy, Juan de Torres, Gabriel de Conela, regidores, Juan Diez é Juan Cid, jurados, Pero Laso de la Vega, Gregorio de Rojas, Jorge Proanio, Diego de Catalles, R.º de la Fuente, Sancho de Monasterio, Diego de Avila é otros muchos nobles vecinos de la dicha cibdad; el dicho Sr. provisor dijo en presencia de los dichos señores que con el ayuda de Ntro. Sr. queria hacer comenzar á edificar la iglesia mayor desta cibdad, para lo qual él ha hecho hacer una de muestra y traza é ha hecho venir á esta cibdad al maestro Enrique, maestro mayor de la iglesia de Toledo, así para que viese la dicha traza como para que viese el lugar y sitio donde la dicha iglesia se ha de edificar y sobre todo diese su parecer; el qual dicho maestro, juntamente con Pero Lopez, cantero, lo han visto todo y dicen que la dicha traza está muy buena y el tamaño de la iglesia es muy bueno, y han señalado donde la dicha iglesia se edifique: por tanto que suplicaba á sus mercedes, pues el efecto de esta obra era para el servicio de Ntro. Sr. Dios donde su santo nombre fuese loado, honra de los cavalleros vecinos desta cibdad y de muchas personas de diversas partes que á él vienen por ser como es puerto de mar, que cada uno dijese su parecer, para que visto y acordado por todas sus mercedes con el mejor parecer y acuerdo se comenzase. E luego todos dichos señores comenzaron á praticar muy largamente con los dichos maestros preguntándoles qué tanta largura, anchura y altura avia de tener la dicha iglesia y cuántas navadas y cuántas capillas y qué tan grande cada una; y los dichos maestros dando cuenta y razon á cada cosa que les han preguntado, y despues de muy largamente aver praticado en ello, fué acordado por todos los dichos señores que la dicha iglesia se comienze conforme á la traza y muestra que los dichos maestros allí mostraron, la qual se firmó de dicho Sr. provisor é de los dichos maestros, y que se edifique en el lugar y sitio donde los dichos maestros han señalado, y que el fundamento della

MÁLAGA



CATEDRAL. — PUERTA DE LAS CADENAS

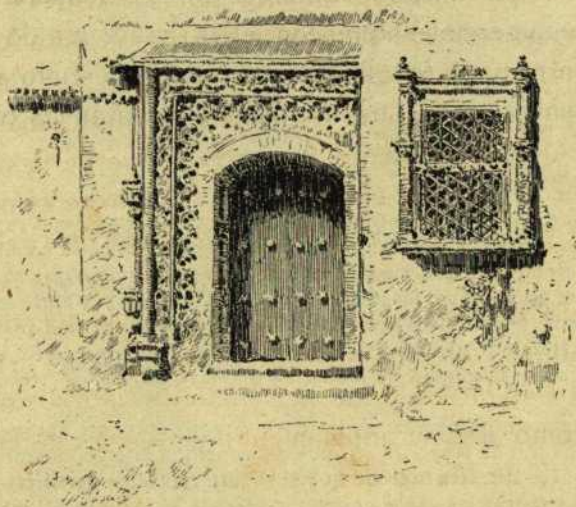
con la actividad del provisor ni con exhortar á los fieles á que contribuyeran á los gastos de fábrica, se pudo acelerar la construcción de la obra, tan lenta, que en sesión de 15 de Enero de 1665 el prelado fray Alonso de Santo Tomás propuso al cabildo á fin de poder continuarla influir con el rey para que pidiese al Papa dos mil ducados anuales por espacio de diez años. Ofreció por de pronto fray Alonso cuatro mil ducados, y acordó el cabildo en el mismo día dar de su mesa capitular otros mil quinientos al año durante el mismo decennio; mas ni aún así pudo medrar el monumento, que para colmo de desventura padeció mucho en 1680 á causa de un violento terremoto. Siguió incompleto y medio derribado hasta Octubre de 1719 en que el Sr. Cozar dió para irlo reparando el precio de sus coches, y á instancias del deán señaló el cabildo mil ducados anuales para el mismo objeto. Merced á estas dádivas y á los arbitrios que concedió el Rey en Mayo de 1723 notóse alguna animación en la obra: ¿cómo estaría antes cuando en el acta de la sesión celebrada en 28 de Marzo de 1753 leo que el cabildo recibió del obispo dos libranzas de cuarenta mil ducados para el cerramiento de las bóvedas? Después de tantas pensiones y arbitrios, después de haberse asignado á la obra ciento cincuenta mil ducados sobre las rentas del muelle por real cédula de 1754, hubo de suspenderse en 10 de Enero de 1765 la continuación de las torres de la fachada y hoy una de ellas está incompleta: ¿puede darse mayor idea del coste de esta fábrica? ¡Lástima que tantos sacrificios hayan producido tan tristes resultados (1)!

Escasean en Málaga los monumentos, y los pocos que subsisten carecen en casi todas sus partes de unidad y de interés artístico. La iglesia de Santiago, la de Santo Domingo que levanta sus humildes muros junto al puente de Guadalmedina, la del convento de la Victoria levantado sobre la misma huerta

sea muy perfecto, porque así se acabará mediante Ntro. Sr. para cuyo servicio la dicha iglesia se hace.» (*Archivo Capitular*, libro de Actas Cap.)

(1) He sacado todos estos datos del mismo libro de Actas Capitulares.

del Acibar, en que estuvo sentada la tienda de campaña de la Reina Católica, ninguno de los templos diseminados en la ciudad abre campo á la imaginación ni á los sentidos. Debajo de la iglesia del convento de la Victoria hay un panteón donde están



MÁLAGA.—PUERTA DE LA IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ

enterrados los condes de Villalcázar; y aun en aquella mansión de la muerte hay frívolos y caprichosísimos adornos.

Málaga tiene en cambio una animación que buscaríamos inútilmente en ninguna de las ciudades de aquel reino, ni aun en la misma Granada, hace cuatro siglos una de las más brillantes capitales de la culta Europa. Quedó después de la conquista sin más vecinos que Alí Dordux y otros ciento sesenta moros propietarios; y llegó por de pronto á tal estado de abatimiento, que estaba desierta la Alcaicería, derribadas muchas de sus tiendas en Mayo de 1489, y otras muchas amenazando ruina (1). Conocieron los Reyes Católicos cuánto convenía dar

(1) «Otroí porque somos informados de Cristóbal Mosquera é Francisco de Alcaras, nuestros repartidores de la dicha cibdad de Málaga, quel circuito del Al-

vida á ciudad tan bellamente situada á las orillas del Mediterráneo; y le dieron una carta de población, otra de fuero (1), le concedieron ferias y mercados, ofrecieron grandes mercedes á los que de nuevo la poblasen, convidaron á poblarla á los genoveses, que ocupaban uno de sus barrios en tiempo de los moros (2), le permitieron reanudar con las costas de África las relaciones comerciales que con ellas había tenido durante la dominación romana (3), dispusieron cuanto estuvo á su alcance para la reparación de sus muros (4), levantar las casas caídas,

cayzeria de la dicha cibdad es todo tiendas é estan caídas é mal reparadas por no aver quien las repare, porque aquellas con las otras de la dicha cibdad es mucha cantidad de tiendas é que seria é es mas nuestro servicio que se diesen por solares de casas que no que las dichas tiendas se cayan, por ende mandamos á los dichos nuestros repartidores que repartan la dicha Alcayzeria á quien entendieren que mas prestamente ó mejor las podrán labrar de casas.» R. C. dada por los Reyes Católicos en la ciudad de Jaén á 27 de Mayo de 1489. (*Archivo municipal*, libro 1, f. 2.)

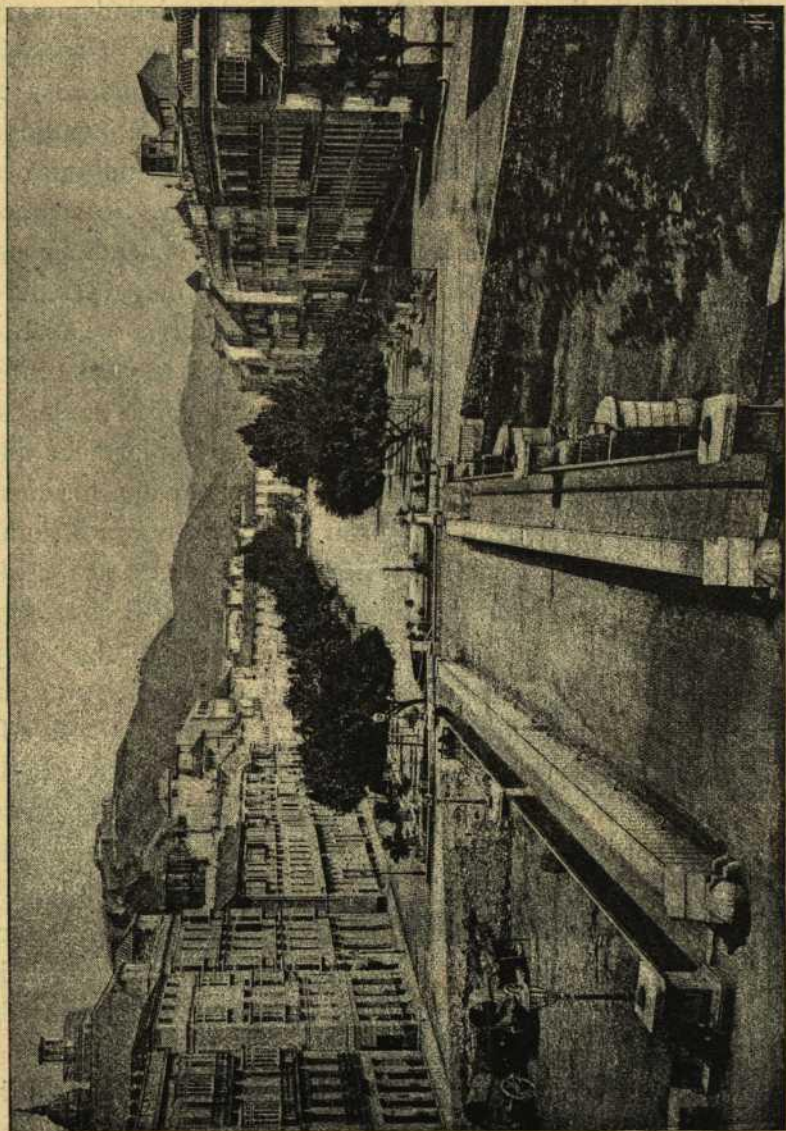
(1) La carta de población es la R. C. citada en la nota anterior: la de fuero, dada en Sevilla á 6 de Mayo de 1490, está continuada en el mismo lib. 1, fol. 59.

(2) «Otrosí es nuestra merced que si se fallaren tales personas ginoveses que quieran facer y labrar las casas que antes eran de ginoveses á la ribera del mar de la dicha cibdad, que los dichos nuestros repartidores les señalen é den suelos para en que las hagan é labren, é que labrádolas sean suyas é puedan facer é fagan dellas después de labradas é fechas todo lo que quisieren é por bien toviere como de cosa suya propia, porque labrádolas Nos les facemos merced dellas.» (R. C. de 27 de Mayo de 1489.)

(3) Los Reyes Católicos obtuvieron para ello permiso de S. S., que lo concedió: «acatando que las dichas cibdades é villas é lugares que Nos avemos ganado é esperamos ganar con la ayuda de Nuestro Señor en el reyno de Granada de los moros enemigos de Nuestra Santa Fé Católica, especialmente las cibdades é villas é lugares dellas que son en la costa de los mares acostumbran tratar é trataban antiguamente con los moros de allende en las partes de África, é siendo informado que si este trato é comercio agora cesase, las dichas cibdades é villas é lugares del dicho reyno de Granada no se podrían bien poblar ni los vecinos dellas sustentarse... etc.» (R. C. fecha en Córdoba á 8 de Noviembre de 1490, lib. 1, fol. 17.)

(4) «Otrosí por quanto los muros de dicha cibdad han menester repararse é labrarse luego, porque ansi cumple á nuestro servicio é á la buena guarda della, nuestra merced é voluntad es de nombrar é nombramos por obrero para que faga labrar é reparar los dichos muros é edificios de la dicha cibdad á Fernando de Arévalo por dos años que comiencen desde primero de Enero deste presente año de ochenta é nueve, é que lo que montare en la costa y labor de los dichos muros se aya de pagar é pague de lo que mandáremos dar de propios á la dicha cibdad de los dichos dos años, porque pasados los dichos dos años dende en adelante la dicha cibdad nombre obrero para las dichas labores de dos en dos años.» (R. C. de 27 de Mayo de 1489.)

MÁLAGA



VISTA DE LA ALAMEDA

poner en estado de defensa los castillos y embellecer la ciudad con nuevos edificios. Consiguieron ya antes de morir verla poblada, floreciente, dispuesta á hacerse entre las ciudades marítimas la Málaga de los árabes, romanos y fenicios. Creció la ciudad de día en día, prosperó, se hizo rica y poderosa; y cuando se encontró estrecha dentro de su recinto, invadió la Alcazaba, saltó los muros que la oprimían, y se extendió por la llanura más allá de la ribera del Guadalmedina. Se remozó desde entonces; y á las tristes fachadas de las viviendas construídas por los moros substituyó otras no muy elegantes pero alegres, pintadas de risueños colores, animadas por anchos balcones que cubre tal vez en forma de cortina la verde enredadera. En el lugar de su célebre Alcaicería levantó modernamente los pasajes de Larios y de Heredia; y los jardines que adornaban el interior de sus casas los trocó por una hermosa alameda, entre cuyos árboles figuran bustos de mármol y una fuente que deja caer sus aguas por los bordes de una triple copa. No satisfecha con el movimiento que da de sí el comercio, abrió grandes talleres industriales donde elabora el algodón y sujeta el hierro á todos sus caprichos, animó con ellos su campiña, que se extiende hasta el pié de unas sierras sombreada por frondosos árboles é interrumpida por colinas cubiertas de vides y alquerías, construyó un muelle paralelo al antiguo y mejoró notablemente su puerto, según expresión del citado Llítrá, semipuerto y semiplaya. Fué en muchos tiempos llave y cabeza de Andalucía, y no será difícil que vuelva á serlo, atendido su incesante progreso y sobre todo la rápida decadencia en que se encuentran Cádiz y todas las ciudades del reino de Granada.

Rivalizó durante la Edad media con Málaga la ciudad de Almería; no ya hoy, que yace triste y silenciosa en su desierta playa. Almería es un cadáver animado por el galvanismo: no presenta vida sino cuando la agita el extranjero tumulto de sus ferias y mercados. Sus calles están casi siempre solitarias;

MÁLAGA



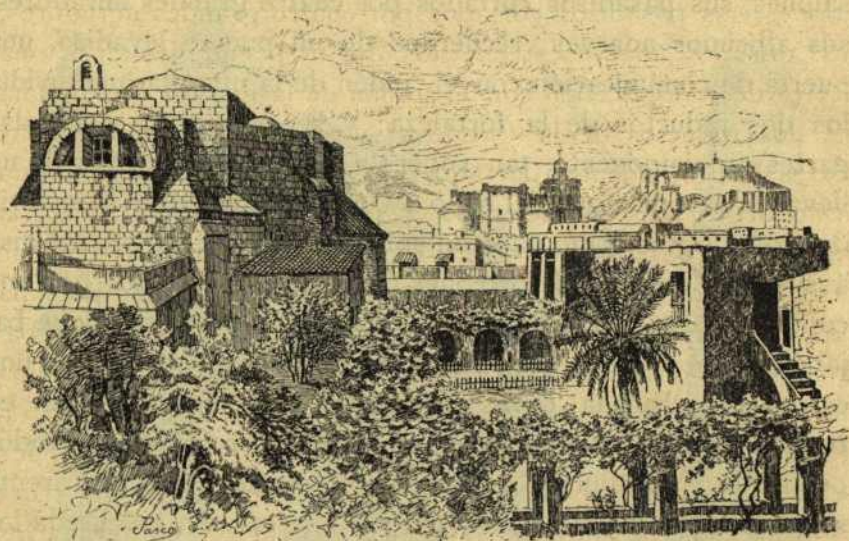
FUENTE DE LA ALAMEDA

en sus paseos no se oye de ordinario más que el susurro de los árboles. La industria no levanta allí la voz sino al pie de las olas del mar, donde se funde y se trabaja el plomo; el comercio está en espantoso abatimiento, la agricultura parece por carecer de aguas que fecunden la espaciosa vega. El árbol que más abunda en la ciudad y sus alrededores es la oriental palmera, esa planta importada por los árabes que crece en los secos arenales del desierto.

Está sentada también Almería á la orilla del mar, en un valle que formaban poco há dos cerros coronados por una alcazaba y un castillo. Ceñíanla poco há también altos muros que bajaban de las contiguas fortalezas y se extendieron probablemente en otro tiempo hasta otra peña que reflejan las aguas del Mediterráneo; pero sin contener en su recinto más que las casas de la ciudad vieja, dividida del populoso barrio de las Huertas por los mismos muros y un paseo que llaman la Alameda. Descuellan sobre las bajas azoteas del casco de la ciudad los templos de Santo Domingo, San Pedro y Santiago; levanta sobre todos la frente una orgullosa catedral cuyas paredes cortadas por almenas y torreones recuerdan aún los monasterios feudales de los siglos medios; y el viajero cree distinguir aún en el conjunto la sombra de esas antiguas sociedades en que hasta la iglesia era belicosa y los pueblos tenían siempre sobre sí la espada de su señor y la cuchilla del verdugo. Todo presenta cierto carácter sombrío y melancólico en esa ciudad antigua; hasta las mismas vertientes de sus cerros cubiertas de espinosos nopales. Extiéndese por ellas el barrio de San Cristóbal, y están todas sus viviendas tan aisladas, que en él más que en ningún otro punto se siente pesar sobre ese pueblo lo pasado. Presenta aún la ciudad en su parte material el risueño aspecto de casi todas nuestras poblaciones marítimas, limpias, de aseadas calles, de risueñas casas, de plazas circuídas de pórticos y animadas por vistosos jardines; pero no suple con esto la vida y la animación de Málaga, de la que se distingue hasta en el habla y

el traje de sus moradores, vestidos de anchos zaragüelles y chalecos de seda labrados, como los que se usa en los reinos de Murcia y de Valencia.

Tiene en cambio Almería interesantes monumentos. Está

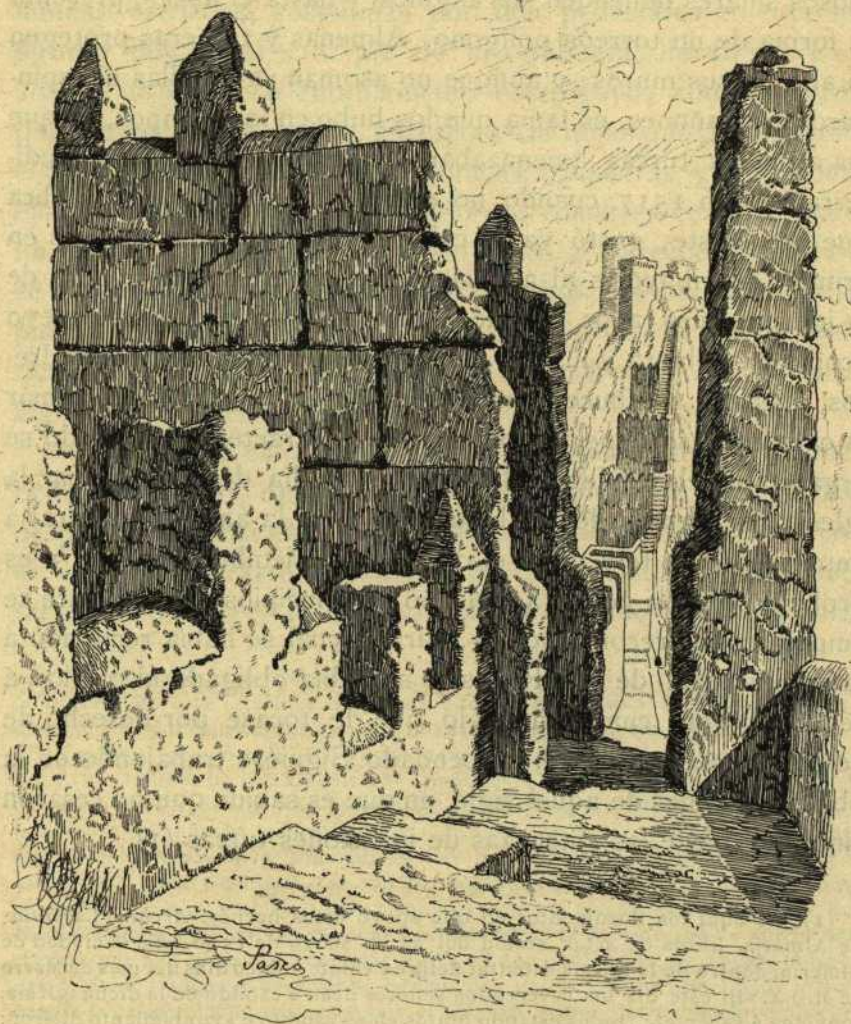


ANTIGUA VISTA DE ALMERÍA

aún en pie su catedral: quedan aún restos de sus orgullosas y formidables fortalezas, que corrían del mar al monte, del monte al valle, del valle á la cumbre de otro cerro y del cerro á la ciudad, que oprimían con una larga cadena de torreones. Ocupó su Alcazaba la cúspide de un monte sembrado de ruinas y cubierto de nopales en cuya falda había torres medio caídas que abrían paso á dos extensas plazas, rodeadas de altos y estrechos muros con almenas. No conservaba la primera de estas plazas, cuando la ví, sino unas bóvedas de ladrillo que cubrieron al parecer la galería de un aljibe y una cisterna profunda cuyos prolongados ecos despertaba la piedra que por acaso hacía rodar en su fondo la planta del viajero; pero excitaba todavía

vivo interés la segunda, sobre que descollaba majestuosamente el torreón del Homenaje, circuido de sólidas murallas, defendido por espantosos abismos y embellecido por dos fachadas góticas entre cuyas severas ojivas campeaba el escudo de armas de Isabel y Fernando. Conservaba este torreón sus bajos y oscuros salones, sus pasadizos cortados por cuatro grandes miradores, sus altísimos adarves, recuerdos de un puente levadizo, una puerta de comunicación con el andén de la muralla que dividía los dos reductos de la fortaleza; y se presentaba por todas partes tan imponente, tan soberbio, que él solo á pesar de no llevar origen más que del siglo xv, parecía condensar la historia de tantos siglos como pasaron sobre el monumento. Alzábanse á su lado otros dos torreones, uno de ellos cerrado por una cúpula á cuyo vértice conducía una serie de escalones que bajaban desde él hasta el vecino adarve, coronado el otro de una estrecha barbacana cuyas trilobadas ojivas descansaban en repisas góticas de bellísimas molduras; pero quedaban todos pequeños y mezquinos ante ese coloso que elevaba su frente sobre toda la fortificación y parecía abarcar con su mirada los más lejanos horizontes. No llamaba después de él la atención sino el vasto lienzo de muralla que desde esta alcazaba descendía al llano y trepaba de roca en roca por la rápida vertiente del cerro en que está el castillo de San Cristóbal. Tenía este muro un declive aterrador, templado por unas angostas escaleras abiertas al través de torres ruinosas que iba agrietando y arruinando la mano de los siglos; y se estremecía involuntariamente el que lo recorría al considerar que por aquellas gradas que recorría uno con pié mal seguro y receloso habían pasado en otras épocas rodando entre cadáveres guerreros vestidos de pesadas armaduras, amenazados aquí por hondos precipicios y allí por las armas enemigas. Era difícil hacerse cargo de tan extensa fortificación: sus cubos y sus torres iban siguiendo la pendiente de los dos cerros, y asombraba la altura de los que partían del fondo de la quebrada. El castillo de San Cristóbal

GRANADA



ALMERÍA.— ANTIGUAS MURALLAS

apenas era más que la continuación de ese muro: se unía con él, bajaba con él por la vertiente opuesta y corría á enlazarse con los de la ciudad, presa entre las dos fortalezas como entre las garras de dos leones.

La catedral es también un castillo. Cuatro torres de grandiosos sillares defienden sus ángulos, y hasta el ábside presenta la forma de un torreón polígono. Almenas y troneras protegen lo alto de sus muros; y aunque no asoman ya en ellas ni espingardas ni cañones, es fama que los hubo en los tiempos, en que las armadas turcas amenazaban sin cesar las costas del Mediterráneo. En 1517, cuando no estaba aún reconstruída la obra que hoy existe, gastó ya el cabildo veinte mil maravedises en armas; distribuyólas al año siguiente entre los beneficiados de la iglesia; hizo años después, edificado ya el templo, nuevo acopio de pólvora y fusiles; compró posteriormente tiros pedreros, más allá arcabuces y mosquetes: ¿cómo no había de tomar la catedral ese aspecto militar que la caracteriza? Cuando se organizaba el cabildo militarmente ¿podía dejar de tomar la iglesia las formas de un baluarte? Cayó la antigua catedral á impulsos de un terremoto el día 22 de Setiembre de 1522; y es probable que, si no en aquel año, á principios del siguiente se empezaría su reconstrucción, para la cual se había recurrido á la munificencia de los Reyes y se había obligado el cabildo á ceder durante cuatro años lo que le tocase por derecho de acrecer al ausentarse un prebendado. Siguióse trabajando en la obra hasta fines de aquel siglo, en que es sabido que no cesaron sino muy tarde las amenazas de invasiones turcas (1).

(1) He aquí los documentos en que apoyo estos hechos. *Archivo Capitular* de Almería, libros de actas, sesión del 25 de Marzo de 1518. «En la cibdad de Almería, dentro de la iglesia catedral della en veinte i cinco dias del mes de Marzo de M.D.X.VIII este dia los reverendos señores dean é cabildo de la dicha iglesia, conviene á saber, etc., todos estando juntos en su cabildo é ayuntamiento dijeron: que por quanto por mandado de su señoría el año pasado de quinientos diez y siete se compraron veinte mil maravedís de armas para que estobiessen en esta iglesia catedral así para la defension della y de sus inmunidades como para la nueva que se insurgió de los turcos é de su armada que tenian hecha para venir

La fachada mayor de esta catedral tiene en sus ángulos dos grandes estribos ó pilares que llevan en sus bases dos ángeles de alto relieve, en sus capiteles dos bellos mascarones y en los remates dos jarros entre los cuales corre un antepecho embellecido por entrelazos árabes. Es de orden corintio. Cuatro columnas estriadas, sostenidas por dos pedestales en cuyo liso figuran dos ángeles al pié de una palmera, llevan sobre sus abacos un hermoso entablamento entre cuyos adornos se distinguen por su delicadeza y frescura las hojas que decoran todo el friso. Están adosadas las columnas á pilastras, y llevan entre ellas dos nichos vacíos, cuyos adornos consisten en la cabeza de un querubín entallada al pié y un busto al parecer romano que se eleva sobre una graciosa concha. Cobija el entablamento la puerta que da paso al interior del templo, puerta cuadrangular rica en molduras sobre la cual corre un frontón que desvirtúa algo el efecto del conjunto.

Carga sobre este primer cuerpo de la fachada otro segundo, bello también y de gallardas proporciones, en que el artista desplegó la misma elegancia y riqueza, deseoso tal vez de evitar el ingrato contraste que presentan las fachadas de su época, tan embellecidas en los cuerpos inferiores como desnudas y frías

en estas partes, é así por estas razones las dichas armas se compraron y estan en la librería de esta iglesia, é que agora porque las dichas armas no se tratan é se devrian é se podrian perder é dañar, por tanto que acordaban y acordaron que las dichas armas se repartan entre los beneficiados de la dicha iglesia, etc...» Sesión del 24 de Octubre de 1522. «Que por quanto esta cibdad é iglesia plugo á Nuestro Sr. de la asolar de un gran terremoto que le vino á 22 del mes de Septiembre pasado de este año de mil quinientos é veinte é dos años que para remediar la iglesia della y reedificarla de nuevo hay necesidad que vaya una persona del cabildo á la corte para procurar con su magestad que la mande reedificar porque sus rentas no son bastantes para ello, y para que si su magestad no curava de la reedificar, con su licencia y consentimiento viendo la destruccion de muros desta cibdad que nos podamos trasladar á otra cibdad ó villa ó lugar de este obispado donde á su magestad pareciere.» Sesión del 1.º de Octubre de 1526. Por ella consta la cesión hecha en 1522 por el cabildo. Sesión del 12 de Mayo de 1580. «Que se diga al racionero Paredes, mayordomo que fué de la fábrica, dé cuenta de las armas y pólvora que estaban en la iglesia y que las vean los SS. Diputados.» Sesión del 29 de Octubre de 1636. «Que se compren cincuenta arcabuces y veinte mosquetes, y que se pidan cuatro tiros pederros que está iglesia necesita para su defensa y se traigan y siempre esten en dicha iglesia.»



en los superiores. Decoró el autor este segundo cuerpo con un grande escudo imperial en el centro, dos guirnaldas en los lados de las que se destacan las figuras de San Pedro y San Pablo, y un nicho en que se ve la Virgen debajo del entablamento. Conocía y sentía el autor de esta fachada, lindísima á pesar de sus defectos: está bien proporcionada, tiene buen ornato y es en general bella y de buen efecto.

El interior de la catedral pertenece al estilo gótico de la decadencia. Divídenlo en tres naves diez y seis haces de columnas sobre cuyos capiteles, casi corintios, cargan los numerosos nervios de las ojivas en que descansan las bóvedas. Tiene en medio el coro, en la extremidad el presbiterio, en la nave lateral derecha y el ábside capillas profundas cuyas cimbras concéntricas están sostenidas por ligeras columnas coronadas de follaje. Campea entre las capillas de la nave una sencilla fachada donde el arco semicircular en degradación despliega sus bellas curvas entre dos agujas de crestería; y entre las del ábside una muy espaciosa y clara, en medio de la cual yace en rico sepulcro de mármol fray Diego de Villala, prelado que no perdonó sacrificio por levantar el templo en que se guarda con sagrado respeto sus cenizas. No es mucha la belleza que este interior respira; mas aun sus mismos defectos, hijos como son de una época que apenas comprendía ya el estilo con que se proponía desarrollar sus pensamientos, llaman la atención del artista. Son complicadísimas las claves de las bóvedas, están bastardeados los capiteles de las columnas, producen pésimo efecto las capillas laterales, ya por no guardar armonía con el resto del templo, ya por no ocupar sino una de las naves; pero no por esto mira uno con repugnancia ni indiferencia esos detalles, entre los cuales es principalmente digna de atención la sillería del coro, trabajada con delicadeza y gusto desde el año 1558 al 60 por el tallista Juan de Orea (1).

(1) Sobre esta sillería del coro hemos hallado en los mismos libros capitulares los siguientes documentos: Sesión del 26 de Marzo de 1558. «Este dicho día

Por malo que parezca este templo al que lo vea sin observar que vienen á estar simbolizados en él los diversos principios arquitectónicos que al empezar el siglo xvi entraron en lucha, no dejará de ser mirado por él con cierto amor si lo visita después de haber recorrido los de Santo Domingo y Santiago y aun el de San Pedro, que no refleja su antigüedad sino en sus ennegrecidos paredones. Las iglesias de Almería son hijas más bien de la necesidad que del arte. Sólidas, pero frías y desnudas de todo adorno, sólo imponen por su sencillez; ni enardecen la imaginación del pintor, ni llenan de entusiasmo el corazón del poeta. Almería es, propiamente hablando, una ciudad en que murió el arte con los árabes: el viajero que desee buscar en ella algo que le halague, en lugar de introducirse en sus templos, sus plazas y sus calles, debe buscar las perspectivas que presenta, examinarla en conjunto desde sus mejores puntos de vista y verla desde el andén de sus viejos muros que á cada paso desarrollarán ante sus ojos panoramas llenos de vida y de hermosura.

Morían los últimos rayos del sol en Occidente, cuando recorriendo esas murallas ante las cuales combatieron tantos héroes de Aragón y de Castilla, tendía las miradas sobre la campiña y creí percibir aún á lo lejos alguno de los ejércitos que vinieron á sentar en ella sus vastos campamentos. Volví los ojos á la ciudad: un cenador cuyo techo de hojas y flores descansaba sobre rústicos pilares se extendía deliciosamente bajo mis plantas; un patio al que daba sombra una palmera corría más allá del estanque hasta el pié de una baja galería cubierta de

se dió otro libramiento para que el Sr. canónigo Zamora pague á Juan de Orea seis ducados, los cuales son por la jornada que hizo en ir á comprar el nogal para las sillas del coro de esta iglesia.» Sesión del 17 de Junio de 1558. «Este día se dió un libramiento del obispo y cabildo para que el Sr. canónigo Zamora, mayordomo de la fábrica desta iglesia, pague quarenta ducados á Juan de Orea para principio de paga de las sillas que empiece á hacer para el coro desta iglesia con dos sillas para muestra.» Sesión del 26 de Abril de 1560. «Librese á Juan de Orea el tercio postrero de la obligación de las sillas, y mas doscientos quince ducados por la silla episcopal y demasías.»

verdura; levantábase á mi izquierda la severa mole de San Pedro, cuyos altos techos apenas dejan entrever su cúpula, á mi derecha la Alcazaba con sus desmoronados torreones y plazas solitarias, en el centro la catedral, cuya torre cuadrada parecía haber recogido los últimos reflejos de la luz del día, en el fondo elevados cerros, cuyas azuladas vertientes estaban medio envueltas en las primeras sombras de la noche. Bañóme el alma dulce melancolía, y no pude dejar sin dolor una ciudad que en su abatimiento presenta aún cuadros poéticos y respira cierto aire oriental que permite recordar el tiempo en que fué autónoma y buscaron asilo á la sombra de su trono los poetas y los sabios que acababan de abandonar los ensangrentados muros de la ciudad de Córdoba.

Al salir de Almería poco queda ya por recorrer del reino de Granada. Cayeron con ella en poder de los cristianos los pueblos sentados desde sus costas á las de Málaga; cayeron esas temidas Alpujarras que un siglo después se levantaron contra Felipe II, y llamaron la atención de Europa; mas ¿qué puede buscarse ya en todas estas poblaciones sino recuerdos de escenas dolorosas consignados casi todos en las páginas de esta obra? Motril, visto desde la vertiente meridional del Puerto, presenta todavía una hermosa perspectiva: vese en el fondo el mar teñido tal vez de púrpura por las nubes sobre él formadas, al pié del mar una vega en que crece el algodón y la caña de azúcar, en medio de la vega la ciudad, puesta al rededor de un cerro en cuya cumbre hay el templo de la Virgen de la Cabeza. Bájase á ella por una cuesta cercada de pitas y nopales; y no bien se penetra en una de sus calles, cuando se respira ya esa alegría que se siente al ver las enlucidas casas de todos los puertos de la Península. Es Motril una ciudad pequeña, pero de buenas calles y mejores plazas: tiene una iglesia de tres naves en que asoma aún el arco ojivo, un convento de bella ensambladura por debajo del cual pasa una acequia que corre á fecundar la vega; una ermita construída, según tradición, por la reina Doña

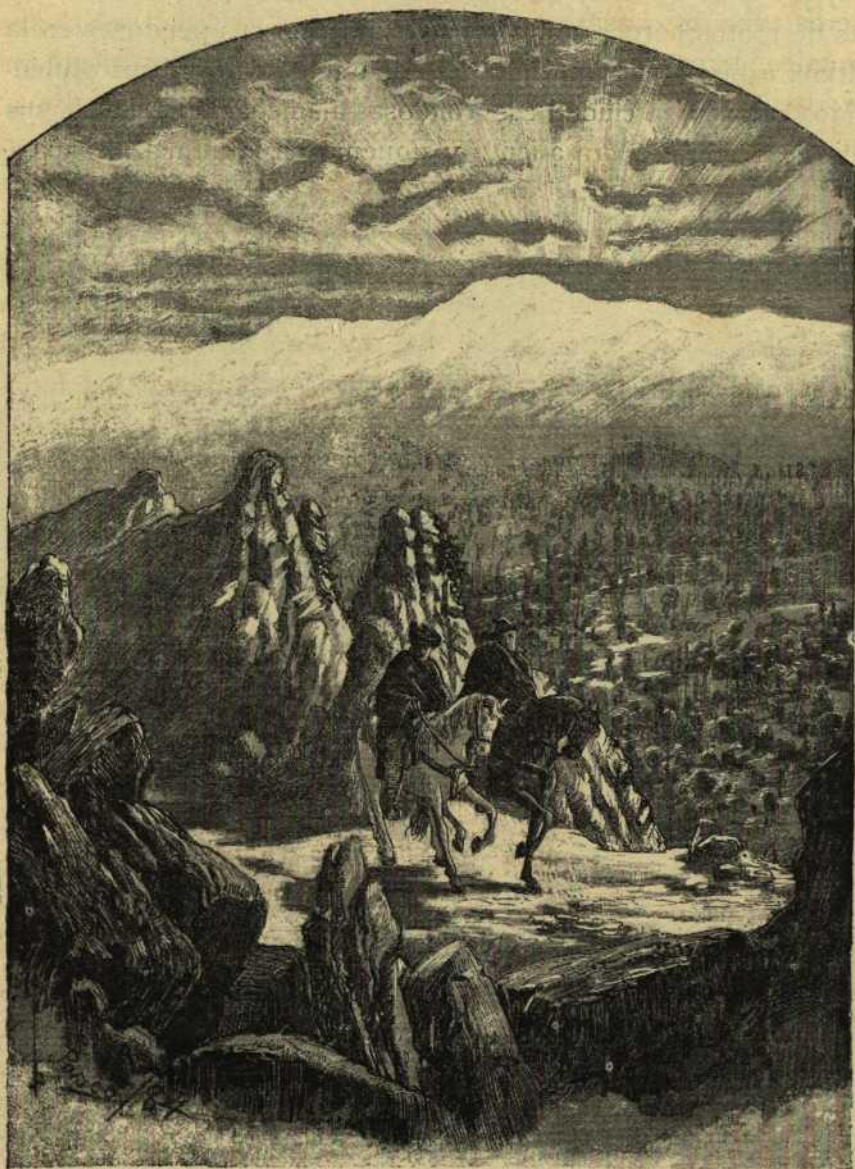
Juana, en cuya sacristía se conserva la piel de una serpiente enorme, terror en otros tiempos de la comarca. Descúbranse desde el montecillo en que está situada esta ermita vistas pintorescas, marinas risueñas, cuadros bellísimos en cuyo fondo se descubre no pocas veces el castillo y la ciudad de Salobreña donde están vinculados los recuerdos de tantos héroes; pero nada presentan ni la ermita ni los demás monumentos que pueda figurar en las páginas del álbum de un artista.

Bellezas monumentales no las hay ya ni en Motril, ni en Almuñécar, ni en el mismo Velecillos, sentado en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan los restos de un castillo pentagonal más notable por su severidad, su solidez y las peñas que le sirven de cimiento, que por la buena proporción y gallardía de sus formas; no hay en toda esta provincia sino bellezas naturales, hijas de las misteriosas armonías que brotan á cada paso de la superficie general del mundo, bellezas dignas también de atención para el que sepa sentir en medio de los grandes espectáculos, en el fondo de los valles, en el seno de los montes, á las orillas de los ríos, al pié de los torrentes. No bien se sale de Velecillos en dirección á la Alpujarra, se da con inmensos olivares al través de cuyo oscuro ramaje se descubre á derecha é izquierda campos de maíz y árboles que se inclinan bajo el peso de sazonadas frutas; déjase atrás los olivares, y se entra en las solitarias márgenes del Orgiva, cuyas aguas se deslizan mansamente entre juncos, adelfas, cachombas y ligeras cañas; álzanse á un lado los majestuosos montes de la Sierra de Lujar, cubiertos por el roble y el agreste pino; bajan por el otro con estrépito los torrentes de Ifo, que braman como llenos de cólera al pasar oprimidos entre dos altísimos cerros cuyas cumbres une un sencillo puente de madera; vese más allá algunas cuevas de estaláctitas parecidas á la más delicada filigrana; descúbrese por fin la vega de Orgiva, la falda de la sierra de que fué cabeza, las anchas riberas del río Sucio; y al paso que corren los ojos de uno en otro objeto, vuela la imaginación, cruza los es-

pacios, rasga el velo del firmamento y penetra en las regiones de lo infinito. No son de menos interés las Alpujarras, cerros ásperos cubiertos hasta sus cumbres de trigo, de maíz, de árboles frutales, cerros que á fines del siglo xvi vieron á los ofendidos moriscos desenterrar las armas de sus abuelos y desafiar al más poderoso monarca de la tierra, cerros que tienen vinculada en sus riscos y barrancos la tradición de tan sangrienta lucha, y hablan aún al viajero de escenas de muerte y exterminio, de moras arrojadas en el abismo, de cristianos sumergidos en los ríos, de pueblos devorados por las llamas, de reyes levantados hoy sobre los escudos de sus soldados y entregados mañana al puñal del asesino. Están las Alpujarras llenas de villas y lugares, regadas por copiosos manantiales, cruzadas en su raíz por una acequia que llaman aún del Moro, acequia cuyas aguas se precipitan por entre altas y verdes yerbas desde un otero al valle; y esta acequia y estos manantiales y estos pueblos, recuerdan aún que vivieron allí los árabes, que no dejaron este país hasta que ya vencidos y desterrados tuvieron que buscar hospitalario asilo en esas mismas playas de África, de que habían venido ocho siglos antes á conquistar el Reino. Los manantiales y la acequia alegran al viajero; pero no ya los pueblos, de calles tortuosas, de casas humildes con rústicos soportales, de plazas informes y desiertas en que suele levantar la iglesia parroquial sus paredes de mampostería y una torre ya cuadrada, ya octógona, cubierta por un obelisco de teja ó de pizarra. Presentan todos un carácter triste, miserable, oscuro; y no puede menos de sentirse cierto pesar al ver que yacen en tan espantosa decadencia poblaciones que fueron en otro tiempo formidables.

No te detengas en ellos, lector, si no es que quieras oír sus tradiciones; dobla sus cumbres y corre á tomar por Guadix el camino de Granada. Admira al paso los Chaparrales de Díezma, vastos paisajes que se dibujan en el fondo de Sierra Nevada, las Muelas de la Vieja, altura erizada de peñascos desde la cual se descubren extensos panoramas, los bien situados pueblos

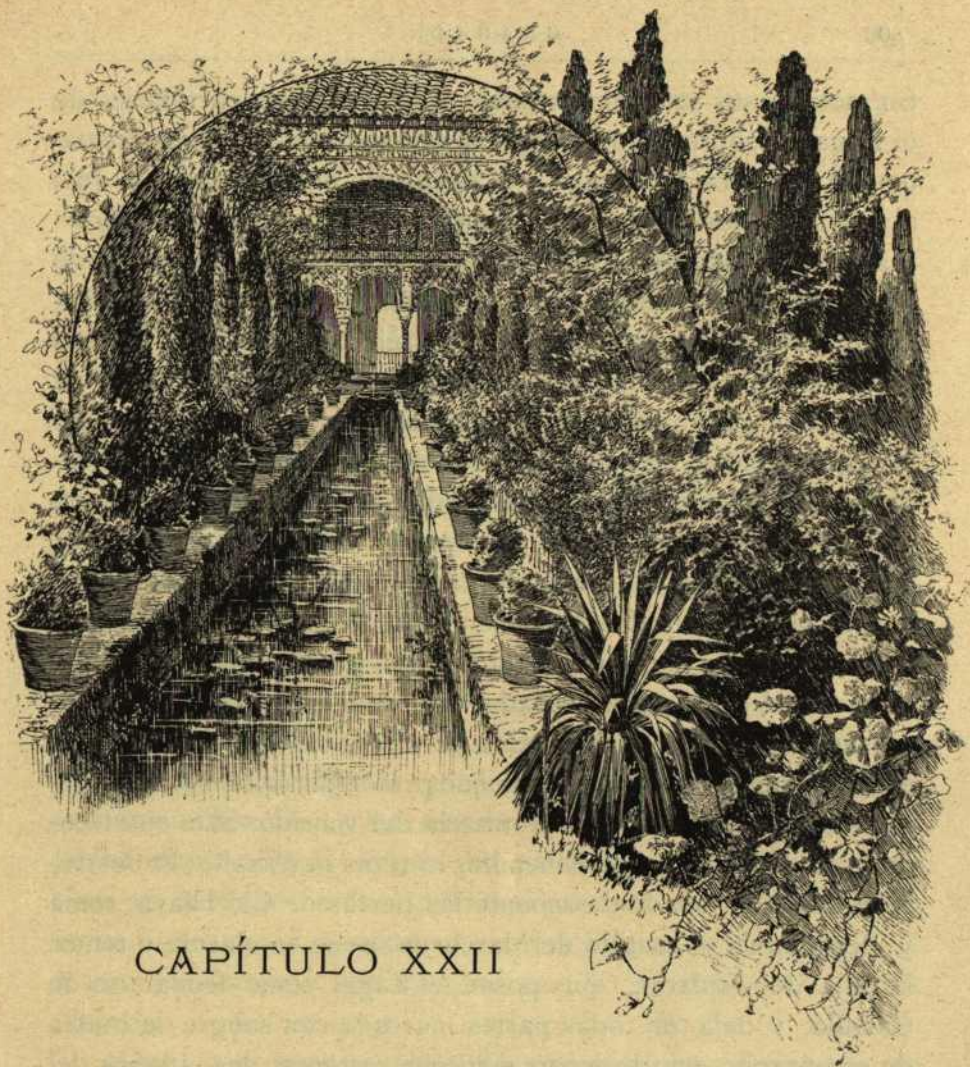
GRANADA



CHAPARRALES DE DIEZMA

de Huetor y el Fargue, y por fin la Vega de Granada en que voy á evocar á tus ojos las sombras de los Reyes Católicos y las de tantos héroes como vinieron á sentar sus pendones en la última capital del Islamismo. La Alhambra te abrirá sus espléndidos salones, la ciudad sus frondosas alamedas, el Albaicín sus ruinas: respira, cobra aliento y sígueme en la última jornada.





CAPÍTULO XXII

Situación de Boabdil. — Tala de la Vega de Granada. — Sitio y entrega de esta ciudad. — Descripción de algunos de sus monumentos. — Alhambra. — Descripción de este suntuoso alcázar. — Generalife.

AÑOS DE 1490, 91 Y 92

BOABDIL reina sin rival en Granada, pero lleno de temor y sobresalto. Apenas se le obedece más que en el estrecho espacio que puede abarcar desde las torres de la Alhambra; y aun en tan estrecho espacio cuenta más enemigos que soldados.

Su molicie, sus sangrientas venganzas contra los partidarios de el Zagal, y sobre todo su funesta amistad con los reyes cristianos, le han atraído el odio y el desprecio de sus súbditos, que, al ver flotar las banderas de Castilla, se agitan llenos de furor, y sólo se agrupan en torno suyo obligados por la necesidad de reunir todas sus fuerzas contra ejércitos vencedores de Málaga, Baza, Almería y otras ciudades del reino. Apremiado por sus antiguos libertadores, que le exigen la entrega de Granada en virtud de su última alianza, estimulado por su orgullo, que no le permite poner en manos de sus enemigos una corona defendida por sus antecesores en cien campos de batalla, intimidado por los clamores del pueblo que pide á voz en grito la guerra, amenazado por unos, arengado enérgicamente por otros, movido por la alarma y desesperación de todos, resuelve al fin romper los vínculos con que le ataron sus propias desventuras, y trocando el cetro por la espada, salir de nuevo á la lid al frente de sus tropas; pero lo resuelve ya tarde, cuando ni el valor ni el heroísmo pueden hacer más que prolongar la lucha, multiplicar los males y agravar la miseria del vencido. Sale en efecto de la ciudad, cae sobre Alhendín, lo toma por asalto, lo destruye y aniquila, invade de repente las tierras de Cid Hiaya, toma y desmantela el castillo de Marchena, pone en alarma y temor la taha de Andarax, que posee el Zagal como feudatario de Castilla, y deja en todas partes marcada con sangre la huella de sus pasos: enardece con esto por instantes los ánimos del pueblo, aumenta su ejército, y crece en valor, confiando en su fortuna; convoca sus mejores caballeros, los consulta, les pide consejo, y no bien se convence de la necesidad de abrirse paso al mar á fin de recoger socorros de África, se dirige precipitadamente á las playas del Mediterráneo con el firme propósito de conquistar la fortaleza de Almuñécar. Grande es su ardimiento y mayor aún el entusiasmo que inspira: conmueven y se agitan hasta los pueblos sometidos á los reyes de Castilla, enciéndose en el corazón de todos la esperanza, y hay todavía

quien crea en que la infausta estrella de Boabdil ha dejado caer su velo y alumbrará nuevamente por el camino de la prosperidad el reino de Granada.

Sigue Boabdil con afán la senda que al parecer ha de conducirle á reparar su fortuna y asegurar su trono. Ve en el camino de Almuñécar ocasión para apoderarse de Salobreña, la ataca, y toma al primer ímpetu los arrabales, poniendo en gran peligro á los cristianos y obligándolos á encerrarse en el castillo. Los cerca, estrecha de día en día el sitio, los reduce á la mayor escasez, los condena á morir de hambre, y ve al fin caer á cada paso de lo alto de los adarves cadáveres de hombres y caballos. Sabe que están en movimiento los cristianos de los pueblos inmediatos, que van á salir contra él caudillos esforzados, que el mismo rey Fernando acaba de reunir en Córdoba la flor de sus guerreros, deseoso de castigarle por su atrevida empresa; y no retrocede, no retrocede ni aun cuando Pulgar, ese héroe á quien llamaron el de las Hazañas, logra introducirse en el castillo con setenta de sus más bravos escuderos. Brama entonces de cólera, ordena sus huestes, y les manda que asalten el castillo sin dejar hombre á vida ni piedra sobre piedra. Lucha con valor; pero tiene ya cristianos á la espalda, siente tras sí los pasos de los reyes castellanos, y puesto entre dos fuegos, se ve obligado á retirar y marcharse con rapidez por las vertientes de Sierra Nevada.

¿Qué puede hacer ya Boabdil en una Corte circuída de peligros, que ha visto ya en su vega las armas del rey Fernando? Los ejércitos enemigos llevan consigo á Cid Hiaya y á el Zagal, y estos vengativos musulmanes los auxilian no sólo con sus armas, sino también con su astucia y su perfidia. Los Reyes Católicos, animados por sus últimas victorias, bajan de nuevo á la Vega con más de veinte mil soldados, recurren al incendio, y dejan yermos los campos, que eran la esperanza de los defensores de Granada. Los caballeros que acompañan á los Reyes, como si creyesen encadenada á sus banderas la victoria, se em-

peñan á porfía en las empresas más difíciles: entran en batalla con escaso número de tropas, se dirigen calladamente y de noche á la ciudad y llevan la osadía al extremo de clavar con su puñal en la puerta de la Mezquita mayor un pergamino en que va escrito el nombre de la Reina de los Cielos. Cree el rey Fernando llegada la hora de acabar con el imperio de los Alhamares, y entra por fin en la Vega con todo el grueso de sus tropas. Arrasa por tercera vez la campiña, corre hasta el valle de Lecrín, pretende forzar la aspérrima Alpujarra, y regresa después de algunos encuentros dejando monte y valle cubiertos de ruinas y cadáveres. No retrocede á Castilla como en las campañas anteriores; sienta sus reales en el pago del Gozco, los fortifica con fosos y murallas, y empieza á estrechar por hambre la ciudad, que cuenta aún fuerzas para resistir á sus armas.

Grande es en esto el apuro de Boabdil. Aunque ve cierta su caída, quiere animar á su pueblo y hacer alardes de valor; pero sin fruto. Sufre en cada combate una derrota, ve de día en día crecer el peligro, y abandonado por la suerte, llega á temer más de sus súbditos que de sus enemigos. Cuenta aún héroes entre sus soldados; y al ver en la Zubia á la reina Isabel, que, deseosa de contemplar mejor á Granada, se atrevió á bajar allí defendida por las tropas de sus mejores capitanes, manda contra el enemigo huestes que le obligan á la lucha; pero no alcanza sino la pérdida de más de dos mil hombres y el desconsuelo de ver entrar atropelladamente por las puertas de su corte los restos desbandados de su ejército. Sabe á poco que trata Fernando de talar las huertas y jardines que crecen al pié de los mismos muros de Granada, y resuelve salir en persona contra los cristianos al frente de sus escuadrones. Deja la Alhambra entre los sollozos de su familia, baja á los cármenes de Ainadamar, se arroja como un león sobre las tropas castellanas, combate con el mayor denuedo; y ahogado por el número de sus contrarios, poco favorecido por su caballería, y desamparado á poco por la infantería que cejó al primer ataque, ha de recurrir

también á la fuga y buscar su salvación en la velocidad de su caballo.

No le queda ya á Boabdil ni sombra de esperanza. Se incendia por un descuido el campamento de los cristianos y se construye en su lugar la ciudad de Santa Fe, ciudad con cuatro puertas y una plaza que hoy después de cuatro siglos conserva aún la forma de los antiguos reales. Empieza el hambre á hacerse sentir en la ciudad; crece el descontento y conduce lentamente á la anarquía; vagan por las calles turbas sin freno que amenazan con el robo y la muerte á los que no les abren sus arcas para alivio de la miseria pública; quéjense acá y acullá contra el Príncipe, y todo presagia nuevas calamidades para aquel reino moribundo. Convoca otra vez Boabdil á sus consejeros, y no oye de boca de nadie sino palabras de dolor y abatimiento. Todos creen necesario transigir, temeraria la prolongación de la defensa; y aunque en su interior vacila y siente abatido el corazón por la melancolía, no puede menos de adoptar el parecer de la asamblea. Envía mensajeros á los Reyes para que estipulen las condiciones de la entrega, da en rehenes á su propio hijo, y espera el éxito en la Alhambra sin atreverse á parecer ante los suyos. Recibe la capitulación, y al ver respetada en ella su dignidad y aseguradas la vida, la libertad y las haciendas de los súbditos, reúne al punto su consejo. Conmuévense al oirla algunos ancianos y derraman abundantes lágrimas: álzase Muza y protesta pretendiendo aún inflamar los ánimos con el fuego de sus palabras; pero todos callan, y el desventurado rey no encuentra sino la resignación para alivio de los males de su patria. Fírmase y ratifícase lo estipulado con los Reyes; ata el dolor los labios, vela el sentimiento del amor propio los ojos, y se retiran todos á esperar en el silencio de sus hogares el día de la entrega, que no había de amanecer según la capitulación hasta los dos meses (1).

(1) Las principales condiciones de la capitulación fueron las siguientes: la

No acabaron aún para Boabdil los sobresaltos. Hácese pública en Granada la capitulación á pesar del secreto con que se la hizo; arde en ira la muchedumbre, se arma á la voz de un ermitaño, recorre las calles de la ciudad, y produce tan grande alarma, que se cierran todas las puertas y el rey cree necesario atrincherarse en su palacio. Cesa al día siguiente el tumulto, desaparece el autor, y todo parece entrar de nuevo en calma; pero ni los sentidos acentos de Boabdil que arenga al pueblo, ni las pacíficas palabras que los Reyes Católicos dirigieron desde el campamento bien que envueltas en amenazas, ni la vista de su propia situación, logran aplacar por mucho tiempo la irritación de la multitud, que va creciendo sin cesar con el hambre y los demás sufrimientos de una ciudad sitiada. Asoman nuevos peligros, y llega la desventura de Boabdil hasta el punto de pedir por favor á sus enemigos que acorten el plazo de la

plaza había de ser entregada dentro de sesenta días; aseguraban los Reyes los bienes y las haciendas de los moros; no se podía imponer á los vencidos más tributos que los prescritos por las leyes musulmanas; el día antes de la entrega Boabdil y sus caballeros debían dar en rehenes quinientas familias principales; las tropas de Castilla el día de la entrada habían de ocupar la fortaleza de la Alhambra subiendo á ella por el campo, y los Reyes habían de devolver el hijo de Boabdil y otros jóvenes moros que en Moclin tenían; se debía respetar en todas sus partes la religión de los vencidos; no debía hacerse cambio ninguno ni en las leyes civiles ni en la administración de justicia; la instrucción pública había de continuar al cargo de los alfaquíes; los moros ausentes tendrían tres meses de término para someterse á las capitulaciones; ningún renegado podría ser molestado por su conducta de otro tiempo; los moros casados con cristianas renegadas no debían divorciarse, á no ser que la esposa manifestase descos de volver á su religión primitiva; la mora que enamorada de un cristiano abandonase la casa de sus padres, había de ser depositada y amonestada; no podía exigirse lo apresado en guerras anteriores, pero sí el cumplimiento de todos los contratos legales; los judíos habían de gozar lo mismo que los moros de los beneficios de la capitulación; quedando excluidos del gobierno de Granada el Zagal y todos sus deudos y antiguos servidores; los litigios entre moros y cristianos habían de ser dirimidos por jueces de ambas partes; había de hacerse entrega recíproca de cautivos; debían ser escrupulosamente guardadas las acequias de aguas limpias y castigados los cristianos ó moros que las enturbiasen; debían ser conservados los alguaciles y almotacenes moros, y estar separadas las abacerías y carnicerías de vencedores y vencidos; debía ser castigado el que mezclase en ellas carnes vedadas. Existen estas capitulaciones originales en el archivo de Simancas; en el municipio de la ciudad no se conserva más que una copia autorizada.

entrada y se apoderen á la mayor brevedad posible de la Alhambra.

Queda, al fin, concertada la entrega para el 2 de Enero de 1492. Rehusa Boabdil aquel día los honores de rey; y al llegar la hora se despide tristemente de su alcázar. Monta á caballo y baja por la puerta de los Siete Suelos con su familia y cincuenta caballeros de su servidumbre. Da al punto con el cardenal Mendoza, le habla primeramente en secreto, le dice á poco en alta voz que ocupe sus alcázares, y prosigue su camino hasta la margen del Genil, donde le espera el Rey al frente de su caballería. Apenas le ve, hace ademán de apearse y solicita besarle la mano; y como no se lo consiente Fernando, le besa en el brazo derecho, y le entrega con humildes y sentidas palabras las llaves de la Alhambra. Oye de los labios del Rey palabras de consuelo; mas anonadado por su desgracia, no tiene aliento sino para preguntarle á quién encomienda el gobierno de su ciudad querida. Galardona al agraciado con su sortija de oro, pidiendo á Dios que pueda con aquel sello gobernar á Granada mejor que la ha gobernado el último de sus reyes; y dando de las espuelas á su caballo, parte traspasada de congoja el alma al pueblo de Armilla, donde recibe su hijo de manos de la Reina.

Sale de Armilla, dirígese á Santa Fe, donde le desean los Reyes hasta saber el resultado de la entrega de Granada, y oye allí á lo lejos los vítores del ejército cristiano, que al ver enarbolados en la torre de la Vela la cruz y los pendones de Castilla, aclama con entusiasmo á sus monarcas arrojando de su pecho gritos de júbilo y de orgullo. Ve en torno suyo animación, vida, movimiento; y á cada paso que da siente más abatido su espíritu, más herida su dignidad, más patente su vergüenza. No bien llega á Santa Fe, cuando le conduce Hurtado de Mendoza con señaladas muestras de respeto á la tienda del Cardenal, ricamente adornada de oro y seda; pero ya ni en los obsequios de los demás halla consuelo. Desea salir del campa-

mento, evitar los ojos de sus enemigos, correr á buscar en su destierro de Andarax los desiertos y sombríos paisajes que han de divertir su melancolía. Sale de Santa Fe, y en llegando á la cuesta del Padul, como descubre por última vez á Granada, suspira por su patria.—¡Oh gran Dios!—exclama y tramonta la cuesta bañados en lágrimas los ojos y anudada la voz en la garganta. «Llora, llora como mujer, ya que no supistes defenderte como hombre,» oye de boca de su madre; y oculta el rostro entre sus manos sin poder arrancar del pecho más que profundísimos gemidos.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil: acaba de perder una corona legada por sus mayores, de entregar un reino á la esclavitud y la ignominia, de dejar para siempre los muros de una ciudad que fué su cuna y está sentada sobre una alfombra de flores, al pié de una sierra de cuyas vertientes se destacan las frondosas alamedas del Genil y el Darro. En esa ciudad defendida por más de mil torreones, á cuyos piés se extendían floridos cármenes y feraces huertas bañadas por las aguas de cien acequias, tuvo hace poco un trono, alcázares soberbios, encantados jardines morada del placer y de la poesía; y ha de trocarla hoy por una comarca fragosa donde sólo en el cielo podrá reconocer alguna vez algo de su patria. No verá ya esos dos ríos que se enlazan á las puertas de la ciudad como para fecundar mejor sus alrededores pintorescos; no verá ya esa espaciosa vega entre cuyos árboles blanquean tantas alquerías y palacios adornados de oro y de colores; no verá ya esos cerros desiguales que circuyen el campo y la ciudad como guardas celosos de su riqueza y su hermosura, cerros siempre bellos cuyas cumbres pinta el sol con sus tintas más caprichosas y fantásticas cuando baja al occidente. Con razón, con sobrada razón llora Boabdil, porque esa ciudad que los árabes llamaban justamente granada de rubíes, corona de rosas que salpicó el rocío, fuente que se derrama, estrella del mediodía, ciudad de las ciudades, no ha de volverla á ver él, que respiró por treinta

años el aire que la circunda, gozó de todos sus encantos y aspiró el aliento de su querida Zoraida al pié de sus más puras fuentes, á la sombra de sus más hermosos álamos y bajo las artesonadas techumbres de ese alcázar llamado Alhambra, que parecen haber escogido por asiento los genios de la belleza y la armonía.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil. Su destino alcanza á todos los súbditos, y son muchos, muchos los que lloran como él en el seno de sus hogares. El terror se ha apoderado de la ciudad; las puertas de las casas apenas se abren sino para familias que, no pudiendo sobrellevar la esclavitud, atraviesan los umbrales con la cabeza caída sobre el pecho para no volverlos á pisar en los días de su vida. Ata el rubor los piés, el temor la lengua; y todo está desierto y en silencio. ¿Cómo han de mirar sin dolor invadidos los salones del palacio de sus reyes y profanadas sus mezquitas? En vano se esfuerzan los vencedores por aquietar los ánimos; en vano ponen al frente del gobierno de la ciudad varones tan prudentes como el conde de Tendilla, prelados tan dulces como Talavera, políticos tan sagaces como Hernando de Zafra, á quien confían la interpretación de las capitulaciones: el grito del amor propio herido, la voz de la religión ultrajada, los clamores del horror á la servidumbre, no permiten aún la resignación ni las consideraciones que inspiran al hombre las incesantes vicisitudes por que pasa el mundo. En la mezquita mayor, en la del Albaycín, en otras muchas se alzan ya las imágenes del cristianismo; los ciudadanos hacen entrega de sus armas, rigen exclusivamente la ciudad los hombres de Castilla. ¡Ay! no parará aquí la desventura de los vencidos! Antes de terminar el siglo, un prelado audaz, que no vacila en sacrificar el cristianismo á la política, les quema en la plaza pública los libros santos y los libros de las leyes, y quiere imponerles con la espada sus propias creencias. Contra la voluntad de los Reyes se obliga á los vencidos á abjurar la religión de sus mayores, se les arranca sus antiguas costumbres

y se llega á negarles el uso de sus trajes, prescritos no sólo por el hábito de nueve siglos, sino también por las leyes del Profeta.

No tardarán tampoco en caer sus monumentos: un emperador orgulloso, á quien el espacio de dos mundos parece estrecho campo para sus conquistas, aplastará con la inmensa mole de su palacio los más hermosos salones de la Alhambra; caerán uno tras otro los gigantescos torreones de sus antiguos muros; sentarán los conquistadores sus viviendas sobre los castillos; levantará el cristianismo sus templos con los escombros de las mezquitas que adorna el oro y la deslumbrante pedrería. Después de los reyes y los prelados conspirará contra sus bellos edificios la misma naturaleza: violentos terremotos agitarán la tierra y sacudirán las obras de los Alhamares; devorarán incendios espantosos las artesonadas techumbres de su más rico alcázar. Invadirá la nueva población los esmaltados cármenes que fueron el placer de las sultanas, y se desgarrará el manto de flores con que la ciudad se cubre. Coronarán la obra de destrucción las revoluciones y las guerras: vendrá día en que el viajero apenas reconozca la ciudad de los árabes más que por su vega, su claro sol y su estrellado cielo.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil: ve cruzar ante sus ojos las sombras de lo futuro y llora sobre los destinos de su patria. Desaparecerá con los monumentos hasta el pueblo para que fueron creados. Obedecerá por algún tiempo el vencido morisco las impías órdenes de sus nuevos reyes; pero llegará día en que arrebatado por la desesperación, levantará sus manchados pendones sobre los muros de su Alcazaba, y desafiará el poder de uno de los más grandes monarcas de la tierra. Alzará un rey sobre su escudo y combatirá sin tregua; herido y ensangrentado seguirá aún con furor la desigual pelea; crecerá en valor con las derrotas, y llegará á conmover con su heroísmo los últimos límites de Europa. Desdichado como siempre, caerá vencido bajo la espada de D. Juan; y después

de haber visto sumidos en barrancos de sangre á sus mejores hijos, después de haber sobrellevado mil ultrajes, deberá huir para siempre de sus hogares y buscar en extraño suelo la caridad que no abrigan ya sus cristianos vencedores. Maldecido, proscrito, errará de pueblo en pueblo con su esposa y sus hijos sin ver una lágrima de compasión en los ojos de sus enemigos.

Despojada la ciudad de los que la fundaron, languidecerá de día en día; morirá sin sentirlo, y sin sentirlo bajará al fondo del sepulcro. Apagará la industria su voz y caerá en el más profundo abatimiento. Perderá el campo sus más vivos matices, cesará el murmullo de las aguas que trasmontaban sus más altos cerros. Quedará acallado para siempre el bullicio de sus zambras y festines, que en vano se procurará sustituir con el monótono rumor de sus tribunales, su universidad y sus ferias. Será al fin una ciudad sin movimiento ni vida, una ciudad triste, triste sobre todo para el que no sepa sentir ni á la sombra de los álamos y laureles que pueblan las faldas de sus siete colinas, ni en las márgenes de ríos que pasan ahocinados bajo frescas arboledas.

Así la vais á encontrar hoy, viajeros, vosotros que movidos por su fama venís quizás de muy lejanas tierras para ver á la émula de Bagdad y de Damasco. Si amáis la naturaleza, si gustáis de penetrar en los escombros de lo pasado, si habéis aprendido á leer en las piedras caídas de los antiguos monumentos, os esperan aún horas de placer, momentos de deliciosa calma, goces inefables, impresiones que no trocaríais luego por las que hayáis podido recibir en las melancólicas ruinas del Oriente; si buscáis la animación febril de nuestro siglo y no acertáis á vivir sino entre el estruendo de los talleres y la incesante agitación del comercio, volved, porque no os esperan sino horas de fastidio. En pocas de sus calles encontraréis movimiento: están en su mayor parte silenciosas, desiertas, y no sentiréis sino lo incómodo de su piso y lo fatigoso de sus ásperas pendientes. Plazas en mejores tiempos animadas por un